

A close-up, artistic illustration of a woman's face, focusing on her eyes and lips. She has light blue eyes with dark eyeliner and mascara. Her lips are slightly parted, showing a soft smile. The background is a soft, warm tone.

El día que  
se detendrá  
el tiempo

Philip J. Farmer

**Lectulandia**

Desde que Trausti le mostró los rayos X, Leif tuvo el convencimiento de que Halla Dannto no era de origen terrestre. Era posible que el Cuerpo de la Guerra Fría hubiera contactado con seres alienígenas, cuya existencia era hasta entonces desconocida por los humanos, para usarlos contra la Unión Haijac. El CFG los usaba porque poseían poderes más allá de los de cualquier terrestre. Y los extraños órganos descubiertos en el cuerpo de Halla, en su vagina y en su cerebro, estaban claramente conectados con estos poderes. Eso explica su posición como amante del archiurelita, y el interés del propio CFG en mantener el secreto sobre ella...

«Una novela trepidante del futuro, comparable en su tema a 1984... Farmer es algo más que un rompedor de tabúes: es un verdadero artista de la narrativa»

(Sam Moskowitz)

**Lectulandia**

Philip Jose Farmer

# **El día que se detendrá el tiempo**

ePub r1.0  
mnemosine 21.02.14

Título original: *A Woman a Day*<sup>[1]</sup>

Philip Jose Farmer, 1960

Traducción: Domingo Santos

Editor digital: mnemosine

Diseño de portada: mnemosine

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

**E**L doctor Leif Barker atrajo a la mujer hacia él. Ella no se resistió; no había acudido allí para resistirse. No hasta este punto. Su auténtica intención, sabía él, era ceder tanto como pudiera y luego gritar hasta que los hombres que indudablemente aguardaban cerca entraran con violencia y lo arrestaran. O fingieran arrestarle.

La mujer alzó la vista hacia él, con los rojos labios entreabiertos. Dijo:

—¿Crees que esto es real?

—Es factual —dijo Leif, y sus labios se posaron sobre los de ella.

Ella respondió salvajemente..., un poco demasiado salvajemente, porque él sabía que estaba actuando. Sobreactuando. ¿O no? Quizá disfrutara del trabajo más de lo que deseaba que supieran sus superiores.

Alzó la mano derecha. Antes de que ella supiera lo que él hacía, sujetó el rizado cuello de su vestido y tiró bruscamente hacia abajo, desgarrándolo por detrás.

Los ojos de ella se abrieron mucho e intentó apartarse, decir algo, pero él mantuvo la boca firmemente apretada contra la suya. Antes de que ella pudiera moverse estaba desnuda hasta la cintura. Entonces él la soltó, pero su mano derecha estaba abierta, preparada para cerrarse sobre un lado de su cuello si intentaba gritar.

De todos modos, ella parecía aturdida por la rapidez con que se estaba produciendo la seducción. Y, quizá, no llevaba tanto en el negocio como para mostrarse cínica ante un portador del lámed. Quizá su condicionamiento aún se mantenía firme y le decía que un hombre en la posición de Leif Barker era irreprochable. Quizá.

Fuera lo que fuese lo que pensara, era encantadora. Quienquiera que la hubiese enviado había elegido una mujer que hacía difícil la resistencia. Era alta, esbelta, rubia, con el cuerpo de una mujer completamente desarrollada pero un rostro que todavía sugería la niña inocente. Una niña apasionada, sí, pero todavía una niña. Sin embargo, expuesta como estaba ahora, sus grandes y firmes pechos le robaban la apariencia inmadura y hacían más fácil para Leif hacer lo que había planeado.

Las manos de ella colgaban a sus costados; ahora, consciente de la mirada de él sobre sus pechos, las alzó para cubrirlos. Él se echó a reír.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Has decidido que no deseas que me convierta en tu amante? ¿Que no es cierto que siempre me hayas admirado de lejos y que fue un error venir aquí y ofrecerte a mí? ¿Que has decidido no ir contra las enseñanzas de la Sturch?

—No —dijo ella con voz temblorosa—. Yo... no esperaba que... que...

—¿Que las cosas fueran tan aprisa que tuvieras que pasar por todo antes de que

tus amigos pudieran llegar hasta aquí? —dijo él, aún sonriendo.

Ella se puso pálida. Abrió la boca para decir algo, pero su paralizada garganta se negó a permitir salir las palabras.

—Es un signo de los tiempos —dijo él.

—¿Qué es un signo? —consiguió decir ella.

—Hubo un tiempo —respondió él—, en el que un hombre que llevaba el lámed —se tocó la gran letra hebrea de oro, la antigua lámed, que llevaba prendida a la parte delantera de su camisa— era considerado como alguien por encima de toda tentación. Puesto que estaba por encima de toda tentación, también estaba por encima de toda sospecha. No hubo intentos por parte de los uzzitas de hacerle demostrar que su conducta estaba basada en la realidad, intentando seducirle a la inmoralidad. Pero estos son tiempos degenerados, y ahora ningún hombre se halla por encima de la sospecha.

Hizo una pausa, luego añadió roncamemente:

—Dime, ¿te envió Candleman?

Ella se estremeció; él supo que había pulsado la cuerda de la verdad. Así pues, sus superiores del Cuerpo de la Guerra Fría no le estaban probando. Quien le tendía la trampa era Candleman, el jefe de los uzzitas, la policía secreta de la Unión Haijac.

—¿Cuántos hombres hay aguardando? —preguntó.

Ella no respondió, así que él la tomó por las manos y los apartó con brusquedad, dejando al descubierto sus pechos. Ella volvió la cabeza hacia un lado a fin de no tener que mirarle a los ojos, y la palidez de su piel fue reemplazada por un enrojecimiento que se extendió de sus caderas hacia arriba.

—¿No piensas decírmelo? —dijo él—. No importa. ¡Mira!

La soltó, se dirigió a la pared y apretó una sección. Al instante, un cuadrado justo encima de su mano parpadeó y se convirtió en una pantalla, y en ella se reveló el interior de la sala de espera del ático. Había tres hombres tendidos inconscientes en el suelo. Llevaban los uniformes negros de los uzzitas.

—Como portador del lámed, tengo mis privilegios —dijo él—. Uno de ellos es el derecho a tomar precauciones contra la violación de mi persona. De modo que tengo esto. Aprieto un botón, y es liberado un gas anestésico en el interior de la sala de espera.

—Pero se supone que los circuitos de gas... —Ella se interrumpió.

—¿Han sido desenergizados por uno de tus amigos? —terminó él—. Probablemente lo fueron. Pero no soy tan estúpido como para no haber instalado un duplicado del circuito del que ni siquiera Candleman sabe nada.

Ella estaba tirando de la parte delantera de su vestido para cubrirse, con sus azules ojos muy abiertos por el miedo.

—¿Por qué me dices esto? —preguntó. Por su pregunta él supo que pensaba que

iba a matarla.

—Porque vas a seguir trabajando para Candleman —dijo él—. Y también vas a trabajar para mí. Pero tu auténtica lealtad será para conmigo. Temerás descubrirme a él.

—¿Qué quieres decir? —jadeó ella.

Él se le acercó muy lentamente, tendió de nuevo la mano hacia su vestido.

—Conoces a Candleman. Él nunca tolerará una conducta sexual irreal, ni siquiera por parte de sus agentes. Sé que se suponía que tú debías excitarme y luego llamar a tus amigos. Candleman, que es tan moral que no le importa matar a un hombre o intentar tentar a un portador del lámed, es incapaz de tolerar que una de sus muchachas haga realmente el acto.

—¿Quieres decir...?

—Sí, por supuesto. Ahora te tomaré. Así te hallarás en una posición en la que no podrás traicionarme a Candleman. Además, eres encantadora, y hace ya un mes que no he tenido mujer.

—¿Tu esposa? —dijo ella, y dio un paso atrás...

Él se echó a reír.

—Mi esposa y yo ni siquiera nos hemos besado nunca —dijo con voz tranquila.

Ella siguió retrocediendo hasta que sintió la fría pared contra su espalda desnuda. Entonces, bruscamente, cayó de rodillas ante él.

—¡Por el amor del Precursor! —suplicó—. ¡No lo hagas! ¡Estaré perdida para siempre!

Por un momento, Leif pensó realmente en dejarla marchar. Luego se dijo a sí mismo que sería un acto estúpido. Si no seguía adelante con aquello, tendría que matarla para impedir que le acusara a Candleman. Ciertamente, no deseaba que ocurriera eso. Además, era encantadora.

—Ingrid, querida —dijo—, no creo que lo encuentres tan desagradable como piensas.

—¡Por favor, no! —suplicó ella con voz quebrada—. ¡Tuve que hacerlo! ¡Si no, Candleman hubiera puesto a mi padre en H!

Él vaciló. Quizá su historia fuera cierta. Pero lo dudaba. Candleman no confiaría en un agente que no tuviera el mismo fanatismo que él.

—Estás mintiendo —dijo—. Y, aunque no lo hicieras, te deseo.

Metió las manos bajo los sobacos de ella y la alzó. A los cinco minutos ella había dejado de debatirse, y otro minuto más tarde actuaba tan alocadamente como antes de que Leif desgarrara su vestido. Esta vez Leif estuvo seguro de que no fingía.

**E**L cubo QB transparente de la pared parpadeó. La tormenta en miniatura de su interior se agitó como una bestia enjaulada. Las nubes rodaron; el rayo destelló.

Bruscamente, el caos se convirtió en orden. El QB chasqueó y farfulló, y en él aparecieron unas figuras. Una de ellas era un hombre sentado tras un escritorio. Durante unos breves segundos la escena rieló. Luego, como si la esencia del diminuto hombre hubiera decidido nacer a la existencia, la figura se volvió tan dura y nítida como el hecho en sí.

El cubo contenía la proyección de un estudio televisivo del gobierno. El escritorio y el reportero tras él y el retrato en la pared de Isaac Sigmen a sus espaldas eran reales como la propia vida, aunque sólo a un sexto de su tamaño.

El doctor Leif Barker dio un sorbo al café de su desayuno en su ático encima del Hospital de la Piedad Rigurosa y observó su QB con ojos soñolientos. El instrumento era cada día menos eficiente. Tendría que llamar a los técnicos, aunque estuvieran sobrecargados de trabajo. Si podían conseguir los materiales necesarios —un gran si—, tal vez pudieran conseguir que el QB funcionara a un noventa por ciento de su eficiencia. Pero los materiales de mala calidad que eran lo único que podrían conseguir no impedirían que volviera al cabo de poco a su normal setenta y ocho por ciento; No, era inútil llamar a los técnicos. Estos fallos era un signo de los tiempos.

Dio otro sorbo al abrasador líquido.

Un signo muy bueno también.

A Leif le gustaban esos signos, porque él era su primer impulsor, la araña que se aposentaba en el centro de la red y hacía vibrar los hilos de tanto en tanto, y puede o no puede ser real que el Día que se Detendrá del Tiempo se produzca dentro de un año —estaba graznando el locutor del gobierno—. Pero estamos autorizados a decir que los acontecimientos de los últimos seis meses parecen apuntar hacia esa posibilidad. Todos ustedes saben a lo que nos referimos, los extraños signos y portentos que han sido tan numerosos recientemente.

Leif asintió, soñoliento. Sí, el gobierno de la Unión Haijac había iniciado rumores acerca del Día que se Detendrá el Tiempo, el día profetizado en que Sigmen regresaría de sus viajes a través del pasado y el futuro al presente. Ese día vería la destrucción de sus enemigos y la recompensa de los fieles. Cada seguidor de la realidad recibiría un universo sólo para él con el que jugar; no habría más autoridad sobre él, nada de ángeles guardianes que controlaran hasta su último movimiento.

El gobierno Haijac había creado acontecimientos diseñados para apartar las mentes de los ciudadanos del mucho trabajo y la poca paga. Pero el Cuerpo de la

Guerra Fría de la nación de Linde había atrapado la bola y la hacía rodar colina abajo, donde estaba causando una avalancha. Tenían un plan para hacer que las masas se convirtieran en enfervorizados creyentes en la inminente llegada de Sigmen, el Precursor.

Y cuando los ciudadanos esperaban a cada hora la llegada del Día que se Detendrá el Tiempo, ¡cuidado! Porque no sólo obtendrían un Precursor, sino..., y se sumió en meditación acerca de los frenéticos esfuerzos de la burocracia jac por contener la inundación que ellos mismos habían provocado. No había nada más inquietante, más revolucionario, que un hombre que ve que su esperado milenio demuestra ser un fraude.

Eso —más otro importante movimiento con el que Leif estaba estrechamente conectado— podía destruir un imperio.

A medio camino de su segunda taza sonó el timbre de aviso del aparato. Irritado, accionó el interruptor. La escena en el cubo se disolvió de inmediato. La bruma que la reemplazó parpadeó, recorrió toda la gama del espectro y luego se aclaró a una imagen no demasiado enfocada. Reveló la figura de su secretaria, sentada tras su escritorio diez plantas más abajo.

Revelar, pensó Leif Barker, no era la palabra adecuada. No cuando un vestido de tela gruesa, cuello alto y largo hasta los pies cubría su figura. Las virtudes grabadas sobre su carácter maleable como cera por la Sturch no se habían alisado con el roce con su jefe. Rachel era una muchacha *real*. Nadie la atraparía jamás en ningún comportamiento que pudiera conducir a un pseudofuturo. Era *real*.

La miró. Ella enrojeció.

—¿Sí? —Por dentro era un gruñido, pero por fuera sonrió. Si podía conseguir que su rostro reflejara la jovialidad deseada, todo iría bien el resto de la mañana.

—Doctor Barker, hay un tal Zack Roe que insiste en verle.

Leif no permitió que su sonrisa cambiara.

—Esta cita no es hasta las diez de la mañana. Dígale que ha sufrido un error.

Otra pequeña figura entró en el cubo y miró a la pequeña caja de cristal sobre el escritorio de Rachel. Zack Roe era un hombre alto y encorvado de pelo gris con apariencia de un obrero sin cualificar. Hablaba islandés con un ligero acento siberiano.

Sujetaba el sombrero en su mano, e inclinó la cabeza al decir:

—Por favor, doctor, sé que no estoy aquí a la hora que me corresponde. Pero olvidé que hoy inicio mis ritos de purificación.

—¿Qué está haciendo entonces aquí?

—Pensé que quizá pudiera pasar mis tests ahora. De esa forma ambos nos sentiríamos satisfechos. Sé que esos tests son importantes, doctor.

Terminó sus palabras con una risita, al tiempo que abría mucho sus ojos azules.

Leif suspiró.

—Shib, bajo ahora mismo —dijo—. Rachel, dígale a Sigur que conecte el eegie, ¿quiere?

Rachel asintió. Leif desconectó la pantalla, bebió el resto de su café, pensó que ya había escaldado lo suficiente su boca, y se dedicó a sus huevos con jamón de mar. Roe le había dado las palabras clave..., *de tal forma* que daban a entender que Leif tenía que contactar con él tan rápido como fuera posible.

Ocurría algo grande. De otro modo, Zack nunca hubiera roto sus esquemas previstos, proporcionando así una razón para ser investigado. Por fortuna, tenía una buena excusa. Los ritos de purificación pasaban por delante de todo lo demás, y su papel como estúpido paleador encajaba con su aparente olvido.

Leif cruzó varias estancias, muy bien amuebladas para esos opacos y deprimentes días, en dirección al ascensor. Su collie, Peligro, saltó a su encuentro y se mostró completamente ofendido cuando su amo se limitó a rascarle las orejas sin detenerse.

—Más tarde —dijo Leif, al tiempo que pulsaba el botón que llevaría la cabina directamente a las salas del eegie.

No había ninguna razón para sentirse alarmado por el esquema inusual de los acontecimientos, pero se sentía intranquilo. El Plan había ido bien hasta entonces..., casi demasiado bien. Pero no debía permitir que una expresión de ansiedad cruzara su rostro. ¿Qué tenía que temer él, un portador del láméd? Desechó el pensamiento de su mente con una sonrisa y regresó a la rutina del hospital.

Ansió otro café. Y bostezó. Ansia y bostezo. Sonrió para sí mismo. Parecía estar haciendo mucho de ambas cosas últimamente..., aunque la última noche lo había llevado al borde del ansia.

Se abrió la puerta. Entró en la oficina de Rachel.

—Buenos días, doctor —dijo la mujer.

—El Precursor la bendiga. ¿Algo importante en el correo?

No deseaba dar la impresión de prisa. Era posible que ella se hiciera preguntas acerca de su preocupación por una nulidad como Zack.

—Ninguna carta, *abba* —dijo ella.

—No me llame padre —gruñó él—. Sólo soy diez años mayor que usted.

—Le respeto como a un padre —respondió ella, con los ojos bajos.

Él le alzó la barbilla y la besó en la boca.

—He aquí un beso paternal. Recibirá uno cada vez que me llame *abba*. Se echó a reír y terminó:

—Y, como recompensa por *no* hacerlo, recibirá uno también cada vez que *no* me llame padre...

—¡Doctor Barker! ¡No debe hacer usted eso! —Las mejillas de la mujer llamearon.

Él le sonrió.

—Me aprovecho de usted porque soy un portador del lámed —dijo—. Por otra parte, ¿de qué sirve serlo si uno no puede aprovecharse de ello?

Ella le miró con la boca abierta. Leif resistió la tentación de cerrársela con otro eso. Aunque hermosa, era más azúcar frío que carne cálida. El hombre que rompiera sus defensas descubriría que hubiera hecho mejor empleando su tiempo en otro lugar. Ella no era un buen asunto; los gastos serían grandes y la inversión congelada.

Oh, bueno, era un ser humano y no responsable de lo que era. Entró en el ascensor, se volvió, saludó alegremente a Rachel con la mano y la apartó de su mente. Algo grande se estaba cocinando; probablemente su vida se hallaba implicada en ello.

CUANDO Leif entró en la sala del eegie, encontró que Sigur había sentado a Zack Roe y le había colocado el casco de tantalio sobre su cabeza gris.

Zack exhibió sus salidos dientes en una sonrisa y dijo:

—Que Sigmen le quiera, doctor.

—Un futuro real para usted —respondió Leif. Asintió con la cabeza, y Sigur pulsó un botón. El quimógrafo debajo del eegie empezó a girar. Le acompañó un sonido de bip-bip que, como parte del experimento, se suponía que debía distraer al sujeto. El experimento era, ostensiblemente, un intento de correlacionar el esquema de las ondas cerebrales del sujeto con su vocalización. Durante algún tiempo Leif había pasado una hora diaria en este proyecto de leer la mente de un hombre por medios electrónicos.

En realidad, había estado haciendo únicamente esto durante los últimos dos años. La parte inferior del llamado electroencefalógrafo era lo que se suponía que debía ser. Registraba las ondas cerebrales del sujeto en un quimógrafo. Pero la parte superior del eegie era una máquina que había sido hecha llegar clandestinamente a manos de Leif por el Cuerpo de la Guerra Fría. Hacía lo que se suponía que hacía la otra, Podía «leer» la mente de un hombre. Y en este mismo momento estaba detectando y amplificando los pensamientos de Zack Roe y transmitiéndolos a través de los supuestamente sin significado bips.

—Haré el número habitual de preguntas del test —dijo Leif—. Responda «sí» o «no». No me importa si me dice o no la verdad. Más tarde quiero que me indique las auténticas respuestas. ¿Preparado?

—Sí —dijo Zack con su voz arrastrada—. No soy tan tonto como piensa, doc. Hemos hecho esto antes, ¿no?

Leif miró a Sigur. Estaba de pie junto al quimo, de espaldas a ellos, contemplando las agujas trazar las ondas alfa, beta, gamma, kappa y eta. Los bips prosiguieron; Sigur no prestaba ninguna atención al ruido.

—¿Cuándo nació usted, Zack?

—El tres de fertilidad del 190 D.R. —dijo Zack. Leif comprobó aquello en su bloc de notas, luego le hizo un guiño a Zack.

—Responda la misma pregunta en inglés, Zack. Deseamos comprobar cualquier diferencia en las ondas a causa de usar lenguas distintas. Zack obedeció.

Al mismo tiempo, los bips cambiaron de esquema. El oído de Leif lo captó de inmediato.

*¿Qué le ha tomado tanto tiempo, Leif? Esto arde. Hubiera debido venir usted corriendo. Shib. Aquí está el mensaje. Halla Dannto, la esposa del archurielita,*

*resultó herida a las 73:00 en un accidente de coche. Fue llevada a este hospital. Tiene que ponerse usted en contacto con ella aprisa. ¡Aprisa! Saque del caso al doctor que se ocupa y llame a Ava.*

*Si Halla Dannto está muerta, incinere su cuerpo sin demora. No deje que nadie aparte de Ava sepa que lo hace. Luego vuelva a su habitación y actúe como si ella estuviera viva.*

*¡Haga esto! No mencione la muerte de Halla a la mujer que ocupe su lugar.*

*Llevará un velo callejero anticuado cuando entre. No haga preguntas. Acéptela como si fuera la real Halla Dannto. ¿Entendido?*

Como si estuviera pensando en algo, Leif asintió con la cabeza.

—Ahora, Zack, la siguiente pregunta —dijo.

Rachel entró precipitadamente en la habitación.

—¡Doctor Barker! —dijo, sin aliento—. El doctor Trausti acaba de llamar y me ha dado un mensaje para usted. Su QB parece que no funciona, así que lo he cogido yo. Tiene que bajar a la habitación 113 de inmediato. La esposa del archurielita Dannto acaba de ser ingresada, seriamente herida. Trausti desea que se ocupe usted de ella.

Leif alzó las cejas.

—¿No puede ocuparse él?

—Supongo que piensa que ella es demasiado importante para él. Además, puede morir.

—¿Y desea que yo tome la responsabilidad de ello? —dijo Leif con una sonrisa—. Dígame que bajaré de inmediato. Y, Rachel, contacte con mi mujer. Dígame que suelte todo lo que tenga entre manos, aunque sea un bebé, y baje a la 113. ¿Shib?

Se volvió.

—Sigur, eso cancela el experimento por todo el resto del día. Diga a los demás sujetos que pueden marcharse.

Salió a largas zancadas de la habitación. Fuera, tropezó con un hombre que estaba de pie justo frente a la puerta. El hombre retrocedió tambaleante; Leif tuvo la fugaz impresión de que el impacto no había sido tan duro como eso, que el hombre estaba exagerando un poco.

—Disculpe —dijo, y siguió andando. Una fuerte mano sobre su brazo lo detuvo.

El desconocido tosió y dijo:

—¿Doctor Barker? —Su voz era aguda y tenía un ligero acento extranjero.

—Tengo prisa. Le veré más tarde —dijo Leif.

Absorbió al hombre con una mirada. Le gustaba saber quién era la gente a su alrededor, cuál era su aspecto y qué estaba haciendo. Así, después, podía transmitir los detalles esenciales.

Leif se sintió impresionado. Había algo *extraño*, casi artificial en él. Era bajo y

recio, y tenía una piel y un pelo muy claros y unos ojos azules muy claros también. Las orejas, sin lóbulos, eran grandes. La nariz era una contradicción, con sus anchas y llamativas fosas nasales y su arco alto. Los labios eran gruesos.

—¿Cómo se llama? —preguntó Leif.

El hombre tosió.

—Nosotros... Quiero decir, me llamo Jim Crew.

Leif captó el *nosotros* y miró a los otros sentados en la sala de espera. Un hombre y dos mujeres, todos jóvenes, con unos rostros lo bastante parecidos al de Jim Crew como para convertirlos en hermanos y hermanas.

—¿Están todos aquí para los eegies? —preguntó.

—No, *abba* —dijo Jim Crew. Miró a los otros. Dos de ellos cerraron los ojos. Sus pestañas eran largas y gruesas como patas de araña. La tensión se apoderó de pronto de la calma que flotaba en el aire. Leif tuvo la sensación de que hilos invisibles se entretejían a su alrededor.

—¿Qué quieren? —preguntó.

—*Abba* —dijo Jim Crew—, hemos acudido a usted porque es el único hombre en París que puede ayudarnos.

Una de las mujeres se puso en pie. Su rostro saltó hacia Leif con una rubia y salvaje belleza. Al mismo tiempo, su expresión se volvió extrañamente abstraída. Si uno pudiera imaginar la carne como una pintura, sería como un cuadro cubista de un santo antiguo.

—Nuestra hija se muere —canturreó, con voz baja y gutural. Sus gruesos labios temblaron, haciendo confusas sus palabras.

Adelantó una mano. Jim Crew la tomó. Dijeron, al unísono:

—Nuestra hija fue atropellada por el mismo auto que mató a Halla Dannto.

La tercera mujer, aún sentada en el diván, con los ojos cerrados, gimió:

—Nuestra hija se muere. Tiene el cráneo abierto, y hay una astilla de hueso que presiona contra su cerebro.

El otro hombre se echó a reír de pronto. En contraste con la evidente aflicción de los otros, su risa fue chocante. Leif se estremeció.

—No importa —dijo el hombre—. En cierto modo, no. En otro, sí. Pero si no acude usted rápido, nuestra hija morirá.

Leif tuvo la sensación como si se hallara en un sueño. Se sentía impaciente por llegar a la habitación de la señora Dannto. Sin embargo, no podía marcharse de allí.

—¿Qué saben ustedes de la señora Dannto? —preguntó—. ¿Cómo saben que ha muerto?

—Lo sabemos —dijo Jim Crew—. También sabemos que vive de nuevo.

—Tengo que acudir junto a la señora Dannto —dijo Leif—. Siento lo de su hija, y haré todo lo que pueda por ella tan pronto como sea posible. ¿En qué habitación está?

—No está aquí —respondió la mujer de pie. Abrió los ojos. Brillantes y de un azul muy claro, mostraban un resplandor que no procedía de los paneles de luz.

—Nuestra hija está en una habitación muy en las profundidades de la ciudad.

—¿Qué es todo esto? —ladró Leif—. Díganmelo rápido. No tengo tiempo para tonterías.

—Tonterías como ésta —dijo el hombre en el diván; agitó la mano para abarcar a las dos mujeres y a Jim Crew— son lo único que tiene sentido real.

Jim Crew sonrió con sus grandes dientes y sus tristes labios.

—Fue golpeada por el auto que se estrelló contra el coche de Halla Dannto. No la trajimos aquí porque eso hubiera significado su muerte... y la nuestra.

—Y nuestra hija sabía que tal vez fuera atropellada, y que tal vez usted tuviera que acudir a ella y salvarla —gimió la belleza salvaje.

—Estoy intrigado —murmuró Leif con voz profunda, con los tendones de su cuello sobresalientes—. Pero no sé de qué están hablando. Y empiezo a preguntarme por qué creen que no voy a llamar a los uzzitas. Evidentemente son ustedes un caso para ellos.

—Usted no hará eso —dijo Jim Crew.

—No lo hará —confirmó la belleza—. Lo sabemos. Nuestra hija lo sabía.

—Usted vendrá a las alcantarillas —dijo la segunda mujer.

—Como a H iré —dijo Leif—. Si quieren que me ocupe de su hija, tráiganla aquí. Se alejó a largas zancadas, rozando casi a Jim Crew.

Cuando cruzaba la puerta, se detuvo a medio paso, como si de pronto el aire se hubiera vuelto jalea a su alrededor.

Del mismo aire había brotado un no-sonido, una voz que no tenía sílabas nacidas en las ondas del aire pero que se hacía oír inconfundiblemente.

—*Quo vadis?*

Se volvió en redondo.

—¿Qué están haciendo?

—No se sienta violado, doctor Barker —dijo Jim Crew—. Lo hemos hecho sólo para que usted sepa que no estamos... locos.

—Ni somos —añadió la belleza salvaje— gente que deba ser menospreciada.

Le miró, y de pronto Leif se sintió lleno con un pesar que sólo pudo contener con el más violento esfuerzo.

No le gustó, y su rostro debió de reflejarlo, porque al segundo siguiente había desaparecido, dejándole con la pregunta de si no lo habría estado imaginando.

El hombre en el diván rió de nuevo con voz fuerte. Y Leif sintió el deseo de devolverle la risa.

Sujetó el lado de la puerta y apretó con fuerza. Con la sensación de fuerza llegó una advertencia de rechazo. Ahora le miraban, los ocho ojos azules, con un

resplandor que parecía ser un foco de algo que brillaba desde dentro de ellos: una sola luz irradiada a través de cuatro pares de mirillas. ¡No absorbería nada de aquella luz! ¡Era un espejo que la reflejaba toda de vuelta a ellos, sin absorberla! Dueño de sí mismo, de la forma que lo deseaba, de la forma que *tenía* que ser.

—De veras, me gustaría venir —dijo—. Pero, si saben ustedes tanto, también sabrán que no puedo.

—Ah —jadeó Jim Crew a través de su nariz gótica de alto puente—. Pero sí puede. Halla Dannto está muerta. Ya no puede hacer nada por ella.

Tuvo la sensación como si el suelo se deslizara debajo de él. Estaba seguro de que solamente había tres personas que supieran que había muerto: el interno, Zack y él mismo. Y él y Zack ni siquiera estaban seguros.

Pero no tenía tiempo para investigarles. Zack había sido demasiado insistente en la velocidad con la que tenía que acudir a la habitación 113 y el secreto en que debía mantenerlo todo. Enormes y oscuras cosas se movían detrás de todo aquello, y él no tenía tiempo de pararse a hablar.

Cerró tras él de un portazo y cruzó la habitación hacia el QB, Marcó el número de Rachel. El cubo transparente que se proyectaba de la pared parpadeó a una miniatura de su oficina. Y de inmediato empezó a parpadear de nuevo.

—Rachel —dijo—, ¿consiguió contactar con la señora Barker?

—Sí, señor. Viene de inmediato.

Cortó la conexión, y echaba ya a andar de nuevo cuando le llegaron los últimos jirones de la voz de Rachel.

—¡Doctor Barker, espere! Le paso una llamada.

Se volvió y marcó de nuevo el número. Esta vez la imagen le llegó clara.

—Le conectaré con el archurielita Dannto —dijo. La vio pulsar algunos botones en su escritorio, y luego su oficina se desvaneció. Fue reemplazada por otra, una oficina mucho más grande y más lujosamente amueblada. El escritorio era enorme y empequeñecía al hombre que había de pie detrás de él. Absalom Dannto era un hombre corpulento de enormes hombros, una barriga como una montaña y una doble barbilla, con la inferior temblando como la ubre de una vaca asustada. Leif sonrió ante el pensamiento y luego lo echó a un lado, porque el archurielita no era un hombre con el que se pudiera jugar.

La voz de Dannto retumbó a través de unos labios distinguibles por su ausencia.

—¿Barker? Acaban de decirme que mi esposa sufrió un accidente y que se halla en su hospital. ¿Está seriamente herida?

Leif se sorprendió. El hombre parecía genuinamente preocupado.

—No, *abba*. Acaban de decírmelo. Me ha interrumpido usted en mi camino a verla.

—Barker, no quiero que la atienda nadie más que usted. Vaya a verla y sálvela.

Leif veló sus ojos.

—Siempre hago todo lo posible. No importa quién sea el paciente.

—Sé eso. Pero, en nombre del Precursor, haga algo mejor que todo lo posible.

Había agonía en su voz.

—Cualquier cosa que pueda hacerse, se hará —aseguró Leif.

Adelantó la mano para cortar la conexión, algo que nadie excepto él se atrevería a hacer.

—¡Espere! —dijo Dannto—. Tengo entendido que estaba en un taxi automático. Sospecho conducta irreal por parte de los técnicos en el centro de control. Así que he puesto a Candleman en el caso. Probablemente estará ahí dentro de muy poco. Déle toda la ayuda que pueda necesitar para rastrear a los culpables. Estaré ahí dentro de unas pocas horas. Tan pronto como pueda librarme del trabajo. Queda usted completamente a cargo de Halla.

—Shib, *abba* —dijo Leif—. ¿Incluye eso precedencia sobre Candleman?

—He dicho completamente, Barker.

LEIF desconectó el QB y echó a andar por los pasillos, vagamente consciente de que las enfermeras le miraban con admiración, de que les gustaba su estatura, sus anchos hombros, su rizado pelo rubio, su fácil sonrisa. Hablaba y reía sin miedo con ellas, y no intentaba atraparlas en alguna irrealidad. Cuando él estaba por allí, podían relajar sus músculos por un tiempo y sentirse radiantes y humanas.

Detuvo un ascensor que subía y entró en él. La enfermera que había en la cabina dijo:

—¿Ha oído usted que la señora Dannto ha resultado herida?

—Parece que se trata de un gran secreto —respondió Leif secamente—. He subido a este ascensor porque he de ir abajo lo antes posible. ¿Le importa?

Ella alzó las cejas.

—¿Significa algo de todos modos?

Él pulsó el botón que enviaría el ascensor hacia abajo a velocidad de emergencia.

—No en estos momentos, Sarah. ¿Qué más ha oído usted? —El doctor Trausti dice que está muerta. Leif maldijo para sus adentros, pero sonrió.

—La señora Dannto no puede morir a menos que yo lo declare oficialmente, Sarah. Y aunque sé que no es ético cuestionar el juicio de otro médico, es posible que, siendo humano, haya cometido un error. También, por el hecho de estar demasiado atareado leyendo mucho, puede que no haya oído hablar de una nueva técnica que ha demostrado tener mucho éxito en atrapar la moribunda chispa de la vida en pacientes que ya habían sido declarados muertos.

Mentía, por supuesto. Pero la boca de Sarah era tan grande como parecía. Al poco de que él entrara en la habitación 113, habría difundido por todo el hospital que ese maravilloso doctor Barker estaba utilizando una nueva técnica milagrosa para traer de vuelta a la señora Dannto de la muerte. Cuando la historia llegara a los últimos confines del Hospital de la Piedad Rigurosa, reflejaría a Halla Dannto saliendo apresuradamente por la puerta delantera camino de su partida de tenis.

Leif salió de la cabina y echó a andar apresurado por el pasillo. Halló la 113 cerrada y llamó a la puerta. Un grupo de enfermeras y ordenanzas estaban de pie cerca. Les lanzó una mirada como una andanada de perdigones. Se dispersaron.

Trausti abrió la puerta. Su largo pelo negro caía sobre su alta y estrecha frente. Lo apartó a un lado y murmuró:

—Hay algo muy extraño aquí, doctor.

Leif entró en la habitación y, al hacerlo, observó la forma cubierta por una sábana en la camilla al lado de la pared.

—¿Algo extraño? —dijo a Trausti. Consiguió poner un tono ligeramente

amenazador en su voz, como si sospechara que Trausti podía estar implicado en algo no de rutina.

Trausti debió de detectar el tono, porque las manos que sujetaban unas tiras de radiografías temblaron.

—Disculpe, doctor Barker —dijo—. Quiero decir, algo definitivamente fuera de lo normal. Al menos, eso creo. Bueno..., no quiero decir nada. Dejaré que tome usted la decisión.

Leif alzó las cejas.

—¿Dejará?

Trausti enrojeció aún más.

—Yo..., quiero decir..., bueno, quiero decir que deseaba llamar su atención hacia algo que no comprendo.

—Ah, ya veo —dijo Leif, con un tono que indicaba que no veía nada en absoluto—. Bueno, ¿de qué se trata?

Se reía para sí mismo, porque Trausti incordiaba despiadadamente a todas las enfermeras e internos por debajo de él. A Leif le gustaba mantener a Trausti sobre la cuerda floja, tenerle siempre preocupado. Sospechaba que Trausti le espiaba para los uzzitas, y confiaba en atraparlo algún día en una posición en la que él, Leif, pudiera entregarlo con las manos atadas a los uzzitas y así librarse del peligro que representaba. Con lo que conseguiría además hacer la vida más fácil para los pobres diablos que tenían que someterse a las intimidaciones de Trausti.

—Son los rayos X que tomé de la señora Dannto —dijo Trausti—. Al parecer murió porque se partió la columna vertebral, pero...

—Yo daré el veredicto oficial de su defunción —dijo Leif—. Todo lo que deseo de usted es que me cuente esta cosa que calificó de extraña.

Trausti tragó saliva.

—*Shib, shib*, doctor Barker —dijo—. De todos modos, se me ha pedido que le transmita lo que he descubierto. Luego usted puede hacer lo que quiera, por supuesto. Mi opinión oficial, basada en estos rayos X, es que se partió la columna vertebral, un brazo y dos costillas, además de fracturas compuestas en la cadera, una pelvis rota, el hígado reventado y una herida en el plexo solar. Puede comprobar todo eso cuando examine estas radiografías.

Señaló una hilera de tiras fotográficas sujetas con pinzas a un amplio tablero luminoso.

—Sin embargo, estas radiografías —agitó las tiras en su mano— muestran algo que..., disculpe si estoy equivocado..., algo que creo que es más bien..., esto..., extraño. Aquí hay unas radiografías que tomé de su región uterogenital.

Leif tomó la tira de la temblorosa mano de Trausti y la alzó contra la luz de la pared. De inmediato vio lo que Trausti quería decir. Un cuerpo curvado tubular

ocupaba el fórnix posterior, la depresión detrás del cuello del útero donde la parte superior de la vagina rodeaba la porción vaginal del útero.

Leif se guardó la tira en el bolsillo y dijo:

—Probablemente un tumor. Sea lo que sea, puede aguardar a ser examinado hasta que la señora Dannto esté fuera de peligro.

No sabía si el cuerpo era un simple tumor o su origen era canceroso o alguna otra cosa. Pero deseaba eliminar la curiosidad de Trausti.

Trausti le tendió la segunda tira de radiografías con mano temblorosa.

—Esto es una imagen interna de la parte frontal de la cabeza.

Leif tomó la tira y la alzó a la luz..., y estuvo a punto de dejarla caer.

Las imágenes, aunque seguían llamándose radiografías por tradición, eran en realidad una reproducción real formada por la absorción de haces ultrasónicos por los órganos. Estas imágenes eran una serie que fotografiaban el interior de la cabeza a intervalos de un milímetro de delante hacia atrás. La imagen era suficientemente clara. Dos cables neurales avanzaban desde la parte posterior del hueso frontal del cráneo y atravesaban la duramadre o membrana protectora del cerebro. Allá los dos cables se perdían en las intrincadas sinuosidades del lóbulo frontal del cerebro.

¡Los cables neurales no tenían ningún motivo para estar allí! Leif nunca había visto nada parecido.

Exteriormente impávido, pero temblando por dentro, Leif se guardó también la segunda tira en el bolsillo de la chaqueta.

—He visto un caso como éste antes —mintió—. Una mujer también. La autopsia mostró que los cables neurales eran mutaciones. De todos modos, puesto que la señora Dannto no está muerta, no vamos a poder efectuar una autopsia, ¿verdad?

Hizo una pausa, entrecerró los ojos y dijo roncamente:

—¿Tiene el historial médico de la señora Dannto?

Trausti tragó saliva varias veces.

—N...no. No creí que fuera necesario pedirlo al archivo, puesto que evidentemente está muerta. Al menos, yo pensé...

—¡Haga que su historial sea transmitido de inmediato desde Montreal! —dijo Leif—. Es usted culpable de conducta irrealista, es decir, suposición de excesiva autoridad y negligencia. ¿Cómo puedo tratarla sin un conocimiento adecuado de sus antecedentes médicos?

Trausti dio la impresión de que se estrangulaba. Al cabo de unos instantes de debatirse dijo:

—Entonces, ¿usted cree...?

—Creo que nosotros los médicos lámeduianos sabemos más que ustedes, que sólo pertenecen a un orden inferior de médicos —dijo Leif—. Los miembros de la jerarquía tenemos a nuestra disposición técnicas que son negadas a las clases

inferiores debido a que no las merecen. Dígame, ¿ha visto estas radiografías alguien más aparte usted y la señora Palsson?

Trausti negó con la cabeza, y su pelo negro cayó de nuevo sobre sus ojos.

—Le sugiero —dijo Leif— que se guarde todo esto para usted mismo. Es posible que al archurielita no le gustara saber que su esposa no es enteramente normal. De hecho, sé que no le gustaría. Podría recompensar las palabras dichas demasiado a la ligera con un viaje a H.

Trausti, tan pálido por naturaleza como la barriga de un pez, consiguió palidecer aún más.

—Se lo diré a la señora Palsson.

—Hágalo de inmediato —dijo Leif—. Yo me ocuparé de la señora Dannto a partir de ahora. Queda relevado usted del caso.

—¡Pero está muerta! —dijo Trausti, descorazonado.

—Quizá. Cierre la puerta cuando salga.

Cuando el otro se hubo ido, Leif apartó la sábana para dejar al descubierto la desnuda y rota forma de Halla Dannto. Hundió el dedo índice en la herida en el plexo solar. Se hundió a todo lo largo sin resistencia. Sólo era herida era suficiente para haberla matado de forma instantánea.

Tanto Trausti como Palsson la habían visto. ¿Qué pensarían? Más importante aún, ¿qué harían cuando oyeran que la señora Dannto estaba convaleciente de nada más serio que unos cuantos huesos rotos, una herida ligera en el plexo solar y el shock?

Maldijo al Cuerpo de la Guerra Fría y a su esquema celular, donde un hombre no tenía a menudo el más ligero indicio del plan general y trabajaba en la oscuridad para llevar adelante su segmento particular. Allí estaba él, un coronel del CGF de la República de Linde, originador del complot que probablemente enviaría a la Unión Haijac al olvido. ¡Y, sin embargo, no se le permitía saber más que unos pocos indicios sobre la forma de actuar de su propia campaña!

Era el precio que había que pagar por trabajar en medio del enemigo. Si hubiera permitido que los cabecillas lo situaran detrás de un escritorio allá en Marsey, hubiera podido ver la guerra como un conjunto; estaría dirigiéndola. Pero puesto que él había insistido en que deseaba trabajar en París, donde estaba el peligro, y había sido enviado allí. ¡Locuras de juventud! Eso fue hacía doce años. Tenía entonces veintidós y acababa de recibir su licencia de cirujano y los botones de segundo teniente. ¡Ahora, cuatroestrellas con menos de la mitad de su inteligencia le decían lo que tenía que hacer! Esos modestos pensamientos cruzaron su mente mientras pasaba sus manos sobre la en su tiempo firme y vibrante carne. Trausti tenía razón. Los rayos X habían indicado algo muy extraño, algo que podía estar o no conectado con el Proyecto Polilla y Óxido. Sospechaba que sí. Pero, lo estuviera o no, eso significaba descubrir lo que eran esos objetos extraños en su cuerpo.

Sonaron dos golpes en la puerta, dados con los nudillos. Una pausa. Luego tres más. Ava.

Abrió la puerta. Ava entró en la habitación. Ava era baja y de pelo oscuro e iba vestida con un uniforme blanco de cuello cerrado y una falda que le llegaba hasta los tobillos. Ava tenía un pelo largo y ondulado que llevaba trenzado y recogido encima de la cabeza y unos ojos tan grandes, líquidos y blandos que parecía como si una mota de polvo que llegara a ellos debería hundirse hasta sus profundidades.

—¿Qué ocurre, Leif? —preguntó con voz ronca.

Le contó lo ocurrido.

—¿Qué piensas hacer con su cuerpo? —quiso saber Ava.

—Me gustaría descubrir lo que está haciendo el CGF a nuestras espaldas —dijo Leif—. Es decir, si es realmente cosa del CGF.

—Me has entendido mal —dijo Ava—. ¿Vas a hacerle la autopsia ahora? Dijiste que las órdenes eran de incinerar su cuerpo tan rápido como fuera posible y no hacer preguntas.

Leif se encogió de hombros.

—Como cirujano —dijo—, daría mi coxis por ver qué son realmente esos tumores.

—Perderás algo más que tu coxis si los jacs descubren quién eres. O, incidentalmente, si el general Itskowitz descubre que no sigues las órdenes.

Él se echó a reír estruendosamente.

—Como mi guardiana, creo que tú misma me entregarías a él. Mi propia esposa.

—Corta ya esto —dijo Ava—. Estamos perdiendo el tiempo.

—Tienes razón. —Leif cubrió de nuevo el cadáver, pero la tela se hundió en torno a las curvas, revelando una forma evidentemente femenina. Se vio obligado a volverla de lado y echar otra sábana encima, arrugándola un poco, para ocultar la forma de debajo tanto como fuera posible.

—Nuestro problema es bajarla al crematorio sin que nadie sepa qué cadáver es —dijo—. ¿Ha muerto alguien recientemente en esta planta?

Ava asintió.

—No uses el QB —dijo Leif—. Será mejor que vayas y mires tú misma en el libro. Si llamas preguntando sobre las muertes recientes, alguien podría entrar en sospechas.

Ava asintió de nuevo y salió de la habitación. Leif tomó sus pinzas, que tenían un destornillador en un extremo, y desatornilló la caja del QB. Su experta mano necesitó tan sólo un momento para liberar un cable y dejar la caja inoperante. No deseaba que nadie pudiera mirar dentro de la habitación y ver lo que ocurría en ella.

**E**L año era el 245 DR (Después de la Revolución) o, en la cronología antigua, el 2700 AD. Habían transcurrido exactamente seiscientos cuarenta años desde que tres cuartas partes de la humanidad de la Tierra fueran barridas del planeta durante la breve y no declarada guerra con la colonia marciana rebelde. Los terrestres de Marte, que se consideraban marcianos, habían introducido en secreto un virus cultivado en laboratorio entre los terrestres. Este virus causó una forma virulenta de anemia de célula falciforme que en tres meses había matado a seis mil millones de personas. Por fortuna, o quizá debido a factores desconocidos, las únicas comunidades comparativamente grandes que quedaron en la Tierra lo fueron en Islandia, Israel, Australia, Hawai y las montañas caucásicas de Rusia, las islas indonesias y África central. Al cabo de un siglo, los descendientes de las comunidades que habían sobrevivido iniciaron sus exploraciones, ocupando todos los territorios relativamente deshabitados y absorbiendo la población local.

Isaac Sigmen nació el 2455 AD en Montreal, Canadá, de padre islandés y madre caucasonorteamericana. El año 1 DR anunció la revelación de una religión científicamente demostrable y su propia habilidad de viajar por el tiempo. Aunque al principio todo el mundo se burló de él y fue perseguido, el Precursor, como se llamó a sí mismo, había establecido en quince años una iglesia tan fuerte que finalmente le convirtió en el jefe del gobierno de la República de América. La república incluía a la América del Norte y del Sur, y las islas del Pacífico y Japón, que habían sido colonizados por gente de habla inglesa procedente de Hawai y Australia. En otros cinco años la religión había barrido la República de Islandia, que incluía Islandia, Inglaterra, Irlanda y todo el norte de Europa excepto la antigua Rusia. Rusia, Siberia y el norte del China habían sido colonizados por gente de habla georgiana de la Federación Caucásica. En otros dos años, la Federación Caucásica se había convertido a la religión de Sigmen. Se formó la Unión Haijac (con Hawai, Australia, Islandia, Japón, América y Caucasia).

Las otras grandes naciones de la Tierra eran la Democracia Malaya (Indonesia, India, Asia sudoriental, China del sur), Bantulandia (África del sur y el mar del Sahara), y la República Israelí (las antiguas naciones del Mediterráneo y Asia Menor).

Había un país comparativamente pequeño, que se había formado tan sólo cincuenta años antes de la muerte de Leif Barker. Era Linde, llamada así porque durante siglos había sido una zona neutral entre la República Israelí y la frontera europea de Islandia. Ningún país se había atrevido a apoderarse de ella debido a las represalias, así que la franja de tierra había sido declarada neutral, mientras ambas

negociaban por su posesión. El resultado había sido que durante varios siglos todos los liberales que se enfrentaban al gobierno de cualquiera de las dos partes negociadoras, criminales y hombres que no estaban de acuerdo con las políticas de sus gobiernos, se habían aposentado allí. A su debido tiempo, Linde llegó a ocupar la posición que en su momento había ostentado Suiza, una zona neutral donde las naciones podían espiar e intrigar unas contra otras. Finalmente se había formado un gobierno, y Linde se declaró nación independiente. Linde estaba compuesta por la antigua Francia meridional, la Italia transalpina, Suiza, Austria, el norte de Yugoslavia y el sur de Hungría. Sus ciudadanos, como los de la antigua Suiza, hablaban cuatro lenguas oficiales: el inglés, el islandés, el hebreo itálico y el lingo, una extraña y sorprendente mezcla de las tres primeras.

El doctor Leif Barker era un ciudadano típico de Linde. Su padre era americano-israelí y su madre islandesa-caucásica. Había nacido y se había criado en la ciudad de Marsey (en su tiempo Marsella) y obtenido su título de médico en la universidad de Ven (en su tiempo Viena).

Mientras estaba en la universidad, había concebido el plan para el Proyecto Polilla y Óxido. Afortunadamente, Leif Barker pudo conseguir que alguien en las altas esferas del gobierno de Linde lo escuchara y decidiera ponerlo en marcha. Su tío era Primer Cónsul del Departamento del Midi del Estado Libre de Linde, una posición superada solamente por la del presidente. El plan se había iniciado, y Leif, tras un entrenamiento adecuado, enviado vía clandestinidad de Linde a París. Allí, en la capital del Sector de Europa Occidental de la Unión Haijac, en la antigua París, se había abierto camino hasta el puesto de Cirujano Jefe del Hospital de la Piedad Rigurosa. Y de mayor en el Cuerpo de la Guerra Fría de la Rama de Inteligencia del Estado Libre de Linde.

CUANDO Leif volvió a conectar la caja QB con ayuda del destornillador, Ava había vuelto.

—Estamos de suerte —dijo—. Un hombre llamado Helgi Ingolf murió hace diez minutos en la 121.

—¿Va al depósito?

—Sí. Murió rabiando y en una camisa de fuerza, de modo que Shant quiere hacer un examen de su cráneo. Sospecha un tumor cerebral.

—Bien. ¿Camisa de fuerza? Ava, coge esa camisa de Ingolf. Tráela aquí. Y, mientras estás en la habitación de Ingolf, llama a la planta de arriba y diles que nuestros ordenanzas están ocupados y que quieres que dos ordenanzas de arriba bajen a llevarse el cadáver de Ingolf al depósito. Retira la tarjeta de identificación de Ingolf del dedo gordo de su pie, si la lleva, y tráela con la camisa. Identificaremos el cuerpo de Halla con ella.

»Todavía llevas ese estilete en tu bien acolchado sujetador, ¿verdad? Graba JC en el pecho de Ingolf. Vamos a crear de nuevo un poco de confusión.

—¿JC otra vez? —preguntó Ava.

—Shib. Apresúrate.

Mientras Ava estaba fuera, Leif examinó más atentamente a Halla Dannto. Lo que descubrió esta segunda vez le convenció de que no podía permitir que su cuerpo fuera a cremación sin antes una profunda autopsia.

Ava regresó con la camisa de fuerza metida bajo una sábana.

—¿Piensas usar esto para ocultar el hecho de que es una mujer?

—Eres lista, cariño —murmuró él—. Aunque dudo que podamos disfrazarla por completo. ¿Serías capaz tú de ocultar el Himalaya?

—Leif, a veces eres nauseabundo. ¿No tienes ningún respeto por los muertos?

—No —dijo él—. Si ella estuviera viva, obtendría hasta el último gramo de respeto que tengo. Es toda mujer. De hecho, no creo que haya visto nunca nada parecido a ella, te guste o no. Vamos, no te pongas celosa, querida.

Ava bufó, y ambos se pusieron al trabajo.

Enfajaron a Halla con la camisa de fuerza y la volvieron a cubrir con la sábana.

—Todavía sigue siendo una mujer. Bien, vuévela otra vez de lado. Y cubre este pie de modo que sólo asome la tarjeta —ordenó Leif.

»Escucha, ¿obtuviste los nombres de los dos ordenanzas de la 200? Si parecen demasiado curiosos, tendremos que hallar alguna base para acusarles de pensamiento irreal y pasarlos a los uzzitas. O arreglar un «accidente» a través de Zack.

»Eso me recuerda. Trausti y Palsson vieron la herida en el plexo solar. Cuando su

reemplazo llegue aquí, van a hacerse preguntas al respecto.

—¡*Tsawah!*

—Vamos, vamos, Ava. Nada de hebreo. Especialmente no malas palabras.

—Lo que he dicho va para ti también —dijo Ava—. ¡Dices que van a hacerse preguntas! ¿Cómo podemos arreglarlo? No podemos acusarles de sabotaje, porque entonces *hablarán*. Y ya serían muchos *accidentes*.

—¿Qué es lo que hacemos con un marinero borracho? —zumbó Leif.

—¿No te preocupa eso? —preguntó Ava.

—Nunca me preocupo acerca de preocuparme —respondió él—. Simplemente confío en la suerte. No creo que hablen. Puse el miedo de Dios en ellos..., es decir, de su representante terrestre en París, el propio esposo de la señora Dannto. Saben que está ocurriendo algo, pero tienen miedo de ofender a sus señorías.

—¿Crees que funcionará?

—Si no lo hace —respondió él—, entonces... —Se pasó el dedo índice, rígido, por la garganta.

»Ava, esto es lo que vamos a hacer. Esos dos ordenanzas llevarán su cuerpo al depósito. Yo iré con ellos para asegurarme de que observan esa tarjeta de Ingolf en el dedo gordo de su pie. No les dejaré que toquen el cuerpo, porque seguro que se dan cuenta de que es una mujer. Les diré que dejen la camilla en el depósito, que Shant la quiere allí porque no desea llevar el cadáver de un lado para otro por razones propias. Se creerán eso. Todo el mundo piensa que los patólogos son un poco *no-shib*, después de todo. Luego meteré el cuerpo en un cajón frigorífico.

—¿Quién es el *no-shib* ahora? —exclamó Ava—. Tus órdenes son de incinerarla tan rápido como sea posible. ¿Y por qué has de ir tú en vez de yo? ¿No pensarán los ordenanzas que esto resulta un tanto peculiar?

—Voy a ir yo porque quiero asegurarme de que no es incinerada —dijo Leif—. No puedo confiar en ti para que no la metas en el horno. Voy a hacer pedacitos a Halla Dannto, y nadie va a impedírmelo.

»En cuanto a los ordenanzas, les diré que Ingolf murió de un tumor cerebral, y que voy a hacerle unas pruebas. No cuestionarán eso. Soy cirujano cerebral, recuerda.

—¡Buen Dios! —exclamó Ava—. Estás poniendo en peligro doce años de trabajo del CGF sólo a causa de tu maldita curiosidad.

—Es posible —dijo él, con los ojos entrecerrados—. Pero siempre nos hemos salido con bien de las dificultades en el pasado, ¿no? Y ahora no vas a traicionar a tu propio esposo, ¿verdad?

—¡Maldita sea, debería hacerlo! ¡Odio tus redaños!

—Y a mí me encantan los tuyos —dijo Leif, con una risa y una palmada en el trasero a Ava.

El moreno rostro de Ava se llenó de odio.

—¡Maldita sea! Intenta esto otra vez y te doy un puñetazo.

—Temperamento, temperamento, querida. ¡Te cuadra perfectamente! Y te hace más seductora. Bueno, dejemos eso. Candleman puede llegar aquí antes de que nos hayamos librado del cadáver.

Ava Olvidó seguir furiosa.

—¿Candleman viene aquí?

—Sí. Si el reemplazo de Halla no se presenta pronto, será mejor que no se presente. Y entonces, ¿cómo explicaremos la cremación de Halla?

—Tienen que haber hecho un magnífico trabajo plástico en ella si tiene que engañar a Dannto —dijo Ava—. O quizá sea una gemela.

—Es posible —admitió Leif—. Lo que me gustaría saber es cómo podrá llegar aquí tan rápido. ¿Tienen los dobles preparados ya para cualquier emergencia?

—¿Quién sabe? —se encogió de hombros Ava—. Será mejor que saques a Halla de aquí.

Leif abrió la puerta y miró fuera. Nadie en el pasillo.

—Sácala —dijo.

Al tiempo que Ava empujaba la camilla al pasillo, dos hombres vestidos con batas blancas doblaron la esquina. Leif les hizo signo con la mano.

—Lleven el cuerpo de Ingolf al depósito —dijo—. Bajaré dentro de un segundo para ocuparme de él, así que no quiero que lo pongan sobre el mármol. Simplemente déjenlo en la camilla.

No creía necesario explicarles por qué. Sólo eran ordenanzas; sería actuar fuera de las normas hacer lo contrario.

Cuando los dos hombres hubieron empujado la camilla al ascensor de servicio, Leif dijo:

—Ava, mete al reemplazo de Halla en la cama tan pronto como llegue.

Y si llega mientras yo aún estoy en el depósito, llámame. Y diles a los ordenanzas de la 100 que trasladen el cuerpo de Ingolf al depósito. Retiraré la tarjeta del dedo del pie de Halla para que a los de la 100 no se les ocurran ideas raras si la ven.

—Somos unos completos conspiradores —dijo Ava—. Nos estamos metiendo tanto que terminarán pillándonos.

—Actúa como si no temieras nada —dijo Leif—. Eso te sacará siempre de apuros en este país en el que todo el mundo está asustado.

—Sí, pero esa gente puede decir si estás asustado o no. No pueden oler el miedo *en ti*, porque *tú* tienes los redaños de un ángel... o de un demonio.

Y yo, si quieres que te sea franca, siempre estoy sudando de miedo.

—Ava, hablas demasiado. Pero eso es un fallo común en las mujeres.

Ava pareció furiosa. Leif se echó a reír y se dirigió por el pasillo al ascensor.

Abajo en el sótano, se encontró con los ordenanzas en el momento en que salían

del depósito.

—¿Todo *shib*? —preguntó.

—Shib, *abba*.

—Esperen un minuto —dijo, y extrajo un paquete de Tiempos Fructíferos de su bolsillo—. Yo no fumo, por supuesto —dijo, y tocó el lámed en su pecho—. Pero siempre llevo para los demás.

Encendieron sus cigarrillos, algo nerviosos, pero complacidos porque él se tomara el tiempo de hablar con ellos. Leif charló de esto y de aquello, sobre todo de los crecientes rumores acerca de la posibilidad de la Detención del Tiempo y el regreso del Precursor. Casualmente, mencionó a Ingolf y su interés en hacerle un examen cerebral. No tuvo que preguntarles a los ordenanzas sus nombres, porque conocía a todo el mundo en el enorme hospital que llevara trabajando allí más de una semana. Cuando se marcharon, les había convencido de que era un hombre *real* en todos los sentidos de la palabra. Y en sus mentes no quedaba ninguna duda de que el cadáver era el de Ingolf. Caso de que fueran interrogados más tarde por los uzzitas, lo jurarían.

Tan pronto como los ordenanzas estuvieron fuera de su vista, Leif entró en el depósito. Cerró la puerta, retiró la sábana que cubría el cadáver, soltó la camisa de fuerza y la metió en el incinerador. Luego hizo rodar la camilla hasta la mesa de disección y trasladó el cuerpo al mármol. Tras ponerse una bata, una mascarilla facial y guantes de cirujano, seleccionó varios escalpelos y un par de tijeras Mayo de un estante. Con la facilidad de la larga práctica, hizo la incisión en el cadáver desde el hueco en la base del cuello hasta la sínfisis púbica. Separó la piel y los músculos del esternón y las costillas y, tras liberar éstas, alzó todo el conjunto como si fuera un puente levadizo.

Por un momento, antes de cubrir el rostro del cadáver con las costillas, lo miró. Incluso al color azul grisáceo de la muerte y con la mandíbula colgando flácida, retenía aún un cierta belleza.

Suspiró porque la gloria que había habido allí ya no existía, pensó en cómo aquella carne había sido en su tiempo rosada y cálida, en cómo aquella boca había reído y cantado y besado. Luego, maldiciéndose a sí mismo porque había perdido momentáneamente su objetividad profesional, bajó las costillas sobre él.

Cortó rápidamente hacia su destino.

Se sintió cautivado por lo que vio. ¡No cabía ninguna duda! El objeto detectado por los rayos X no era un crecimiento tumoral o cancerígeno; era un cuerpo bien organizado que había crecido de forma natural hasta su actual posición.

Un cuerpo bien organizado, pensó. ¿Con qué finalidad? ¿Y qué indicaba su presencia? ¿Que Halla era un ser humano mutante? ¿O que era una extraterrestre?

Desde que Trausti le había mostrado las radiografías, Leif había albergado la

teoría de que Halla Dannto no era de origen terrestre. Le parecía una posibilidad que el Cuerpo de la Guerra Fría de Linde hubiera contactado con seres inteligentes hasta entonces desconocidos en algún planeta interestelar recién descubierto, y los estuviera usando en la guerra fría contra los jacs. El CGF podía estar utilizándolos porque poseían poderes o ventajas que no tenían los terrestres. Y los extraños órganos de Halla estaban conectados con esos poderes y ventajas.

Era posible que hubiera Otra explicación. Pero no podía pensar en ella.

No había tiempo para teorías. Tenía que hallar algo acerca de la función del órgano ahora, si era posible. No podía entretenerse, porque tenía que volver aprisa para asegurarse de que llegaba el reemplazo de la mujer muerta. Después podría regresar para un examen más minucioso.

Bajó rápidamente un microscopio del techo. Era un enorme instrumento con un pequeño panel de control y un visor anatómico. A través de ese visor, en ángulo recto con el objeto a examinar, podía ver la ampliación del órgano. Y podía ver qué nervios recorrían el órgano moteado de gris, rojo y negro. Partían de la cara anterior del órgano a lo largo de la pared del canal vaginal hasta casi su abertura.

Leif echó el microscopio hacia atrás y hacia delante mientras estudiaba con detalle el órgano y los nervios. Se sintió desconcertado. Pero, obedeciendo a una repentina intuición —una de las «corazonadas» que, junto con su habilidad, le habían convertido en un gran médico— devolvió de nuevo el microscopio al techo. Tomó de un estante un instrumento diseñado para detectar el flujo de bioelectricidad, la corriente generada por las células vivas. Era posible que este órgano aún no hubiera muerto. Si sujetaba el extremo del detector que formaba dos púas contra el órgano y luego apretaba rítmicamente éste con los dos dedos de su otra mano...

—¡Ah! —jadeó. Con cada presión de sus dedos sobre el órgano, la aguja del detector indicaba cuatrocientos miliamperios.

¡Su intuición había dado resultado! El órgano era una fuente biológica de energía eléctrica. Actuaba como un generador piezoeléctrico. Cuando se contraía, liberaba energía que viajaba por los nervios canal vaginal abajo.

Razonó que el órgano, en la Halla viva, debía de haber liberado su bioelectricidad cuando se contraía bajo acción muscular. Y las contracciones musculares, por supuesto, resultaban a su vez afectadas por una acción nerviosa. No sabía cuál era la causa que desencadenaba la acción nerviosa, y no era momento de especular. Sin embargo, los cuatrocientos miliamperios eran una biocorriente extremadamente fuerte, y los nervios que la conducían eran muy gruesos. ¿Para qué demonios era todo aquel dispositivo biológico?

Podía descubrirlo. ¡La muchacha que ocuparía el lugar de la muerta debía de ser de la misma especie!

El pensamiento lo galvanizó. Cerró el cuerpo, lo envolvió con la sábana y lo

metió en uno de los armarios frigoríficos del depósito. Lo cerró con llave y sacó la camilla vacía al pasillo. Allí encontró otra camilla con el cuerpo de Ingolf bajo la sábana. Lo entró en el depósito, alzó la sábana para asegurarse de que Ava había grabado dos profundas y grandes iniciales en su pecho y había dejado el estilete clavado a un lado.

Evidentemente, Ava había dado a los ordenanzas instrucciones de dejar el cadáver fuera en el pasillo. Supuestamente, los hombres pensarían que Shant o algún otro médico estaban ocupados dentro y no querían ser molestados.

A Leif no le gustó todo aquello. Era demasiado complicado. Sólo los planes sencillos le permitían a uno ver todos los detalles de una sola mirada. Los planes complejos eran demasiado difíciles de desentrañar. Dejaban indicios para que los sabuesos de afiladas narices de los uzzitas los rastrearán.

Era una buena cosa que el general Itskowitz no pudiera verle ahora, pensó. ¡Sería sacado inmediatamente de París y devuelto a Marsey antes de que pudiera decir Jude Changer!

---

CUANDO salió del ascensor en la planta 100, vio que se había retrasado demasiado con el cadáver de Halla. Un hombre muy alto, media cabeza más alto que Leif, se acercaba desde el otro extremo del pasillo. Avanzaba encorvado, y su delgado cuello estaba inclinado hacia delante como si corriera para mantener el paso de la ansiosa cabeza. El rostro era largo y con una estrecha nariz de halcón, labios delgados, ojos oscuros. Parecía un Dante rubio.

La estilizada mano del uzzita, con sus dedos de piel casi transparente, estaba curvada en torno al mango de la *crux ansata* del látigo metido en su ancho cinturón negro. Sus ojos eran bestias grises en el fondo de cavernas debajo de sus tupidas cejas. Cuando vieron a Leif no perdieron nada de su cautela agazapada para saltar.

—¡Candleman! —exclamó Leif.

El uzzita inclinó su pico en reconocimiento y siguió hasta la puerta de la habitación 113. Cuando ésta no se abrió a su presión, llamó con los nudillos.

—Debe hacer usted tan poco ruido como sea posible —dijo Leif—. La señora Dannto no debe ser molestada.

La voz de Candleman era profunda.

—¿Sigue aún con vida? —Aunque su rostro no cambió, Leif tuvo la impresión de que estaba sorprendido.

—¿Por qué no? —dijo Leif—. No sufre nada más serio que un brazo roto, una herida ligera en el plexo solar, el shock, y una pérdida considerable de sangre. En estos momentos se halla bajo sedación.

—Extraño —murmuró el cara de Dante—. Se me dijo que estaba muerta o agonizando.

—¿Quién le dijo eso? —preguntó secamente Leif. Si Trausti o Palsson habían hablado...

—Uno de mis hombres. Llegó a la escena del accidente poco después de que ocurriera. Y estaba convencido de que la señora Dannto no sobreviviría.

—Sus hombres no tienen experiencia médica —dijo Leif. Sus ojos chocaron con los de Candleman.

—Quiero verla y tranquilizarme de que está bien —dijo el uzzita.

—Puede aceptar mi palabra al respecto —indicó Leif.

—Insisto.

—Yo soy su médico —cortó Leif—. Tengo instrucciones del propio Dannto de hacerme completamente cargo de su caso.

—¿Dannto?

—Sí.

Candleman tomó el látigo de siete colas de su cinturón y empezó a hacerlo silbar en el aire como una suave amenaza.

—Muy bien entonces —dijo—. Pero al menos podré verla por el QB.

—No funciona —dijo Leif. Sonrió.

Candleman le miró con ojos cortantes; probablemente era la primera vez que alguien se atrevía a burlarse de él.

—¿Porqué?

—Pregúntele al técnico responsable.

—¿Quién es?

—No lo sé —dijo Leif—. Pero puedo decirle los nombres de todos los técnicos en este hospital. Es fácil porque sólo tenemos seis. Y necesitaríamos cuatro veces ese número.

—Sé que hay escasez de técnicos —dijo Candleman—. Todo parece estropearse hoy en día, y no tenemos hombres suficientes para repararlo. Necesitamos nuevas y más grandes escuelas para técnicos.

—¿Por qué deberían los jóvenes dedicarse a ello cuando las profesiones técnicas son tan peligrosas?

—¿Qué quiere decir?

—Esto —dijo Leif, con el corazón latiendo deliciosamente ante el cebo que acababa de lanzar—. Si algo se estropea, nunca se sospecha de la maquinaria. No. Es culpa del técnico. Incluso puede verse bajo sospecha de sabotaje. Se le considera un enemigo de la realidad, quizás incluso un agente pagado por los ízzies o los lindes. Es detenido e interrogado. Mientras se halla detenido, el peso adicional del mantenimiento y las reparaciones recae sobre los ya sobrecargados hombros de sus compañeros.

Si no puede responder satisfactoriamente a los uzzitas, y sus preguntas son formuladas siempre de tal modo que incluso aunque sea inocente tiene muchas probabilidades de ser acusado de no dar las respuestas correctas, es enviado a H. Sea eso lo que sea.

»Si es liberado, sigue bajo vigilancia. Eso lo sitúa bajo tensión nerviosa. Si se producen más averías, y tienen que producirse, debido a la carestía actual de técnicos y materiales, él recibirá la culpa. Volverá a las dependencias de los uzzitas, y así sucesivamente. El resultado es que muchos de los técnicos abandonan, o intentan hacerlo. La Sturch no les permite hacerlo, por supuesto, a menos que se produzca un descenso en su eficiencia o índice moral. El técnico, como reza el dicho, se halla atrapado entre el Precursor y el Poscursor. Si disminuye deliberadamente su eficiencia, es acusado de irrealidad. Y así sucesivamente. Es cierto que puede comportarse de modo que todo esto le proporcione un índice inferior de moral, y así será rebajado a los rangos de los no especialistas.

»Pero eso significa una vida más dura, un lugar más pequeño donde vivir, menos comida, menos prestigio. No desea hacerlo, de modo que sigue con su trabajo. Pero está nervioso. Su trabajo se resiente. Es investigado. Vuelve de nuevo a las dependencias de interrogatorios de los uzzitas.

Leif estaba hablando tanto como podía. Deseaba mantener a Candleman ocupado. Candleman hizo silbar el látigo en el aire.

—¿Debo entender que está criticando a la Sturch?

Leif se frotó su lámed.

—¿Cuándo llevo esto? ¡Usted sabe que es imposible! No, sólo le estoy diciendo por qué resulta difícil hallar técnicos.

Candleman se volvió y llamó:

—¡Thorleifsson!

Un robusto joven con un duro rostro cuadrado surgió de detrás de una esquina del pasillo. Leif lo reconoció como uno de los hombres a los que había anestesiado en la sala de espera de su ático la noche anterior. Los tres uzzitas se habían recobrado y habían huido antes de que Leif hubiera terminado con la muchacha enviada para atraparlo.

—Sí, *abba* —dijo Thorleifsson.

—Halla al técnico responsable del mantenimiento de los QB de esta planta. Hazle algunas preguntas acerca del QB de la habitación 113, pero no arrestes a nadie. Aunque puede que deseemos detenerle más tarde.

El lugarteniente saludó y se marchó. Candleman se volvió de nuevo hacia Leif y dijo:

—El sandalfón me pidió que investigara este caso. No puedo entrometerme en su manejo médico de esta mujer, pero puedo pedirle que al menos me permita tranquilizarme y comprobar que la señora Dannto está en esa habitación.

Las cejas del médico se alzaron.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso?

—Barker, soy un hombre que *nunca* da nada por sentado. Sólo tengo su palabra de que ella está ahí dentro. No confío en la palabra de nadie. Sólo en mis propios ojos.

—Hay algunas cosas en las que tendrá que confiar o acabará loco —dijo Leif. Llamó suavemente a la puerta—. Ava, déjame entrar.

Esperaba que Ava tuviera el suficiente sentido común como para darse cuenta de por qué no usaba su código de llamada. No deseaba correr el riesgo de abrirle de par en par la puerta al sabueso cuyos ojos podía sentir mordiéndole la espalda.

La puerta se abrió parcialmente. Sujetó el pomo con mano firme para que no se abriera más y pasó de lado por la abertura. Candleman se acercó más y miró por encima del hombro de Leif.

—Ahí la tiene —dijo Leif—. ¿Está satisfecho?

Candleman debería sentirse satisfecho. La mujer en la cama tenía la misma masa de intenso pelo castaño rojizo que tenía Halla Dannto. Y el rostro, a la débil luz, se parecía como una gota de agua al de la mujer muerta.

Candleman no dijo nada; se limitó a inspirar profundamente. Todavía seguía mirando cuando Leif cerró la puerta en sus narices. Se apoyó en ella y dejó escapar el aliento, aliviado.

—¿Cuándo llegó?

—Más o menos un minuto después de que te fueras. Pensé que no ibas a volver nunca.

Leif se dirigió a la cama. La mujer había abierto los ojos y le dirigió una semisonrisa. Se la devolvió, pero tuvo la sensación de que aquél era el último de todos los shocks que había recibido a lo largo del día.

La muchacha era la viva imagen de Halla en más de un aspecto. Era espectacular; excepto la mujer muerta, nunca había visto una tal belleza.

—¿Tiene algún mensaje para mí? —preguntó.

—Ninguno, excepto que tiene que llamarme Halla todo el tiempo..., hasta que mi hermana se recupere de su accidente y pueda volver a ocupar el lugar que le corresponde.

Leif esperó haber sido capaz de ocultar su sorpresa. Así que a ella no le habían dicho la verdad. Pobre muchacha. Era sin embargo lo que había que hacer. Si tenía que luchar para ocultar su dolor mientras seguía adelante con este engaño... Se encogió de hombros y esperó no tener que ser él quien se lo dijera. No podía soportar las lágrimas de una mujer..., si brotaban de una genuina emoción.

—Ava —dijo—, veo que has entablillado su brazo. Eso fue hábil, pero puede que no sea suficiente. Es posible que tengamos que llevar esto hasta una conclusión más realista.

Ava habló por el comunicador. Leif tomó la sábana que cubría a Halla y la echó a un lado. Los grandes ojos grisazulados de la mujer se abrieron mucho y fue a decir algo.

Leif la interrumpió antes de que pudiera hablar.

—Desabroche esa bata, ¿quiere? Es necesario que la examine.

—¿Por qué?

Su voz, incluso cuando sonaba alarmada, como ahora, era un cremoso contralto. Tenía como dedos que sabían dónde estaban los nervios de él y los pulsaban como las cuerdas de un arpa de tal modo que un delicioso estremecimiento recorrió su espina dorsal.

—Su hermana resultó herida en ciertos lugares —dijo Leif—. Trausti la vio, y sabe dónde resultó herida. Tengo que determinar exactamente cómo puedo duplicar la

apariencia de esas heridas sin dañarla realmente.

Esperaba que sonara plausible. Lo hiciera o no, estaba decidido a comprobar las semejanzas entre la impostora y su hermana muerta.

—Pero, ¿quién, aparte de usted, va a comprobar esas heridas? —preguntó ella—. La señora Barker y usted mismo serán los únicos.

—No está usted familiarizada con los procedimientos médicos —dijo él—. No tenemos tiempo de discutir. Como su superior, le ordeno que se desnude. Créame —dijo, con una sonrisa para suavizar el efecto—, no me gusta darle órdenes. Pero es necesario.

Ava volvió la cabeza del comunicador y le miró. Probablemente se estaba preguntando qué pretendía.

Halla no mostró ningún signo de obedecerle. Leif dijo, en inglés:

—Halla, no le haré ningún daño. Pese a mi apellido —Barker en inglés significaba ladrador—, no muerdo.

Ella intentó reprimir la risita, pero no lo consiguió.

Aún sonriendo, Leif adelantó las manos para desatar los lazos de la poco agraciada bata de hospital. La Halla espuria alzó su pierna y le golpeó expertamente con la rodilla en la barbilla. Medio aturdido, Leif se echó hacia atrás.

Ava se echó a reír y dijo:

—¡Chivo lascivo! ¡Te lo tienes merecido!

Leif se sujetó la mandíbula y murmuró:

—Mi primer contacto con usted me ha impresionado mucho. Espero que no se haya hecho daño en la rodilla.

Ella rió de nuevo, y sus dedos vocales pulsaron algo muy profundo dentro de él.

—Creo que me gusta usted, doctor Barker, aunque sus intenciones no sean buenas y se considere usted algo así como un Don Juan. Si tengo que ser examinada como un ternero engordado, deje que lo haga su esposa. ¿Lo ve, doctor?; sé *por qué* desea usted examinarme.

—Entonces sabrá que mis razones son puramente profesionales.

—No. No puramente —respondió ella.

Leif se volvió a Ava.

—Chica afortunada —dijo. Los negros ojos de Ava chisporrotearon.

Él se echó a reír como si se tratara de un chiste secreto y, cuando Ava frunció el ceño, le dio una ligera palmada en burlona repulsa.

—Por el amor del Precursor, sé serio, Leif —dijo Ava.

—En la única cosa en que soy serio es en no ser nunca serio —respondió él—. Escucha, querida. Voy a volver al depósito. Tengo una cosa que terminar allí —hizo un gesto significativo hacia Halla—, pero volveré tan pronto como me sea posible. Ocurra lo que ocurra, mantén a Candleman fuera.

—¿Por qué H no lo hiciste cuando estuviste antes ahí abajo? —preguntó Ava.

—Sé que estoy obrando mal, pero no puedo evitarlo —dijo Leif—. El científico ha triunfado sobre el soldado.

Se volvió para lanzar a su «paciente» una última mirada. Se había sentado en la cama y erguido la espalda con un movimiento de su cabeza. Parecía tan orgullosa como se supone que debe parecerlo una reina. Leif abrió la puerta y se deslizó fuera en silencio, sabiendo que nunca sería capaz de volver a dejarla sin una sensación de pérdida. Nunca se había sentido así con ninguna mujer.

Antes de ir al depósito se detuvo en la oficina del patólogo. Había una posibilidad de que Shant estuviera aguardando para efectuar su examen de Ingolf en aquel momento. Leif pensaba decirle que iba a ocuparse él mismo de abrir el cráneo del hombre. Shant era una de las pocas personas en el hospital que no le caía bien; no intentaba fingir lo contrario. No sería la primera vez que le cortaba el paso al patólogo en un examen interesante.

No había usado el QB para llamar a Shant porque imaginaba que Candleman habría puesto un censor en él. No quería que nadie acudiera en su busca mientras estaba en el depósito terminando las cosas con la auténtica Halla.

Shant no estaba. Leif ignoró un cierto desagrado ante el hecho de que no estuviera donde deseaba, y luego se marchó. La secretaria le diría aquello a Shant, y el patólogo se mantendría fuera de su camino durante unos cuantos días.

Cuando llegó a la puerta del depósito comprobó el registro espía. No mostró nada. No era sorprendente, porque alguien había borrado la cinta magnética. Un pequeño dial en una esquina de la caja indicaba que se había producido hacía menos de tres minutos.

Leif se alegró de haber insistido en que Ava instalara el dispositivo. Una comprobación era buena; una doble comprobación aún mejor.

La puerta estaba cerrada. O bien la persona que había entrado había borrado la cinta después de abandonar la estancia, o bien había conseguido una llave de una de las autoridades. Lo último era lo más probable, lo cual significaba que el desconocido era un uzzita, que Candleman, o uno de sus lugartenientes, estaba tras su presa.

Leif no dudó. Insertó la llave y apretó el pequeño botón en su extremo. El otro extremo emitió una frecuencia que neutralizó el campo magnético que mantenía cerrados los bordes metálicos de la puerta con el marco de acero. Leif estaba corriendo un riesgo, porque si el merodeador dentro se había tomado la molestia, podía ser advertido de cualquiera que entrara. Los uzzitas llevaban cajas de pulsera con esos dispositivos de advertencia. Sintonizados a la frecuencia de la puerta, emitían una alarma si alguna otra llave con la misma frecuencia era activada en las inmediaciones.

Conocedor de la arrogancia uzzita, Leif dudaba de que se hubiera molestado en

ello. Después de todo, tenían derecho a entrar en cualquier lugar excepto el hogar de un portador del lámed.

Estaba en lo cierto. Mientras cerraba en silencio la puerta tras él, vio la recia forma de Thorleifsson inclinada sobre el extremo del cajón que contenía el cuerpo de la Halla original. Su llave había abierto la cerradura; estaba deslizando el cajón hacia fuera.

El cuerpo de Ingolf, sin su sábana, estaba tendido bajo las duras luces centrales. El estilete se proyectaba de sus costillas, y las profundamente talladas iniciales podían verse claramente desde el otro lado de la estancia. Thorleifsson había hecho todo un descubrimiento.

Los uzzitas llevaban minimáticas cuyas balas explosivas, aunque sólo de corto alcance, podían abrir un gran agujero en cualquier hombre al que alcanzaran. Leif no le dio ninguna posibilidad de utilizarla. Mientras avanzaba sobre pies de gato hacia la inclinada espalda, extrajo un largo escalpelo del bolsillo interior de su chaqueta.

Leif se había ganado una cierta reputación de excentricidad, meticulosamente calculada. Por un lado, se negaba a llevar las botas hasta la pantorrilla que llevaban todos los médicos. Prefería las zapatillas. Sus compañeros de trabajo pensaban que era por su comodidad. Era cierto a medias. Lo que buscaba principalmente era el silencio, y fue lo que obtuvo ahora mientras se acercaba a la amplia espalda.

Era imposible que Leif hubiera hecho algún ruido que atrajera la atención de Thorleifsson. El uzzita debió mirar a su alrededor porque estaba entrenado a mostrarse siempre suspicaz.

Leif se lanzó contra Thorleifsson con su escalpelo tendido ante él. Thorleifsson gruñó, y su mano fue rápidamente en busca de la minimática en el bolsillo de su cinturón. Luego, al ver que Barker estaba demasiado cerca para que le diera tiempo a sacar su pistola, alzó una mano para desviar el escalpelo. Tuvo éxito en parte. Impidió que el arma penetrara en su garganta. Pero tuvo que pagar por ese éxito parcial. El escalpelo penetró en su palma y salió por el dorso de su mano.

Thorleifsson gruñó de nuevo y alzó su otra mano hacia el mango del escalpelo. Evidentemente, pretendía sacarlo.

Leif, sin embargo, no había detenido su carga. Golpeó contra el uzzita y cayó junto con él al suelo. Thorleifsson gruñó de nuevo. Parte de su aliento había escapado de sus pulmones. Pero era demasiado pesado y fuerte para verse dominado por la falta de aliento o el impacto. Intentó agarrar los genitales de Leif con su mano no herida y aplastarlos.

Leif bloqueó el movimiento echándose a un lado, pero perdió su posición encima de su oponente.

Thorleifsson rodó, alejándose, saltó en pie, y fue de nuevo en busca de su minimática.

Leif se lanzó contra él, los pies por delante. Golpeó, y el tacón de su zapatilla impactó contra la mano que acababa de extraer la pistola. El arma voló por los aires.

Thorleifsson se mantuvo inmóvil por un segundo, con su mano izquierda inútil a causa del escalpelo que la atravesaba, su derecha a causa de la patada contra su muñeca. Entonces, silencioso como lo había estado desde que Leif entrara en la habitación, se llevó la mano herida a la boca, mordió el mango del escalpelo y, con un tirón hacia atrás de su cabeza y un tirón hacia delante de su mano, liberó el arma. Su expresión no cambió.

Leif, tras la patada, había conseguido aterrizar sobre un pie e impedir así caer de espaldas. Hizo una pausa por un segundo, y eso fue tiempo suficiente para que Thorleifsson recobrara el control de su mano derecha. Tomó el escalpelo de su boca y avanzó, agazapado, hacia Leif.

Leif dudó entre correr hacia la minimática, que había caído en el rincón más cercano de la estancia, y proseguir su ataque directo.

El uzzita decidió por Leif. Se situó entre Leif y la pistola, y habló por primera vez.

—¡Sucio... sucio monstruo! ¿Cómo puedes llevar eso —señaló con su ensangrentada mano el lámed de oro en el pecho de Leif— y ser un traidor?

—¿Qué te hace pensar que yo soy el traidor? —dijo Leif—. ¿No sabes que has sido denunciado como irrealista y que tus compañeros uzzitas te están buscando?

El rostro de Thorleifsson se volvió gris. El escalpelo descendió ligeramente.

—¿Qué? ¿Cómo es posible eso?

Leif actuó antes de que Thorleifsson pudiera recobrase del shock de la mentira. Arrancó el lámed de la pechera de su camisa y lo arrojó al rostro del uzzita. La pesada insignia de oro golpeó al hombre en pleno ojo.

Thorleifsson no gritó, quizá porque estaba demasiado desconcertado. Desconcertado porque la acusación —que debía parecerle algo impensable— lo había paralizado o porque alguien le había arrojado un lámed. El lámed era un símbolo investido con siglos de autoridad y santidad. Incluso un hombre tan cínico como un uzzita era incapaz de superar por entero los reflejos condicionados instalados en él cuando niño.

Fuera cual fuese la razón, se movió con demasiada lentitud para defenderse cuando Leif sujetó la mano que sostenía el escalpelo.

Leif retorció. Se oyó el restallar de huesos. Thorleifsson gritó. El escalpelo cayó, pero Leif lo atrapó por el mango en su caída. Lanzó la punta contra el abultado vientre de Thorleifsson, dio al escalpelo un medio giro y luego lo sacó. Y entonces cortó con él la garganta de Thorleifsson.

**M**IENTRAS la carne y los huesos de Thorleifsson ardían en el horno crematorio, Leif borró todas las huellas de sangre del suelo y buscó alguna otra cosa que pudiera delatar la presencia del uzzita. Luego sacó el cuerpo de la señora Dannto del cajón y lo colocó sobre el mármol. Mientras trabajaba, se preguntó acerca de la presencia del lugarteniente allí. ¿Lo había enviado Candleman porque había oído un informe de Trausti? ¿O uno de los ordenanzas había pensado que el cuerpo de Ingolf parecía sospechosamente lleno de curvas bajo la sábana?

No lo sabía. Podía ser cualquier cosa. Fuera lo que fuese, Leif tenía intención de seguir trabajando hasta el último momento posible.

Después de ponerse una bata y mascarilla y guantes, preparó muestras de sangre y tejido. Mientras la máquina teclab analizaba las muestras, Leif se dedicó a la cabeza, cortando rápido. Disponía de poco tiempo; no sería capaz de hacer un trabajo medio decente. Pero tenía que descubrir *algo* acerca de aquella extraña mujer.

Intentó alejar todo pensamiento capaz de interferir y se concentró en su trabajo. No siendo un filósofo ni alguien con inclinaciones morbosas, se sentía oprimido por el silencio, la dura luz, el frío y la absoluta pasividad de aquel patético espécimen. Ni siquiera la pasión de la búsqueda del conocimiento le absorbía lo suficiente. Voces sin sonido hablaban; heladas lenguas murmuraban sílabas moribundas; la penetración del acero evocaba un aleteo de protesta, un actitud informe.

Recordó el encuentro a primera hora de aquella mañana con el cuarteto de ojos pálidos y agitadas aletas de la nariz, y el impacto del «¿*Quo vadis?*» que le había detenido en mitad de un paso. En cualquier otra ocasión hubiera ido tras aquellas criaturas únicas con el entusiasmo de la infatigable curiosidad. Estaba seguro de que tenían en ellos la clave de algo, pero la enloquecedora jaula de ardilla en la que estaba atrapado no le había permitido ir tras ellos.

Tenía que actuar con cautela. Esos últimos dos pensamientos estaban tan entremezclados con metáfora como uno podía aceptar. Por otra parte, ¿qué era la vida sino una metáfora mezclada tras otra?

Se inclinó sobre su trabajo. La masa de intenso pelo castaño rojizo rodó hacia atrás empujada por sus dedos y pulgares. Bajo las suaves llamas había una densa y grasa capa muy parecida a la piel de una naranja. Apenas había echado hacia atrás el cuero cabelludo cuando fue detenido por dos pequeñas protuberancias ocultas bajo el pelo. Parecían estar compuestas por tejido graso, quizá tejido nervioso. Leif las cortó y las insertó en la teclab para análisis; utilizando el microscopio, observó los agujeros dejados en el cráneo. Los agujeros parecían ser las terminaciones de cables neurales. Excitado, olvidando la aprensión de un momento antes, terminó de desnudar el

cráneo y aplicó el rugiente borde de una sierra circular a la caja craneana. Este poco ortodoxo corte tenía la intención de dejar expuesto tanto cerebro como fuera posible para un rápido examen. Cuando quedó expuesta la membrana de la duramadre, el cerebro apareció con estructura similar al de un terrestre. Pero estaba convencido de que un examen más atento mostraría muchas diferencias.

Deseó fervientemente tener la posibilidad de hacer algunos análisis. No los hizo. No podía hacer más que seguir adelante y anotar las divergencias más radicales. Sin embargo, no fue tan rápido como para que se le escapara ver que los nervios de las dos protuberancias del cuero cabelludo estaban conectados tanto con la parte anterior del cerebro como con la media.

La teclab cliqueteó llamando su atención. Leif la ignoró. Leería sus resultados más tarde, y todos a la vez. Ahora estaba decidido a conocer a esta mujer como nunca se había sentido decidido a conocer a una mujer viva.

Había sido encantadora como pocas mujeres llegaban a serlo, y ahora él, el macho despiadado, con el incansable y apasionado cuchillo, la había privado de ese encanto de una manera aun más vergonzosa que la Muerte.

—Precursor —murmuró para sí mismo en el frío silencio de la habitación—, ¿qué me ocurre? No soy ningún maldito antropomorfista sentimental, pero algo esta noche se ha apoderado de mí.

Se preguntó si podía ser la reacción de haber matado al uzzita. Lo dudaba, porque no había sentido ninguna revulsión en el momento de hundir la hoja en aquella gruesa garganta. Había sido el acto de un soldado matando a otro; ambos actuaban cumpliendo con su deber. Además, ya había asesinado deliberadamente a dos altos oficiales en la mesa de operaciones. Había sido decisión suya; no lo había hecho siguiendo órdenes de Marsey. Los dos hombres tenían que ser puestos fuera de circulación para que los agentes del CGF pudieran ascender en la jerarquía y ocupar sus lugares. Puesto que los dos oficiales eran portadores del lámed, no podían ser acusados de pensamiento irreal y ser enviados así a H. De modo que Leif los había asesinado. Era una indicación de su ética profesional el que usara el verbo *asesinar* y no un eufemismo militar.

Fuera lo que fuese lo que le preocupaba, se había deslizado dentro, de su piel con tanta seguridad como el cuchillo que estaba separando ahora carne de carne.

Se encogió de nuevo de hombros y se inclinó sobre su trabajo. Las costillas habían sido alzadas como un puente levadizo. Contó doce pares, verdaderas y falsas, el número humano.

El corazón, los pulmones, el hígado y los riñones eran, por todo lo que podía determinar, completamente humanos. Lo mismo podía decir de los sistemas muscular y óseo. Retiró un ojo y lo depositó en la teclab para su análisis. Cinco minutos más tarde, la teclab cliqueteó una docena de veces y una luz amarilla en el panel delantero

destelló. Leif leyó la cinta que asomaba como una lengua perforada de un orificio en el panel delantero. El informe era el mismo que para las muestras de sangre y tejido. Ninguna anomalía detectable. Lo cual significaba que la mujer muerta era un ser humano terrestre.

Leif tenía dos contradicciones que considerar. Una, la mujer mostraba dos desviaciones biológicas de la norma del *Homo sapiens*: los dos cuerpos en la parte superior de su cabeza y el órgano al extremo de su canal vaginal. Dos, se podía considerar casi más allá de los límites de la probabilidad que una hembra extraterrestre se pareciera tanto a una hembra terrestre. Incluso los tres tipos de humanoides hallados en los otros planetas variaban lo suficiente en características externas e internas como para que un hombre no entrenado pudiera distinguirlos a primera vista. Ningún ET podría ser nunca confundido, excepto a distancia, por un terrestre. Sin embargo, había la innegable prueba de los órganos alienígenas.

Y no creía que la mutación pudiera explicarlos. Eran demasiado complejos y bien organizados como para ser resultado de una malfunción o desviación genética. No, los órganos eran alienígenas.

Y eso le recordaba que había sometido al análisis de la teclab una muestra de todos los órganos de Halla Dannto excepto el que primero había despertado su curiosidad. No había deseado poner el órgano en la máquina porque eso significaba su destrucción mientras estaba siendo analizado. También había algunas pruebas que deseaba hacer y que la máquina no podía llevar a cabo.

De todos modos, no podía conservarlo para un escrutinio personal. Tendría pocas posibilidades de trabajar con él en el laboratorio sin temor a ser espiado. Y podía sentirse muy comprometido si se le pedía que explicara qué órgano era y de dónde procedía. Aunque apelara a su rango y se negara a contestar, causaría suspicacias y posiblemente una investigación.

Depositó con un suspiro la masa cilíndrica de carne y los ganglios nerviosos unidos a ella en la teclab. Pulsó los controles que pondrían en funcionamiento la máquina para los tests deseados, y luego paseó impaciente arriba y abajo. Diez minutos más tarde sonó el cliqueteo, la luz amarilla parpadeó, y una tira de cinta asomó por el agujero de la grabadora.

Leif leyó el breve mensaje codificado.

---

DATOS INSUFICIENTES. NECESIDAD DE OTRAS PREGUNTAS.

---

—Mala suerte —murmuró Leif—. No sé qué preguntas formular. La muerte y el cuchillo habían analizado a Halla. Las preguntas que le gustaría formular no podían ser contestadas por máquinas. Vida..., muerte..., y el estrecho margen entre ellas. ¿Por qué..., por qué... y cómo?

Haciendo una pausa sólo para una silenciosa reflexión sobre la transitoriedad de la belleza, Leif rindió sus respetos a la mujer muerta y consignó sus restos al horno crematorio.

El cuerpo ardió, las cintas de la teclab fueron borradas, Leif se despojó de sus ropas de trabajo y las metió también en el horno. Luego lavó paredes y suelo. El único objeto que no limpió fue a Ingolf, aún aguardando sobre su camilla. Cuando la esterilización fue completa, llevó de nuevo el cadáver al pasillo y desde allí tomó el ascensor a la 100.

Donde encontró a Candleman, de pie inmóvil fuera de la 113.

—¿Dónde estaba usted?

Leif alzó las cejas.

—Considero esta pregunta impertinente —dijo—, pero puesto que estoy ansioso por contribuir a aclarar el misterio de este accidente, le responderé.

Se dirigió a la puerta y llamó con suavidad.

—Bien, ¿va a hablar? —dijo Candleman con voz ronca.

Leif fingió sobresaltarse.

—Oh, sí, estaba preocupado.

Observó al hombre en busca de algún signo de irritación, pero el rostro era tan impenetrable como el de una gárgola.

—He estado haciendo la autopsia a un hombre que murió de un tumor cerebral —dijo—. Parte de mi más reciente trabajo ha consistido en correlacionar los cambios en las ondas cerebrales con heridas en ciertas partes del cerebro. Muy interesante.

Ava abrió la puerta. En aquel momento una enfermera apareció en el pasillo y llamó a Leif. Llevaba una hoja de papel en la mano, y tenía el ceño fruncido.

Leif se volvió, con la mano en el picaporte para que Candleman no pudiera entrar, y dijo:

—¿Sí?

—Doctor Barker, la enfermera jefe de la 100 ha observado una discrepancia aquí. Dos ordenanzas de la 200 fueron llamados para llevar al señor Ingolf al depósito. Pero ella sabe que dos de nuestros hombres lo hicieron. Observó la discrepancia cuando el supervisor la llamó por el QB para preguntarle si había comprobado los movimientos de los ordenanzas. Sospecha irrealidad en uno de ellos.

Leif dejó escapar con lentitud el aliento. Había perdido este *round*. Había unas posibilidades de noventa a uno de que la discrepancia no fuera nunca detectada en la masa de informes por cuadruplicado. Pero se sospechaba de irrealidad de uno de los ordenanzas; un término que podía abarcar cualquier cosa, desde asesinato a pereza y a estupidez. Probablemente lo último.

Candleman lo observaba atentamente, pero eso podía no significar nada. Esos feroces ojos grises clavaban sus garras sobre cualquier cosa. Había una posibilidad,

sin embargo, de que el uzzita le hubiera dicho a la enfermera que le trajera esta noticia a fin de poder sorprender a Leif con alguna palabra o gesto reveladores.

La miró directamente al rostro. Su radiante perfil estaba presentado al uzzita; debía de sentirse segura, porque su ojo izquierdo hizo un guiño. Candleman la *había* puesto allí.

La política de Leif de hacer amigos con el personal tenía sus recompensas. El que ella estuviera dispuesta a correr el riesgo con los temidos ojos del uzzita clavados sobre ella le reconfortó. No era cierto, como juraban algunos de sus asociados, que nadie de aquella gente valiera la pena de ser salvada.

—¿Y bien? —dijo Candleman. Leif se encogió de hombros.

—¿Qué espera que haga yo al respecto?

Se miraron directamente el uno a los ojos del otro.

*Impasse.*

Pero en aquel momento sonó en el pasillo el cliquetear de tacones furiosos. Un hombre bajo y rubio con una enorme nariz saltó ante Leif.

—Doctor Barker, ¿qué es lo que he oído de que usted iba a ocuparse de Ingolf?

—Exactamente lo que ha oído, doctor Shant. Shant se encrespó.

—¡Está usted atosigándome, doctor Barker! Había solicitado efectuar yo esa prueba.

—Murió de un tumor cerebral; llevaba pasándolo por el eegie desde hacía varias semanas —dijo Leif—. Estaba interesado. Además, como cirujano jefe de este hospital, no tengo que pedirle a usted permiso.

Shant saltaba de un lado para otro, haciendo cliquetear sus tacones.

—De todos modos, hubiera debido mostrarse usted lo bastante ético como para pedirme que le ayudara.

—Shant, me está usted cansando. Márchese, ¿quiere?

Leif sintió que alguien tiraba de la puerta desde dentro. Se apartó a un lado lo suficiente para dejar pasar a Ava.

Ava mantenía un dedo sobre los labios; sus grandes y brillantes ojos estaban preocupados.

—Caballeros, debo rogarles que guarden silencio. La señora Dannto necesita todo el sueño que pueda conseguir.

Candleman salió de su posición agazapada. Enderezó su larga espalda y dijo:

—Tiene usted razón. El bienestar de la esposa del archurielita es lo primero. Le sugiero, doctor Barker, que pase más tiempo ocupándose de ella y menos en disecciones.

—Yo no le digo a usted cómo llevar su profesión. Por favor, mantenga su larga nariz fuera de mi alcance —restalló Leif.

Shant y la enfermera jadearon. Uno no le habla así a un uzzita.

El rostro de Candleman permaneció pasivo como el de un muñeco de cera.

—Cualquier cosa que concierna al archurielita es asunto mío. Y estoy empezando a pensar que algunas de las acciones de usted me conciernen.

—Piense lo que quiera —dijo Leif. Empujó a Ava de vuelta al interior de la habitación y entró tras ella.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, Ava dijo:

—¡Maldito estúpido!

—¿Quieres que me encoja ante él? —restalló Leif—. ¿Cómo crees que llegué a donde estoy ahora? Te lo digo, si actúas como si no tuvieras miedo, esa gente piensa que eres alguien, y en consecuencia son ellos quienes tienen miedo de ti.

—Vas demasiado lejos.

—No importa. Recuerda, soy tu superior. Abstente de darme consejos, aunque seas —se echó a reír— mi esposa.

Se volvió hacia la muchacha, que se estaba sentando en la cama.

—Halla —dijo—, quiero que tome una píldora loto.

—¿Por qué debería hacerlo?

—¿Está usted o no bajo mis órdenes?

—Lo estoy, en tanto que no interfieran con mis directrices primarias. Una de ellas es mantener en secreto mi auténtica identidad. Creo que está usted mostrando una excesiva curiosidad.

—Tome esto.

—¿No es una droga de la verdad?

—Tómelo. O le romperé el brazo mientras aún está consciente.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Lo dice en serio?

—Shib, lo digo en serio. ¿Cree usted que ese sabueso de ahí fuera no va a comprobar los archivos de rayos X y ver si su brazo está realmente roto?

—¿Por qué no toma usted los rayos X de alguien de los archivos y se los muestra?

—No podemos correr ese riesgo. Comprobaré eso también. Ya estamos metidos en un lío demasiado grande tal como están ahora las cosas. Ese asunto con los dos Ingolf y el hecho de que Trausti o Palsson puedan hablar.

—¿Los dos Ingolf?

—No importa —dijo él, y se dio cuenta de que casi había revelado el hecho de que su hermana estaba muerta—. Cuanto menos sepa usted del asunto, mejor. Se supone que es usted la señora Dannto, ¿recuerda? Aunque Ava y yo tuviéramos dificultades con alguna otra cosa, usted siga actuando como si sólo nos conociera profesionalmente.

—¿Tan estúpida parezco?

Ava rodeó a Leif y empezó a soltar la tablilla.

Halla no prestó atención a Ava, sino que siguió mirándole directamente a él.

—¿Estropeará la rotura la simetría de mi brazo?

Leif se sorprendió, no porque una mujer se preguntara acerca de desfiguración en vez de dolor, sino porque expresara su preocupación sin falsa modestia, de una forma tan prosaica.

—Nunca serán capaces de decir la diferencia. De hecho —añadió con una sonrisa—, probablemente quedará más recto que antes. El arte mejora la vida, ¿sabe?

—No, no lo sabía.

UN momento más tarde Halla tragó las píldoras y el agua, sus párpados cayeron y empezó a respirar pausadamente. Excepto el enrojecimiento de sus mejillas y esa indefinible expresión de plenitud que tienen los vivos y los muertos no, era un facsímil exacto de su gemela tal como la vio tendida por primera vez en el mármol.

Arrastró una silla hasta el lado de la cama, tomó su brazo, lo apoyó encima del respaldo, agarró su muñeca y su codo, y lanzó la parte inferior del miembro contra el duro plástico.

El seco restallar del hueso le hizo estremecer.

Sin detenerse, volvió a colocar en su sitio el cubito y el radio. Ava entablilló rápidamente de nuevo el antebrazo.

Mientras Ava hacía eso, Leif inyectó suero de Jesper en la parte superior del brazo de Halla. Si el activador hormonal trabajaba tan rápido como solía hacerlo habitualmente, el hueso estaría soldado de nuevo dentro de dos o tres días.

—¿Tienes aquí la regeneradora? —preguntó.

—No —dijo Ava—. Está ahí.

—Prepárala, ¿quieres?

Sacó su escalpelo, lo sumergió en una botella esterilizadora, y derramó el líquido sobre un trozo de algodón. Luego apartó la sábana y desabrochó la bata hasta que toda la parte delantera de la muchacha quedó al descubierto. Frotó su plexo solar con el chorreante algodón, lo dejó a un lado, y abrió expertamente la piel para simular las heridas.

Ava esparció un puñado de jalea sobre los cortes abiertos; si no se producía una infección, el tejido rasgado, estimulado por la jalea, se regeneraría en unos pocos días. No quedarían cicatrices.

—Dame esa cámara —dijo. Ava se la tendió. Dispuso los diales y tomó dos fotos externas y dos internas, un par para el brazo y un par para el plexo solar.

Un minuto más tarde tomó los revelados de la caja y los examinó.

—Espléndido. Eso debería de satisfacer a Candleman. Pero las fotos de Trausti estarán en el archivo, o en su bolsillo.

Ava sonrió con sus hermosos y blancos dientes.

—Oh, no. No en sus bolsillos —dijo—. Las tomé y las deposité en la santidad de mi seno. Mira.

Los delicados dedos de Ava se metieron en el hueco del alto escote de su vestido y extrajeron dos láminas de película.

—Eres encantadora —dijo Leif—. ¿Cuándo lo hiciste?

—Me encontré con él cuando venía hacia aquí. Me detuvo durante un segundo para decirme que estaba convencido de que la señora Dannto estaba muerta. Sus fotos lo probaban. Parecía muy orgulloso de haberte atrapado en un error.

Se echó a reír y concluyó:

—Ahora no se sentirá tan lleno de vanidad sin base.

—Será mejor destruirlas.

—Naturalmente. Leif, algunas veces actúas como si fueras el único aquí con cerebro.

—Tranquila, tranquila, querida. Ven aquí y te recompensaré con un gran y jugoso beso.

—No tendrás tan buen aspecto con todos los dientes saltados. Él se echó a reír. Se inclinó sobre Halla y prosiguió el examen que ella había interrumpido la otra vez con la rodilla contra su barbilla.

—¿Cuál es tu interés hacia esa chica? —preguntó Ava hoscamente.

—¿Celosa, querida?

—Aarg —croó Ava, y no hizo más preguntas, porque sabía que era inútil.

Los dedos de Leif habían captado las dos pequeñas protuberancias ocultas bajo el pelo en la parte superior de su cabeza. Y los rayos X le habían mostrado el órgano que ocupaba el fórnix posterior. Volvió a cerrar su bata y colocó la sábana en su sitio.

—Dormirá durante doce horas. Permanece de guardia. Tengo que bajar de nuevo al depósito para arreglar el lío de Ingolf. O desarreglarlo un poco más. Te relevaré más tarde.

De pronto dio media vuelta.

—¡Oh, oh, las huellas dactilares! Sé que estoy siendo excesivamente cauteloso, pero no hay que olvidar que Candleman puede comparar las huellas de esta Halla con las otras.

—Me he adelantado a ti, Leif. No lo creerás. Son idénticas. Me lo dijo ella mientras tú estabas fuera.

—El CGF ha hecho un buen trabajo con ella.

—Mi impresión es que ambas nacieron así.

—Imposible.

—Pero cierto.

—¿Qué hay de los esquemas retíales?

—También idénticos.

Leif se pasó la mano por el ondulado cabello rubio.

—Nada de lo que ha ocurrido desde que Rachel me llamó esta mañana es creíble. Bueno, no es nuestra misión preguntar por qué, y tú ya sabes el resto de ese deprimente asunto. Me voy, Ava.

—JC —dijo Ava, y le apuntó con el dedo.

—JC —respondió él con una sonrisa, y le devolvió el gesto.

Cuando entró en el depósito, no le sorprendió ver a Candleman y a Shant. Estaban examinando los más recientes registros de la teclab. Cerca, dos sargentos espolvoreaban paredes y suelo. Otro estaba tomando fotos. Un cuarto había abierto la puerta del horno crematorio e intentaba vanamente raspar cenizas del concienzudamente lavado interior.

Al ver al médico, el jefe uzzita se enderezó y le miró con ojos furiosos. Dijo con voz monótona:

—¿Por qué incineró usted mismo a Ingolf, en vez de dejarlo para que lo hicieran los ayudantes?

Leif sonrió, tranquilo en la seguridad de que varias veces antes había hecho exactamente lo mismo con otros cuerpos, precisamente porque deseaba establecer aquello como parte de su esquema de comportamiento en caso de que se presentara una emergencia como la presente.

—Candleman —dijo—, no considero que un hombre en un puesto de autoridad pierda prestigio si usa sus manos para algún trabajo manual de tanto en tanto. Estamos faltos de ayuda en todos sentidos, y me gusta ganar tiempo. Compruebe mis índices de eficiencia y mis registros psíquicos, si quiere.

—Tengo a un hombre haciéndolo en estos momentos —gruñó el jefe.

—Creí que los lámeduianos estábamos por encima de toda sospecha.

—Es pura rutina —dijo el jefe.

Leif sonrió.

Miró a su alrededor y entonces decidió que muy bien podía dejar caer su bomba ahora.

Llamó a Shant con un gesto imperioso.

—Doctor, ¿de quién es ese cuerpo que hay fuera en el pasillo?

El rostro de Shant se volvió carmesí.

—Yo..., no lo sé —dijo—. Estaba ahí cuando llegamos.

—Bien, éntrelo. Ya sabe que va contra nuestra política dejar fuera cosas cuya visión pueda deprimir a la gente y provocarles pensamientos irreales.

Shant crispó los puños, rechinó los dientes, y miró a los uzzitas para ver si estaban contemplando su humillación. Pero caminó envaradamente hasta el pasillo y trajo la camilla y su contenido al depósito. De forma indiferente, como si no estuviera interesado, Shant tomó la tarjeta para examinarla.

Su mandíbula cayó; la tarjeta también.

—¿Qué ocurre? —dijo Candleman. Sus piernas como patas de cigüeña lo llevaron hasta el bajo patólogo.

Shant apartó la sábana y dejó al descubierto el rostro del cadáver para que Candleman pudiera verlo.

—¡*Jacques Cuze!* —exclamó Candleman. Se detuvo a medio dar un paso, como si alguien le hubiera golpeado en pleno rostro.

Por primera vez desde que le conocía, Leif vio que el rostro del hombre se desmoronaba. Era como un glaciar cayendo al mar.

—¡Thorleifsson! —aulló Candleman—. ¿Dónde está?

Uno de los sargentos se dirigió a su agitado jefe y le susurró algo al oído.

Candleman escuchó, luego dijo:

—Muy bien. Pero reserve un QB para él. No debería estar merodeando por ahí a menos que yo le autorice para ello. Pagará por esta negligencia de su deber.

Candleman, pensó Leif, debía estar realmente trastornado. No le dio la oportunidad de recuperar su equilibrio. Él también se dirigió hacia el cuerpo. Lo miró y jadeó.

—¡Ése es Ingolf! ¡El hombre al que le hice la autopsia! Shant parpadeó.

—¡Eso es imposible! Evidentemente.

—Cierto. Pero aquí está. Y hace menos de una hora yo mismo lo vi reducirse a cenizas.

Leif pensó rápido. Tenía que contactar con Zack Roe y decirle que ordenara a su agente en la oficina del Censo que efectuara un trabajo rápido.

Indudablemente Candleman tomaría las impresiones digitales y retínales del hombre en la camilla y las compararía con las de los registros. El agente del CGF podía, antes de eso, implantar las huellas de Ingolf en los registros de un hombre que llevara muerto, digamos, un centenar de años. O mejor aún, un hombre que fuera contemporáneo del Precursor. Hacía dos siglos y medio.

El encargado del registro podría luego descubrir «accidentalmente» esto. El anuncio crearía consternación, se sumaría al misterio y al aire tensamente supersticioso que todo el mundo respiraba ahora que se esperaba que el Precursor detuviera el tiempo y regresara de sus viajes temporales.

Deseaban signos y maravillas; bien, que los tuvieran.

Los dunnólogos podían, por supuesto, teorizar que el hombre muerto tenía dos cuerpos en el presente y uno en el pasado porque él también viajaba por el tiempo. Durante años había sido un cuasidogma el que, si un hombre viajaba en el tiempo y luego regresaba a un período en el que había vivido, se hallaría con un duplicado. O con tantos cuerpos como veces regresara.

Evidentemente, Ingolf había demostrado eso más allá de toda duda.

Pero el caso sería una insoluble paradoja, una a discutir en las revistas profesionales *Diario de Cronos* y *Campos de Presentación* y explorada por los propagandistas como historias de aventuras en los cómics.

Y estaría el misterio. ¿Quién era en realidad Ingolf? ¿Qué significaban las iniciales grabadas en su pecho? ¿Por qué el estilete? Porque Shant descubriría muy

pronto que las mutilaciones se habían producido después de la muerte de Ingolf.

Si Ingolf había muerto una vez hacía doscientos cincuenta años y de nuevo hoy, y al parecer como resultado de las actividades del notorio e inicuo JC, ¿quién era, entonces? ¿Un discípulo del Precursor? ¿Era el inicuo Poscursor, el hermanastro e inmortal enemigo de Sigmen, Jude Changer, quien lo había matado? ¿No una, sino dos veces? ¿Y volvería a hacerlo de nuevo?

¿O era el temido francés clandestino, Jacques Cuze, esa sombría y loca figura que se aferraba a la idea de que podía liberar a su querido y desde hacía mucho tiempo perdido país de los discípulos del Precursor?

—*Yakes Kutse* —dijo Candleman, haciendo eco de los pensamientos de Leif con su pronunciación islandesa—. El hombre ha estado aquí, delante mismo de mi nariz. Y le he dejado escapar.

Los escudos grises de sus ojos brillaron como si pensara que el hombre estaba todavía en el depósito aguardando para apuñalarle.

—¡Doctor Barker! —anunció el QB. Leif se dirigió a la pared y pulsó el botón.

—Estoy en el depósito —dijo.

—El archurielita, doctor Barker.

La voz de la muchacha temblaba.

—No se asuste, querida. No va a morderla.

La doble papada de Dannto apareció en la caja, seguida por el resto de su persona.

—¡He oído esa observación! —dijo, con el ceño fruncido—. Es cierta, ¿no?

—¡Ya sabe lo que quiero decir! —aulló Dannto. Luchó consigo mismo, con el rostro enrojecido, y luego dijo—: No importa. ¿Cómo está mi esposa?

—Los primeros informes del accidente fueron muy exagerados. No está en absoluto seriamente herida. Estará de pie y fuera de la cama mañana. Pero en estos momentos no puede usted verla. Le he administrado un sedante que la mantendrá fuera de circulación durante doce horas.

—¿No puedo verla por el QB?

—No funciona. Y no quiero a nadie en la habitación que la moleste.

—¿No funciona? ¡Por Sigmen, alguien pagará por esto! —Miró por encima del hombro de Leif—. Candleman, ¿has investigado ya al técnico responsable?

—Shíb, *abba*. Pero no puedo encontrar al teniente Thorleifsson. Fue enviado a interrogarle.

—¿Por qué no puedes encontrarle?

—*Abba*, ocurre algo muy peculiar aquí. —Candleman, con los ojos grises muy firmes, se explicó en un profundo tono monocorde.

Cuando el uzzita retrocedió unos pasos para que Dannto pudiera ver las iniciales en el pecho de Ingolf, el archurielita jadeó:

—¡Jude Changer!

Se recuperó con prontitud.

—¿Dónde está el cordón que debía situar en torno al hospital?

—Acabo de saber en este momento de la presencia de Jacques Cuze aquí —respondió Candleman—. Y tú has estado monopolizando el QB desde entonces.

—¿Jacques Cuze? —dijo Dannto—. Esto es claramente obra de Jude Changer.

—En ese caso —dijo Candleman, con el rostro rígido pero la voz teñida con furia—, un cordón será inútil. No se puede perseguir a un hombre que se desliza dentro y fuera del tiempo como una serpiente por la hierba.

—Es asunto tuyo descubrir si se trata de Jude o no —rugió Dannto—. ¿Cómo sabes que tengo razón? Eres un uzzita; no aceptas la palabra de nadie.

Candleman parpadeó ante el cambio de táctica, se dirigió a la pared y cortó la imagen del sacerdote. Marcó UHQ.

—Capitán, envíe de inmediato cuarenta hombres al Hospital de la Piedad Rigurosa.

El capitán intentó ocultar el cómic que estaba leyendo y al mismo tiempo parecer tranquilo y digno.

—*Abba*, no disponemos de tantos hombres en este momento.

—Envíelos aquí dentro de diez minutos.

—Shib, *abba*.

Diez minutos más tarde el sandalfón, Dannto, entró en el depósito.

Se dirigió directamente al uzzita y rodeó sus huesudos hombros con un brazo grueso como el tronco de un árbol.

—Jake, viejo amigo —dijo—. Lamento haberme irritado contigo. Sé que estás haciendo lo mejor y que eres el más eficiente de todos los uzzitas. Pero tienes que comprender que estoy muy preocupado por Halla, y cualquier cosa que la afecte a ella me altera mucho. Además, este asunto de JC es de lo más inquietante. Esas iniciales han estado apareciendo con alarmante frecuencia en los lugares más inesperados e implausibles durante los últimos tres años. Y, hasta ahora, no hemos hallado a la persona responsable de ellas.

Candleman retrocedió de tal modo que Dannto tuvo que dejar caer su brazo.

—Acepto tus disculpas —dijo—, pero tienes que comprender que éste es un punto que me duele particularmente. Ese hombre, Jacques Cuze, ha estado incordiándome durante tanto tiempo y de una forma tan persistente que voy a tener que abandonar mis demás deberes y dedicar la atención de todo el departamento al asunto. Tengo planeado algo que, lo juro por Sigmen, lo atraparé.

—Estoy seguro de que lo harás. Si Jacques Cuze existe realmente —respondió Dannto—. En lo que a mí respecta, creo que es un mito. Estoy seguro de que el origen de esas iniciales es Jude Changer.

—Quizá los dos estén ladrando bajo el árbol equivocado —dijo Leif, sonriendo

ante su propia temeridad y su incapacidad de resistirse—. Caballeros, si nos adentramos en una discusión teológica estamos perdidos. Hay asuntos más inmediatos que merecen nuestra atención.

»Por una parte, *abba*, me gustaría obtener su permiso para trasladar a su esposa al ático. Puesto que mi esposa se está ocupando de ella, será mucho más conveniente para las dos. Y, además, como Candleman ha apuntado que el accidente pudo no serlo después de todo, creo que estará mucho más segura allí.

Dannto giró en redondo.

—¿No fue un accidente? ¡Candleman, no me dijiste nada de eso!

—Perdona, *abba*. No quería trastornarte.

—¿Quién crees que está detrás de ello?

Candleman alzó sus enormes manos huesudas, con las palmas hacia arriba.

—Jacques Cuze. ¿Quién si no?

—Pero, ¿por qué intentaría matar a Halla?

—Porque a través de ella puede herirte a ti. Porque es un demonio, una persona irreal.

—Sería muy propio de Jude Changer hacer algo así —dijo Dannto—. Según lo que he oído, no se detendrá ante nada para cambiar el tiempo real a un pseudotiempo. Candleman, tenemos que detenerle.

—Necesito carta blanca.

—La tienes.

—¿Qué hay de mi petición? —dijo Leif.

—Oh, por supuesto. Excelente idea. Estará mucho más segura y mejor cuidada allí.

—Y yo dispondré a dos hombres en la entrada de su ático —dijo Candleman—. No quiero ninguna repetición del accidente.

—Creo que estará segura —dijo Leif, rígido—. Yo estaré allí en todo momento.

—De todos modos, insisto.

Leif se encogió de hombros.

—¿Le gustaría venir mientras trasladamos a su esposa? —le dijo a Dannto—. Luego podríamos comer allí. Estoy más bien hambriento, y podemos aprovechar para discutir algunos detalles.

El cavernoso vientre de Dannto retumbó. Se echó a reír, aunque un tanto azarado, y dijo:

—Ahí tiene su respuesta.

**M**IENTRAS Halla era trasladada; Leif observó que Dannto aceptaba a la mujer como su esposa. Pensó que así tenía que ser, pero no obstante dejó escapar un suspiro de alivio. Más tarde, una vez Halla estuvo instalada en uno de los dormitorios, con una enfermera a su lado, Leif, Ava, Dannto y Candleman se sentaron a comer. Este último había sido invitado por el archurielita.

Los ojos de Candleman eran redes grises que atrapaban todos los detalles del ático. Mientras se inclinaba sobre la sopa de langosta y la tomaba con ruidosos sorbos, torcía la cabeza hacia uno y otro lado para escuchar mejor lo que decía cada uno.

Leif sospechaba que tanto la doncella que les sirvió la comida como la enfermera que atendía ahora a Halla habían recibido instrucciones personales del uzzita. Podían observar al médico y a su esposa y luego informar de todos sus movimientos. Como un asunto de rutina, por supuesto. Uno no sospechaba irrealidad de un portador del lámed.

—Leif —dijo Dannto, de buen humor ahora que estaba llenando su barriga—, ¿recuerda que el mes pasado me diagnosticó usted un tumor benigno que tenía que ser extirpado? ¿Por qué no lo hace ahora? Yo podría pasar la noche aquí.

—Muy buena idea —dijo Leif—. Podrá volver al trabajo por la mañana, si lo desea.

Y pensó: ¿qué tipo de poder tenía la Halla original sobre este Petirrojo? Debía ser algo muy fuerte. Era la mujer más hermosa que jamás hubiera visto, pero sabía que se necesitaba algo más que eso para conseguir la devoción de un hombre.

Se preguntó si su hermana tendría lo mismo.

Estaba dispuesto a descubrirlo.

Candleman sorbió la última cucharada de su sopa y adelantó la mano hacia el pan de hierba.

—Insisto en que se me permita presenciar la operación —dijo.

—Creo que está haciendo usted demasiadas alusiones relativas a mi irrealidad —respondió fríamente Leif.

—Estoy seguro de que Candleman no pretendía decir esto —indicó Dannto.

—Por supuesto que no —confirmó Candleman con tono monótono—. Pero, ¿cómo sé yo que Jacques Cuze no intentará algo?

—Tendrá que presenciar la operación por el QB —dijo Leif—. Puede poner nerviosos a mis ayudantes saber que el ojo suspicaz del gran Candleman está posado sobre ellos. Y los médicos y enfermeras nerviosos son propensos a cometer un desliz fatal.

Candleman abrió la boca para protestar, pero Dannto lo cortó.

—Está bien. Harás como él dice, Jake.

Los labios del uzzita se apretaron fuertemente.

—Shib. Pero tendré hombres estacionados al otro lado de la puerta.

Leif tomó nota mental de hacer que el QB se estropeará durante la operación. Y se preguntó en qué buen técnico recaería este trabajo.

Peter Sorn sería la víctima. Había sido culpado de que se estropeará el QB de la habitación de Halla. Dejemos que ocurra de nuevo, el mismo día, y el joven Sorn irá con toda probabilidad a H.

Lástima. A Leif le gustaba Peter Sorn. Pero no podía permitir que los sentimientos personales interfirieran. Esto era la guerra, aunque fuese fría. Retirar a Sorn de las filas de los técnicos sería un paso más hacia la realización de la meta de Linde.

—¿Cuánto tiempo tomará? —preguntó Dannto.

—Aproximadamente media hora. Quizá menos. Después, deberá tomar usted una buena noche de descanso. Por la mañana la jalea regeneradora le habrá curado lo suficiente como para que pueda volver a sus tareas habituales. Nada de ejercicios, por supuesto. Quizá será mejor que no permanezca en la misma habitación que su esposa esta noche.

Dannto se echó a reír a carcajadas y palmeó la mesa de tal modo que los platos y cubiertos saltaron.

Candleman dejó caer su cuchara y miró a Leif con ojos furiosos. Un enrojecimiento se arrastró hacia arriba desde el alto cuello de su uniforme.

—Parece que sus pensamientos no son tan puros como deberían ser los de un lámeduiano —dijo.

Dannto rió quedamente. Se volvió hacia Leif.

—Jake es un poco chapado a la antigua.

—Si ser chapado a la antigua significa seguir rígidamente y sin desviaciones las enseñanzas de Sigmen, real sea su nombre, entonces me confieso culpable —gruñó Candleman.

—Bueno, las observaciones como ésta que acaba de hacer Leif no están específicamente prohibidas —indicó Dannto, mientras su sonrisa desaparecía en la grasa de su rostro—. De todos modos, quizá tengas razón.

Candleman alzó ligeramente las cejas y dijo:

—Tengo la sensación de haber fracasado porque, hasta ahora, no he conseguido el menor indicio de quién es Jacques Cuze o la extensión de su organización. Pero creo que con este ataque contra la señora Dannto ha cometido un serio error. ¿Por qué? Porque ella viajaba en un autotaxi, guiado por control remoto, y el choque se produjo por una avería mecánica o bien por una manipulación deliberada desde el control

central. Cuando descubramos quién fue el responsable, tendremos una pista segura al misterioso francés.

—¿Un autotaxi? —dijo Dannto, y frunció el ceño—. Es curioso, puesto que tiene un coche y un chofer propios a su disposición. El chofer es uno de tus hombres, Candleman. ¿Por qué debería ir en taxi? ¿Adónde iba?

—Eso es lo que me gustaría saber. No puedo preguntárselo a la señora Dannto porque hasta ahora el doctor Barker me negó el acceso a ella, y luego la puso a dormir durante doce horas.

—Espero que no esté dudando usted de mi habilidad profesional —dijo Leif. Su expresión dijo claramente que eso no significaba ninguna diferencia para él.

—Oh, no —exclamó el uzzita, con una rápida mirada a Dannto—. Me doy cuenta de que la salud de la señora Dannto va por delante de todo lo demás.

—¿Qué hay de su escolta? —preguntó Leif.

—Fue llamado a través del QB por una persona desconocida. Mientras estaba hablando, la señora Dannto se marchó por la puerta de atrás y subió a un autotaxi.

—¿Qué dicen los registros de la máquina acerca de su destino?

—Nada. Resultaron destruidos en el choque. El taxi, por todo lo que podemos determinar, perdió el control, abandonó la carretera y se estrelló contra la barandilla de un puente. Cayó diez metros. Sin embargo, sabemos que la señora Dannto dio tres destinos distintos durante la carrera. Cada vez que llegaba a uno, dirigía la máquina a otro distinto. Evidentemente, estaba preparando con paradas intermedias su destino final en un intento de sacudirse de encima a cualquiera que la estuviese siguiendo, o con la idea de saltar fuera y tomar otro taxi mientras el primero seguía su camino.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —preguntó el archurielita con voz fuerte—. ¡Estás acusando a mi esposa de conspiración!

—En absoluto. Su comportamiento fue misterioso, sí, pero indudablemente podrá explicarlo..., tan pronto como salga de su sedación —añadió.

»Pero eso no es todo. Uno de mis hombres, que apareció en la escena del accidente poco después de que ocurriera, me dijo que una niña pequeña fue atropellada por el taxi justo antes de que golpeará contra la barandilla. Mi hombre pensó que estaba muerta, porque tenía el cráneo aplastado, de modo que se concentró en sacar a la señora Dannto del taxi. Cuando llegó la ambulancia, les dirigió primero hacia la señora Dannto.

—¡Supongo que la había reconocido! —dijo Leif.

—Sí, ¿por qué?

—¿Y no reconoció a la niña?

—No, ¿adónde quiere ir a parar?

—Nada importante.

Se dio cuenta de la mirada especulativa de Candleman, y supuso que el uzzita

estaba tomando nota mental de preguntarle a un autodoc qué había querido decir exactamente. Y también si representaba una desviación del esquema de comportamiento registrado de Leif.

—Cuando mi hombre regresó al puente —siguió el uzzita—, la niña ya no estaba allí. Y los hombres de la ambulancia no la habían recogido. Naturalmente, miró alrededor, y vio que era llevada por dos Siombres acompañados por dos mujeres. Les llamó. Desaparecieron tras una esquina. Les persiguió hasta el interior del metro y les vio detenerse detrás de una columna. Pero cuando llegó allí, no pudo descubrir el menor signo de ellos.

»Siguió por el túnel, porque sólo había una dirección por la que hubieran podido ir. Al extremo del túnel se encontró con otro de mis hombres. Este jura que nadie salió mientras estuvo en aquel lugar, y llevaba allí al menos media hora.

»Naturalmente, ese último hombre está siendo interrogado en estos momentos. Es evidente que tiene que ser un cómplice.

—¿Cómplice de qué? —preguntó Leif.

Candleman encogió unos hombros tan delgados como un colgador.

—No lo sé. Pero sospecho intensamente que son seguidores de Jacques Cuze. Había una gran JC grabada en la pared de cemento allí cerca.

—Eso puede encontrarse en muchos lugares de París —dijo Leif. Los ojos de Candleman chispearon como una piedra de afilar afilando cuchillos en la oscuridad.

—Soy muy consciente de eso. Pero le prometo que, antes de que termine el año, Jacques Cuze estará muerto o en H.

—¿Por qué deberían llevarse a la niña? —preguntó Dannto—. No le podrán dar los cuidados médicos que recibiría aquí.

—No estoy seguro de eso —dijo Candleman, y miró al médico. Leif no se molestó en contestar.

—De haber sido traída aquí, hubiera habido una investigación. Y sus padres se hubieran visto descubiertos. Prefirieron dejar que muriera antes que correr ese riesgo. De todos modos, a estas alturas debe de estar probablemente muerta.

—Me sorprende, Jake —dijo Dannto—, que admitas que un irrealista se haya llevado a uno de sus miembros de delante de las narices de los uzzitas.

—Si hay una cosa de la que me enorgullezco, una actitud completamente realista, es de la honestidad —dijo Candleman. Por primera vez en la cena su voz tuvo un asomo de expresión—. Intento no ocultar nada, de acuerdo con las enseñanzas de Sigmen, real sea su nombre a través de todo el tiempo.

Algo que había permanecido oculto en el cerebro de Leif, muy hundido en la oscuridad, empezó a tener de pronto sentido.

Se inclinó hacia delante y dijo:

—Candleman, ¿qué aspecto tenían esas cuatro personas?

El uzzita parpadeó.

—¿Qué quiere decir?

—¿Parecían... extranjeros? ¿O extraños?

—¿Por qué lo pregunta?

Leif se reclinó hacia atrás en su asiento.

—Primero contésteme.

—Shib. El hombre dijo que eran muy rubios y que sus rostros parecían desproporcionados. Sus narices tenían enormes aletas vibrantes pero un arco alto. Sus labios eran gruesos. No pudo ver el color de sus ojos, por supuesto, estaban demasiado lejos, pero la niña tenía unos ojos azules muy claros.

—Ah, sí —dijo Leif con voz que no se comprometía a nada. ¡Así que *eran* los cuatro que habían intentado detenerle aquella mañana!

—¿Sí, qué? —preguntó Candleman.

—Bueno, si realmente hay franceses viviendo en el subsuelo de París hoy en día, si ese Cuze no es enteramente legendario, entonces deberían de tener un aspecto distinto del de los parisinos modernos, que son descendientes de los islandeses. Por supuesto, habrá una cierta cantidad de sangre francesa en él. No todos los franceses perecieron durante la Plaga Apocalíptica. Los descendientes de los supervivientes, sin embargo, fueron conquistados y absorbidos por los islandeses invasores un siglo más tarde.

—Quizá —dijo Candleman— parecieran diferentes. No lo sé. Nunca he visto una imagen de un parisino preapocalíptico.

—¿No sabe usted nada del idioma francés?

—No, soy un uzzita. Si deseo algún conocimiento especializado, acudo a un especialista.

»Déjeme decirle una cosa —prosiguió, inclinándose hacia delante y agitando los duros y delgados labios como las pinzas de una langosta—: Jacques Cuze no es ni una leyenda ni un mito. Vive en la enorme red subterránea del metro abandonado y de las aún más antiguas y profundas cloacas de París. Desde su oculto cuartel general dirige su organización. Ocasionalmente, estoy seguro, hace sus apariciones por encima del suelo.» Lo he perseguido de tanto en tanto. Un millar de hombres han sido apartados de sus deberes regulares y enviados ahí abajo con perros y luces y armas. Hemos sellado kilómetro tras kilómetro de túneles y los hemos llenado con gas. Y no hemos matado nada excepto ratas.

—¿No es ridículo suponer que los franceses llevan viviendo siglos en esos agujeros, manteniendo su población, reteniendo su lenguaje y sus esperanzas de recuperar su país? —preguntó Leif.

—Puede que parezca así —respondió Candleman—. Pero la presencia viva de Jacques Cuze refuta su argumento.

—¿Cuándo supo por primera vez de él?

—Hace varios años capturamos a un miembro del Cuerpo de la Guerra Fría de Linde. Antes de que pudiera morder el veneno en el diente falso que la mayoría de ellos llevan, uno de mis hombres le arrancó la mandíbula de un disparo. Cuando recobró el conocimiento, no podía hablar. No tenía lengua. Pero podía escribir. Le pedimos una confesión. Tras una razonable cantidad de resistencia a las preguntas, aceptó responder por escrito a una.

Lo hizo en fonética lindana, lo cual justificó mis sospechas de que podía ser un lindano. Pero sólo escribió dos palabras, y luego se detuvo. Las señaló una y otra vez; finalmente comprendí que deseaba que fueran pronunciadas. Ignoro lo que significaban, pero llamé a un experto lingüista. Les echó una mirada, pareció desconcertado, y entonces pronunció, en voz alta, las dos palabras.

»Lo siguiente que supe fue que estaba en la cama de un hospital. Una astilla de hueso del cráneo del prisionero se había clavado en mi sien; tuve mucha suerte de no resultar muerto de inmediato por ella.

»Más tarde, reuní varios informes y descubrí lo que había ocurrido. El tipo no sólo llevaba veneno en un diente; tenía implantada en su cráneo una pequeña pero poderosa bomba. Y esta bomba podía ser activada pronunciando tres sílabas.

»Nos engañó. Su cabeza estalló y mató a los tres hombres que estaban más cerca de él, incluido el lingüista. También destruyó el papel.

»Afortunadamente, tengo una memoria muy buena. En mi profesión hay que tenerla, ¿sabe? Recordé que las palabras fatales habían sido Jacques Cuze. Observaré que las pronuncio con acento islandés; uno nunca sabe si el hombre con el que está hablando puede ser un lindano, y no siento deseos de volar con él en un mismo estallido.

»Fue a partir de entonces que empecé a relacionar el ubicuo JC con este Jacques Cuze. Y luego descubrí un panfleto en una de las moradas abandonadas en las cloacas. Era breve, pero estaba en francés. Lo hice traducir por un lingüista. Era propaganda contra la Unión Haijac y una súplica para la devolución del país a aquellos a quienes pertenecía por derecho..., y nombraba a Jacques Cuze como el líder de los obcecados franceses, que viven como ratas debajo de París. Dannto rió nerviosamente.

—Búrlate de mí si quieres —dijo Candleman—. Pero creo que JC ha desencadenado esos ataques contra la señora Dannto. Y estoy convencido de que tu esposa está en peligro a menos que ese hombre sea capturado.

**D**ANNTO escuchó las revelaciones de Candleman, luego se llevó la mano a la boca para cubrir un eructo antes de responder:

—Es un placer hallarse en peligro si, haciéndolo, puedo hacer avanzar la Sturch y preparar la llegada temporal del Precursor.

Hizo una momentánea pausa para dar un mordisco a un canapé de pasta de hormiga y luego dijo:

—Por supuesto, hay una cierta cantidad de especulación entre nosotros los urielitas acerca del significado de la palabra «temporal».

»Algunos de nosotros piensan que puede no significar necesariamente la aparición física de Sigmen, real sea su nombre, en esta escena terrestre. Es posible que temporal tenga un significado esotérico. Puede significar su aparición en algún otro sentido. Por todo lo que sé, él mismo no usa la palabra «aparición» en su *Tiempo y la línea del mundo*. En vez de ello, si recuerdo correctamente, escribió «llegada». Eso, hay que conceder, puede significar muchas cosas además de aparición.

»Puede entenderse como que debemos tomar los viajes por el tiempo de Sigmen no como viajes cronológicos, sino alegóricos. Así, esa gente que se vuelve histérica acerca del Día que se Detendrá el Tiempo y la aparición literal de Isaac Dannto pueden sentirse decepcionados cuando el tiempo no se detenga.

»Es posible que la verdad sea que esa Detención del Tiempo significa que la Unión Haijac y su Sturch pueden triunfar sobre todas las naciones de la Tierra, que puede que las conquistemos, que destruyamos sus falsas religiones y estados, y erijamos la auténtica Sturch. Así, en ese sentido, puede decirse que Sigmen ha regresado y que el tiempo se ha detenido. Ocurriría así porque llegaría la auténtica estasis. No habría más de este cambio eterno que es la marca del barbarismo y la bestialidad de las otras naciones.

Candleman se había estado agitando nervioso. Cuando Dannto hizo una pausa, interrumpió:

—*Abba*, soy lo suficientemente fiel a ti y a la Sturch que representas. No puede haber duda de eso. En consecuencia, me duele oírte pronunciar palabras que bordean el pensamiento irreal. Esta interpretación alegórica de las obras del Precursor fueron en su tiempo algo que jamás hubiera surgido de los labios de un jac. De otro modo, hubiera terminado en H.

»No, no te enfurezcas. Es cierto. Pero ahora, durante los últimos veinte años o así, nosotros los literalistas hemos visto con creciente alarma que más y más urielitas hablan de significados esotéricos, apuntando que quizá las cosas no sean exactamente como están descritas. Quiero dejar claro, aquí y ahora, que a mí, y a otros literalistas,

no nos gusta oír hablar de eso. Nos parece algo que entra directamente en la irrealidad. Es un signo de la degeneración de los tiempos. De hecho, es exactamente lo que el Precursor predijo. Dijo que habría extrañas doctrinas y gente intentando retorcer sus palabras. Dijo que tuviéramos cuidado de ellos. Dijo que ese pensamiento desembocaría en una moral degenerada, en la gente alejándose de la realidad.

»Y tiene razón. Porque en los últimos años hemos visto la resurrección del baile, a las mujeres llevar ropas indecentes, lápiz labial y maquillaje, el abandono del velo femenino en la calle. Veo todas esas cosas y se me revuelve el estómago.

—No parece haber afectado tu apetito —hizo notar Dannto.

Habló con voz tranquila, como si el discurso del uzzita no le hubiera afectado en absoluto. Leif se sorprendió de que no se encendiera, porque las palabras de Candleman eran una crítica directa de Halla Dannto. Él mismo debería protestar, pensó, porque Ava también estaba siendo censurada. Pero decidió que el desprecio del silencio heriría más al hombre.

—El tema —dijo Dannto— no está tan claro como tú lo planteas. Sigmen, real sea su nombre, fue más bien ambiguo en sus afirmaciones respecto a las características de esa Detención del Tiempo. Sugiero que leas sus obras de nuevo con ese pensamiento en mente. Hallarás que tanto literalistas como alegoristas tienen buenos argumentos, y ambos pueden citar capítulo y versículo y autoridades extraescripturales para apoyar sus afirmaciones.

»Digo que sólo hay una forma de decirlo. Aguardar y ver. Estoy seguro, sin embargo, de que una adhesión inflexible a la Sturch es la forma de asegurarnos de ser recompensados el Día que se Detendrá el Tiempo. Sea cual sea la forma de la llegada del Precursor, recompensará a sus auténticos creyentes por su fe.

—La realidad sea suya y mía —murmuró Candleman con la cabeza baja. Luego, alzándola de pronto y mirando intensamente, dijo—: Pero hay mucha gente que está decidida a hacer reales los pseudofuturos. Los israelitas y los lindanos, por supuesto; Jacques Cuze es otro; y todavía hay, creo, un cuarto. Por ejemplo, en una ocasión, durante una caza debajo de la ciudad, hallamos una cripta llena de cuerpos. Tallada en la piedra había una sola figura, un pez. No fue hasta entonces que conectamos este pez con otros que habían sido informados en las paredes de la ciudad de la superficie.

—¿Qué significa el pez? —preguntó Dannto.

Leif se sintió interesado también. Era la primera vez que oía hablar de aquello.

—Te lo diré —dijo Candleman con voz relamida—. Mi teoría es que Jacques Cuze...

—Oh, no, volvemos de nuevo a eso —murmuró Dannto, en voz tan baja que sólo Leif lo oyó.

—es el líder religioso de los pocos cristianos que quedan en Europa, todos los

cuales se hallan bajo tierra. La cabeza visible de la Iglesia del Santo Timbuctú en África ha prometido a Cuze que, si tiene éxito en su rebelión, restaurará la antigua religión francesa aquí, quizá se trasladará a París y la convertirá en su capital. Por supuesto, una causa y una promesa así son inútiles, pero Cuze y los timbuctuanos son irrealistas y piensan como tales.

Leif parpadeó. Esto era nuevo para él.

—¿Sobre qué hechos basa su teoría? —preguntó.

—Sobre lo que es obvio —respondió Candleman con un irritado agitar de su huesuda mano—. No puede haber otra interpretación.

»Los bantúes, siendo cristianos, aún utilizan palabras de raíz griega y latina para sus escritos científicos y teológicos. La palabra griega para pez es *ichthyos*. Las primeras dos letras son la iota y la chi, I y X. Estas letras, me ha dicho un experto lingüista, son las más cercanas a las letras del alfabeto romano J y C. I y X son iguales a J y C, que son las iniciales de Jacques Cuze. La I corresponde a Ioannos, que es Juan en griego. La X corresponde a chusis, la palabra helénica para curso de agua. El curso de agua trae a colación a los peces, naturalmente, y así corresponde al submundo, puesto que chusis, por una extensión de su significado, puede entenderse también como un río subterráneo.

»Es así de simple. El pez corresponde a IX, Ioannos Chusis; Juan Curso de agua; Jacques Cuze. Así, el símbolo del pez es el lazo entre el patriota clandestino francés y la iglesia de Timbuctú.

Leif se sintió dividido entre la risa y la admiración por la habilidad de la mente humana para racionalizar.

—Vaya —se maravilló Dannto—, ocurre todo esto, y la única razón que encuentro es que Halla fue una víctima de esa gente. Quizá. Dime, Jake, ¿qué hay de la iglesia a la que pertenecen la mayoría de africanos? ¿Los primitivos? Después de todo, los miembros del Santo Timbuctú residen en un estado comparativamente pequeño; no tienen casi ni la energía ni las facilidades para el trabajo subterráneo que hacen los primitivos.

Candleman alzó sus palmas hacia arriba.

—Realmente no lo sé. Todo lo que averigüé fue a raíz de una charla de una hora con un experto lingüista, uno de esos que saben un poco de todo. No tuve tiempo de estudiar el asunto como hubiera debido. Mis días y mis noches estaban ocupados por una ingente cantidad de trabajo administrativo y por mi caza de Cuze.

—Pero podría decir las diferencias si los viera —dijo Leif—. Los timbuctuanos lucharán; los primitivos son pacifistas absolutos.

—Sé que lo son —dijo Candleman—. Forman un continente listo para ser desplumado. Si los izzies no se interponen entre ellos y nosotros, podemos tener de la noche a la mañana dos tercios de África. Una vez sean vencidas las Repúblicas

Israelíes, y tengo confianza de que el regreso de Sigmen verá eso, lo único que tendremos que hacer será dirigirnos a la región al sur del mar del Sahara y tomarla.

—La resistencia pasiva se cobrará su tributo —dijo Leif.

Nadie le pidió que se explicara; estaban demasiado ansiosos por hablar de sus propias teorías.

Dannto no creía que los bantúes pudieran ser una fuerza clandestina muy importante; el color de su piel les impedía toda actividad en Europa.

Candleman respondió que podían alquilar a Cuze y los traidores jacs para que hicieran su trabajo.

—Quizá —dijo Leif con aire brillante— JC pueda interpretarse como Jacs Cristianos. En una ocasión hubo un grupo que intentó obtener el reconocimiento legal dentro de la Haijac como una iglesia separada de la organización eclesiástica bantú, leal a la Unión y que consideraba África como herejes.

—Tonterías —dijo Dannto—. Eso fue hace un siglo, si recuerdo bien la historia que me enseñaron en la escuela. Todos fueron a H y nunca volvió a saberse de ellos.

—Si los franceses pueden ocultarse bajo tierra durante dos siglos y medio, esa gente podría hacer lo mismo durante uno.

Los otros dos hombres se mostraron desdeñosos hacia la idea; era navegar contra el viento de sus teorías.

—No —dijo Dannto—, el Precursor, en uno u otro sentido, ha viajado a lo largo de los campos de presentación, hacia atrás y hacia delante. Fue al futuro, regresó, escribió libros sobre él, estableció la Haijac y su puntal, la Sturch, y luego partió de nuevo hacia el tiempo. Predijo el futuro; todos los acontecimientos desde entonces han verificado sus anuncios. El último día está sobre nosotros; el Día que se Detendrá el Tiempo estará pronto aquí. Si la presencia real de Sigmen va a ser o no necesaria, no lo sé.

»Pero sí sé que en su *Tiempo y la línea del mundo* mencionó, más bien críticamente, al siniestro Poscursor, su antagonista, el hombre que intentará deshacer todas sus buenas obras, tanto en el pasado como en el presente y futuro. Sólo hay esa mención, pero desde entonces un puñado de apócrifos han saltado en torno a este Poscursor. Muchos de ellos han sido investigados y catalogados como auténticos y no objetos de duda por la Sturch.

»Aunque Sigmen no mencionó el nombre del Poscursor, sabemos ahora que es el de Jude Changer, contemporáneo de Sigmen y viajero al revés por el tiempo.

»Es mi opinión, respaldada por los hechos, de que JC se refiere a Jude Changer.

Alzó una gruesa mano para acallar la protesta de Candleman.

—Concederé que este hombre puede ser el mismo que Jacques Cuze, actuando bajo ese nombre a fin de ocultar su auténtica identidad. Pero, por ególatra que sea, tiene que hacernos saber de una forma siniestra quién es en realidad.

El QB zumbó, y la imagen de un uzzita se formó en la caja. Su mensaje: Thorleifsson seguía sin aparecer.

Aquello terminó la reunión.

Candleman saltó en pie, y las aletas de su nariz vibraron.

—Quizá me creas ahora, *abba* —le dijo al urielita—. Las posibilidades son que mi lugarteniente ha sido asesinado mientras estaba tras la pista de Cuze. Debo actuar de inmediato. Nunca descansaré hasta que sepa qué le ocurrió.

—Quizá —dijo Leif, pensando en las cenizas de Thorleifsson arrastradas por el desagüe a las cloacas— haya ido al mundo subterráneo en persecución del francés.

—Tonterías, doctor. ¿Sin notificármelo?

Candleman se dirigió hacia la puerta de la habitación donde dormía Halla y, antes de que nadie pudiera protestar, entró en ella. Leif se puso en pie de un salto y fue a toda prisa tras él.

Halló al uzzita de pie al lado de la cama, mirándola intensamente. La enfermera estaba al otro lado de la habitación; no había hecho ningún intento de impedir que Candleman entrara.

Leif pudo contener a duras penas su furia.

—Se le ha dicho —exclamó en un susurro estrangulado— que la señora Dannto no debe ser molestada. No deseo tener que repetírselo de nuevo.

Candleman se inclinó ligeramente sobre la hermosa cabeza con su corona de llameante cabello extendida sobre la blanca almohada. Luego se enderezó y salió sin una palabra.

Leif notó que sus puños se cerraban; le hubiera gustado aplastarlos contra aquella dura boca.

Cuando el uzzita hubo salido, Leif se volvió a la enfermera.

—Puede volver a su planta —dijo—. Ya no es necesaria aquí.

La enfermera, un dragón de ochenta años, abrió la boca para protestar, vio lo que significaba aquel rostro que tenía ante ella y salió sin una palabra. Leif sospechaba que trabajaba para Candleman. Esto le proporcionaba una buena excusa para despedirla; era una ironía que el propio Candleman hubiera proporcionado la razón.

**A** PENAS había regresado Leif al comedor cuando el QB zumbó de nuevo. La imagen de un urielita apareció en el cubo. Informó a su superior que el metatrón deseaba que estuviera presente en una importante reunión del consejo interno en Montreal mañana. Dannto vaciló, luego respondió que estaría ahí.

—Como puede ver —le dijo a Leif—, estoy muy ocupado. Este mediodía, una operación; esta noche, marchar al Canadá. Nunca tengo tiempo para pasarlo con mi esposa.

—Nosotros cuidaremos de ella. Puede seguirle mañana por la tarde. Siempre que no se presenten complicaciones.

La barbilla de Dannto tembló con deleite. Dio una palmada a Leif en la espalda.

—Es usted el mejor, doctor —dijo.

—Eso es cierto.

Barker llamó entonces por el QB a su ayudante y le dijo que se preparara para extirpar un tumor del abdomen de Dannto a las 15:00. También que enviara una enfermera para que escoltara al archurielita a una habitación de la 800, la planta quirúrgica.

—Le administrará un sedante y le bañará y vestirá para la operación —dijo Leif.

—Esperaba poder quedarme aquí un poco más —se lamentó Dannto.

—La señora Dannto no despertará hasta las 21:00.

—Sigmen me ampare, yo tengo que marcharme en el cohete de las 20:00. ¿Cree que podré tomarlo?

—Comprendo su preocupación —dijo Leif—, pero siempre que el cohete no acelere tan bruscamente como para tensar su incisión, no puedo decirle honestamente que debe quedarse aquí esta noche.

—Bueno, esa conferencia es realmente importante. Será mejor que vaya.

Después de conducir a Dannto fuera, Barker aguardó hasta que llegó la enfermera de reemplazo para Halla. Una vez le hubo dado instrucciones, fue a su dormitorio. Ava estaba recostada en un sillón enfundada en un camión de encaje, fumando un cigarrillo.

—Dame uno —dijo Leif—. Lo he deseado toda la mañana.

—No te daré nada —respondió Ava—, excepto una patada en tu gran cabeza. ¿Por qué hiciste la autopsia a esa chica en vez de incinerarla de inmediato? ¿Qué ocurre, Leif? No estás obedeciendo las órdenes del CGF.

Leif dejó sobre una mesilla el encendedor de alambre incandescente con el que había encendido su cigarrillo y empezó a lanzar bocanadas de humo de Tiempos Fructíferos.

—Ava, seré franco contigo. ¿Has pensado alguna vez en el captador de pensamientos?

—¿Qué tiene que ver con esto?

—Mira. ¿Qué ocurrió cuando el captador se estropeó? ¿Lo reparamos?

—No, se lo llevaron y trajeron otro para reemplazarlo.

—¿Por qué?

—Supongo que porque contiene una trampa explosiva. Si lo abres, estalla. Eso, naturalmente, es para impedir que su secreto caiga en manos de los jacs, si supieran que estamos utilizando uno.

—Seguro, y la trampa está aquí para mantener alejados tanto a los lindanos inquisitivos como a los jacs. ¿Quieres saber por qué? Porque es una máquina prestada. Los prestatarios desean que su estructura siga siendo un misterio. Tienen miedo de que los terrestres que puedan fabricar cosas así adquieran demasiado poder.

—¿Qué quieres decir con terrestres?

—Ava, he estudiado el captador de pensamientos durante muchas tardes solitarias cuando no tenía nada que hacer. No hay mucho que ver, pero por lo que puedo dilucidar diría que la cosa es de construcción y diseño alienígenas.

Ava agitó sus largas y curvadas pestañas en un parpadeo.

—¿Cómo has llegado a una conclusión tan sorprendente?

—No te rías. Es una sensación que noto cuando la miro. Simplemente no tiene *apariencia* terrestre. Juraría que hay algo no humano acerca de ella.

—¡Imaginación!

—No. Intuición.

—¿Eso es todo?

—No. Esa chica, y la otra a la que le hice la autopsia, no son humanas.

Ava se enderezó en su asiento.

—¿Cómo lo sabes?

Leif se lo explicó.

El brillante cigarrillo en la mano de Ava tembló. Leif pensó que Ava estaba más trastornada de lo necesario.

—Hay algo más —dijo—. Sabemos que la moral de la Haijac, según ellos mismos admiten, ha sido decadente durante el último centenar de años. Pero durante los últimos quince años la inmoralidad se incrementó. Es casi como si un catalizador de fuera la estuviese acelerando. Pero, ¿cuál es ese catalizador?

»Por un lado, el CGF ha sido ayudado con esta droga que permite a nuestros agentes ser inyectados con la droga de la verdad y seguir mintiendo. Así, pueden sobrevivir a los interrogatorios ante el elohímetro y ganar sus lámeds de oro. Hemos usado esta ventaja para introducir a nuestros propios hombres entre los jacs, hombres que han tenido la inestimable oportunidad de trabajar casi sin ser interrogados en esta

sociedad y causar todo el daño que han podido. Pero, ¿dónde obtuvimos esa droga? Sé que nosotros no la inventamos.

—Quizá la conseguimos de los propios jacs —sugirió Ava—. No sería la primera vez. Sus ciencias se hallan tan poco integradas que muchos inventos pasan desapercibidos y no son desarrollados.

—Sí, y eso, irónicamente, es debido a su suspicacia hacia los gigantescos «cerebros» electrónicos integradores que usamos nosotros. El propio Sigmen fomentó esto cuando les advirtió que el uso desordenado de tales máquinas podía dar como resultado que las máquinas «se hicieran con el control».

»Pero está el punto de que ellos no saben nada de eso. Y de pronto nosotros empezamos a usar esa droga hace unos diez años. ¿Sabes lo que pienso? Que, como el captador de pensamientos, es extraterrestre.

—¿Y las muchachas son ETs que nos están ayudando? Pero, ¿por qué deberían meterse en medio de todo esto?

—Ava, ¿cuándo empezaron las mujeres jacs a usar lápices de labios? ¿Cuándo empezó la jerarquía a beber en privado? ¿Cuándo supimos que había agentes femeninas lindanas que tenían una enorme influencia sobre los hombres de la Sturch más importantes?

—¿Quieres decir que esas mujeres ETs iniciaron esos cambios a través de su influencia sobre la jerarquía?

—Shib. Por supuesto, no podrían haberlo hecho a menos que las mujeres jacs estuvieran maduras para ello. El que se hiciera tan fácilmente demuestra que lo estaban. Y, Ava, ¿quién convocó primero el consejo de urielitas para debatir un cierto pasaje escritural? ¿Y quién influenció al consejo para que lo interpretara de tal modo que las mujeres pudieran usar cosméticos?

—Dannto. Bajo sugerencia de Halla. Eso es una inconsistencia. ¿Cómo llegaron esas muchachas a influenciarlos en primer lugar? Hubo un tiempo en que hubieran sido arrastradas a H sin pensárselo dos veces sólo por sugerir los cambios.

—Eso —dijo Leif lentamente— es lo que intento descubrir. Han de tener algo que es realmente poderoso, casi mágico. Y pienso averiguar qué es.

Se dirigió a un armario y sacó una botella de alcohol, que mezcló con un líquido púrpura.

—Por cierto, y no es por cambiar de tema, creo que Shant está enamorado de ti. ¡Esos ojos de cordero!

Ava estalló.

—Cada vez que estamos a solas se me insinúa. Él y su enorme bocaza hipócrita cuando hay otros por los alrededores..., ¡y luego esas pequeñas patas pegajosas cuando nadie está mirando! La próxima vez le romperé los dientes. Con órdenes o sin órdenes.

—Ahora mira quién desobedece. Eres un mal soldado. Sabes que te he dicho siempre que no le hagas perder las esperanzas. Es una buena fuente de información, y puede que deseemos usar su lujuria para sacarnos de algún momento difícil.

—Bueno; pero no pienso dejar que se acerque *demasiado*.

—¡Vamos, vamos! —Leif se echó la mitad del vaso a la garganta—. Es una buena cosa que esto huela como el éter. De otro modo impresionaría a las enfermeras. No estoy seguro de que *no sea* éter.

Se estremeció y luego llenó otro vaso.

—Este es el plan, Ava. Extirpo el tumor de Dannto a las 15:00. Candleman estará observando la operación a través del QB. Arregla las cosas para que se estropee a las 15:15. Peter Sorn recibirá las culpas. Enviaremos una acusación anónima más tarde. No sé si será suficiente para enviarlo a H. La carestía de técnicos es tan aguda que los uzzitas, pese a lo inflexibles que son, no se están mostrando tan ansiosos de librarse de ellos como cuando empezamos esto. De todos modos, unos cuantos «sabotajes» más como ése, y no podrán prescindir de Sorn.

—Lo siento por Peter —dijo Ava—. Es una de las pocas personas en este hospital a la que puedo soportar. ¿Por qué no podemos echarle la culpa al viejo y tortuoso Gunnarsson?

—Sabes por qué. Porque no está a la altura de Sorn. Los jacs no lo echarían mucho en falta.

—Me gustaría enviar en su lugar a ese pequeño lujurioso de Shant. ¿Cuándo vamos a empezar con él?

—Oh, dejemos a las personalidades fuera de esto.

—¿Sabes, Leif?, sigo sin ver por qué esos tontos del culo de jacs todavía no han topado con nuestra técnica. ¿Realmente son tan estúpidos?

—No, no debes cometer ese error. Su C.I., imagino, es aproximadamente el mismo que el de la gente de otras naciones. ¿Sabes, Ava? Oyes mucho sobre la alta inteligencia de los izzies porque descienden en parte de los ciudadanos de Israel, uno de los pocos países organizados y no diezmados que quedaron después de la Guerra Apocalíptica. La teoría es que esa gente representaba a un grupo cuya historia incluía tantos miles de años de opresión, persecución y desarraigo, que sólo los mentalmente alertas sobrevivían. Cuando el pequeño y densamente poblado país se encontró con tierras donde sólo vivían unos pocos desorganizados y aturdidos supervivientes, estalló casi literalmente. En un tiempo sorprendentemente corto las colonias rodearon el Mediterráneo; crecieron, alimentadas por familias que normalmente incluían una docena de hijos. Los índices de mortalidad eran bajos, y las recién inventadas técnicas de rejuvenecimiento mantuvieron a los padres propagándose muy entrados los noventa.

»Había muy poca gente viviendo en los territorios a los que acudieron esos

colonos. Eran inefectivos porque se hallaban muy dispersos y porque habían revertido a una primitiva sociedad agrícola. Pero fueron tratados bien, porque la constitución israelí les garantizaba plenos derechos. Sin embargo, inevitablemente, fueron absorbidos; sus genes, sus lenguajes, sus costumbres. Y sus descendientes no salieron perjudicados. Diría más bien que se beneficiaron.

»Sorprendentemente, los islandeses podían afirmar lo mismo. Nadie excepto los más fuertes y los más listos sobrevivieron al extremadamente duro ambiente de Islandia desde su primera colonización desde el siglo X hasta el XVIII A.D. Y sus descendientes, como los de los israelitas, eran agudos e independientes.

»Y también los hawaianos, quizá la raza más mezclada de todas, un caldero lleno de mongoles, polinesios, caucásicos y, en pocas palabras, casi cualquier otra raza que puedas nombrar. Fue su heterosis, quizá, lo que explicó el hecho de que los hawaianos se dispersaran más rápido y más lejos que los otros, de modo que repoblaron las Américas, Japón, China y la parte este de Siberia.

—*Gracias*, profesor Barker —dijo Ava irónicamente—. Pero entonces, ¿por qué los democráticos y de alto C.I. islandeses y hawaianos terminaron convirtiéndose en esclavos?

—Su presente servilismo debería de ser una advertencia para todo el mundo. Nosotros, y los israelitas, que nos enorgullecemos de nuestras tradiciones democráticas, podríamos haber seguido fácilmente el mismo camino. Y lo hubiéramos hecho, de no haber sido por varios grandes hombres entre los primeros colonos israelíes de los países mediterráneos que dieron sus vidas para que las constituciones pudieran ser conservadas.

»Lo que ocurrió en la Haijac fue que este hombre, Sigmen, apareció cuando había gran cantidad de rivalidades e inquietud. También fue la era del renacimiento religioso, si recuerdas bien. Por todas partes, en todo el mundo, un espíritu que se creía muerto hacía mucho brotó y recorrió los continentes. Sigmen, el fundador de un oscuro y loco culto pseudocristiano, se alzó a la gloria en la cresta de la ola. Tenía que lo que les faltaba a los otros profetas: una explicación pseudocientífica de lo que había sido considerado como un fenómeno espiritual. Ahora, afirmó, ya no era un asunto de fe; era enfrentarse a los hechos. Presentó sus distorsiones de las teorías de Dunne sobre el tiempo. Explicó, para satisfacción de sus discípulos al menos, todos los acontecimientos históricos y religiosos a la luz de la neodunnología.

»Más aún, después de hacerse con el poder, lo mantuvo personalmente durante varios cientos de años, algo que ningún otro político o conquistador había sido capaz de hacer nunca, porque no disponían de drogas de longevidad. Usando los acostumbrados medios brutales, levantó un estado en el que los ciudadanos, por su propio bien, por supuesto, estaban sometidos a un constante e íntimo control de seguridad. El sistema guardián-ángel-pro-tempore, más una sistemática sublimación

de los impulsos humanos normales, dieron como resultado lo que ves hoy en día.

»Además de eso, utilizó el tremendo prestigio de las Repúblicas Israelíes para añadirlo al suyo propio. Tomó la admiración de sus propios súbditos hacia el poder mediterráneo y lo pervirtió. Escribió su Talmud Occidental, adoptó el idioma hebreo como lenguaje teológico y científico y, en pocas palabras, hizo una burla y un engaño de nosotros para sus propios propósitos. Y, probablemente, todo ello de buena fe.

Ava bostezó deliberadamente y dijo:

—Gracias por la lección de historia, Maestro. ¿Por qué no me cuentas algo que no sepa?

—Lo haré —dijo Leif, irritado—. Tengo una crítica, Ava, que puede que a ti no te parezca mucho, pero que puede ser una de las pequeñas cosas que nos pongan al descubierto. Por favor, intenta refrenar tu disgusto cuando comas ciertas comidas. Me temo que van a terminar dándose cuenta.

—¡Pero Leif, ratón *fricassée*! ¡Y gelatina de hormiga! ¡Cada vez que me siento a comer, no veo más que asquerosidades!

—Forma parte de tu deber.

—Si hubiera sabido esto, jamás me hubiera presentado voluntaria. No me importa eludir la muerte una docena de veces al día. ¡Pero la comida!

Leif dejó escapar una carcajada.

—Ríe, *kelev* —gruñó Ava—. Eres una vergüenza para tus padres y tus abuelos.

—Ellos comían las mismas cosas que yo. ¿Sabes?, es raro hallar un judaíta ortodoxo en Linde. ¿Por qué tus padres huyeron de Sefardia y se refugiaron en Linde? No pudo haber sido por la estricta ortodoxia de Sefardia porque eres ortodoxa. ¿Fue tu padre un político liberal? ¿O un criminal?

Leif se refería a la República de Sefardia, que en su tiempo había sido llamada España y Portugal.

—¿Por qué mis padres abandonaron Sefardia? —dijo Ava—. Por amor. Mi padre conoció a mi madre mientras efectuaba un viaje de negocios a El Cairo. Ella era una belleza con los ojos más grandes y más oscuros que jamás hayas visto. Ella y mi padre se enamoraron apasionadamente. Y ése era un problema que no resultaba fácil de resolver. Mi padre era ortodoxo estricto, y mi madre agnóstica. Son muy liberales en Jem, ¿sabes? Al contrario que en Sefardia, en Jem hay libertad religiosa.

»Ambas familias pusieron objeciones al matrimonio. Mi padre y mi madre se casaron de todos modos, y se instalaron en Jem, en la ciudad de Asuán. Pero la familia de mi madre, pese a su profesado liberalismo, persiguió a mi padre, arruinando sus negocios e incluso acusándole de ser un espía de Sefardia. Por todo lo que sé, es probable que lo fuera. Sefardia y Jem habían declarado ambos la independencia de la Confederación Israelí, ¿sabes?, y estaban a punto de iniciar una guerra el uno contra el otro.

»Así que mis padres fueron a Linde, y yo nací en Afenyaw, la antigua Aviñón, poco después de que llegaran. Las cosas no resultaron demasiado fáciles para mí en Linde, y se volvieron peores cuando fui enviada aquí como miembro del CGF. Por supuesto, he sido liberada de todas mis restricciones dietarias puesto que paso por jac. Pero no puedo impedir que mi sistema nervioso reaccione. Mi estómago amenaza con revolucionarse cada día a la hora de la comida.

—Bueno —dijo Leif—, no obtendrás simpatía de mí acerca de la comida. Respeto las creencias religiosas...

—Por supuesto que sí —se burló Ava.

—Pero este asunto acerca de platos tabú está más allá de mi comprensión.

—No entremos de nuevo en esta deprimente y poco fructífera discusión —suplicó Ava—. Yo me atenderé a mis creencias. Tú atente a las tuyas.

Leif sonrió.

—¿Así que heredaste estos grandes ojos oscuros de tu madre? —dijo—. Son hechiceros. Bien, creo que iré a echar una mirada a Halla. Oh, antes de irme, pondré el captador en Dannto durante la operación, ¿Querrás cambiar el bip del quimo? Lo leeré más tarde.

Ava asintió.

Leif vaciló y dijo:

—Ahora lamento mantener a Candleman fuera de cirugía. Su mente hubiera sido más provechosa de recoger que la del archurielita.

—Puedo enfocar sobre él también —dijo Ava—. No, las paredes están equipadas con bloqueos antirrayos, ¿no?

—Sí. Bueno, lo conseguiremos tan pronto como sea posible. Me hace sentir inquieto. Creo que sospecha de mí.

—Es tu rostro, querido.

—Bueno, es el rostro con el que te casaste, amor. Ven, dame un beso.

—Quizá luzcas mejor con los dientes de delante saltados. —Y los negros ojos de Ava chispearon.

—Y sale riendo —dijo Leif, como si citara una acotación teatral, y lo hizo.

Entró en la habitación de Halla.

—Puede ir a la cocina y comer algo —dijo a la enfermera.

Después de que ésta se fuera, se sentó junto a la cama y empezó a hablarle a la bella durmiente. Desde el principio había tenido en mente esta sesión, de modo que no le había dado una poción normal para dormir sino una píldora loto. La droga semihipnótica le abriría el camino para que pudiera sondear su subconsciente.

No había ido muy lejos en sus preguntas acerca de su pasado cuando descubrió que había implantado un bloqueo posthipnótico. Simplemente no respondería a nada que contradijera la personalidad ficticia de su hermana.

Si hubiera querido o hubiera tenido el tiempo necesario, hubiera podido romper la barrera. Pero, puesto que no tenía disponibles días ni un montón de drogas a mano, abandonó.

Se levantó y fue a cirugía. Allá se despojó de su ropa y se enjabonó y duchó, pero no recibió el esperado chorro de aire caliente que lo secará. Se vio obligado a llamar a los hombres de mantenimiento y luego, para no perder tiempo, a secarse con toallas. Después de puso una bata de plástico, mascarilla, pantalones y zapatos, que serían desechados después de la operación. Se puso sus guantes de cirujano, permaneció unos instantes bañándose en radiación antiséptica, y luego entró en la sala de operaciones.

Dannto estaba tendido sobre una mesa. Como el archurielita se hallaba sólo bajo anestesia local, miraba a su alrededor con ojos brillantes, a los diversos contenedores de plástico encima de él y a los tubos que descendían desde ellos a las agujas en sus brazos.

Aunque pálido, retorció su grueso rostro en una sonrisa. Leif alzó un índice y un pulgar curvados en un gesto con miles de años de antigüedad y luego comprobó la rutina. Ava, observó, estaba atareada en un rincón desatornillando los cabezales del captador y conectándolos a la aguja entintada. Nadie cuestionó lo que Ava estaba haciendo; Sigur, el hombre del eegie, se había ido a casa.

Dannto no puso objeciones cuando Leif le preguntó si podían colocarle en la cabeza el casco del eegie durante la operación. Leif explicó que hasta ahora tenía muchos registros de las clases inferiores, pero ninguno de hombres excepcionalmente inteligentes. Dannto intentó ocultar su satisfacción. No había ningún problema, por supuesto. Cualquier cosa en interés de la ciencia.

En realidad, no era en absoluto necesario que el casco estuviera en contacto con la cabeza del sujeto. Podía captar las ondas cerebrales de una persona seleccionada a una distancia considerable con su enfocado haz. Pero Leif deseaba hacer que las cosas parecieran tan auténticas como fuera posible; no servía de nada correr el riesgo de que alguien reconociera un proceder no ortodoxo.

Mientras operaba, Leif habló con el urielita, tras tomar la precaución de pedirle que guardara silencio a menos que él le dijera que hablase. Charló alegremente de temas banales, como cualquier buen médico intentando mantener la mente de su paciente alejada del cuchillo.

De tanto en tanto insertaba una afirmación que esperaba que hiciera pensar a Dannto en algunas cosas determinadas. Confiaba, si el tren de pensamientos proseguía, extraer una valiosa información de las ondas trazadas sobre el quimo que giraba lentamente en el rincón.

No podía dejar de pensar en la muchacha dormida en el dormitorio del ático, en su largo, suelto y ondulado pelo derramado gloriosamente sobre la almohada. Tendría

la cabeza vuelta hacia un lado, el perfil contra el pelo castaño rojizo, un camafeo de vibrante carne contra resplandecientes trenzas. Y ella, pensó, pertenecía a la masa de carne de la que ahora estaba extirpando un trozo. Su mano se estremeció. La estabilizó; aunque se controló, no pudo impedir el deseo que se apoderó de él. ¿Y si se equivocara? ¿Y si cortara equivocadamente?

Bueno, ¿qué ocurriría? Candleman investigaría. Por pura rutina, por supuesto. Y no había forma de decir lo que olería el sabueso. Quizá lo suficiente como para deshacer todo el trabajo del CGF de los últimos diez años. No, ciertamente, no podía hacerlo. Ya se había permitido suficiente desobediencia aquella mañana cuando había practicado la autopsia a la señora Dannto. Además, Ava había abandonado el captador y le estaba observando. Los entrenados ojos de Ava captarían el deliberadamente falso movimiento, el premeditado y fatal desliz. Y, sabiéndolo, el deber de Ava sería informar a Marsey de que él había desobedecido las órdenes. Eso significaría su llamada o, más probablemente, una corte marcial sumaria y una ejecución allí mismo, en París. Era demasiado arriesgado hacer pasar clandestinamente a un hombre como él por la frontera; no valdría la pena correr el riesgo. De modo que alguien que él no sabía que pertenecía al Cuerpo saldría a su encuentro una noche, y lo apuñalaría y grabaría JC en su frente y así mataría dos pájaros de un tiro, inspirando terror entre los jacs y eliminando cualquier sospecha que pudiera tener la Sturch de que él era un agente izzie o lindano. Muy hábil y económico.

Pensando en esto, hizo los movimientos correctos, y a su debido tiempo extrajo el tumor que nunca se habría desarrollado si Dannto no hubiera tomado cierto medicamento prescrito por Leif.

—Esto le hará bien —había dicho el médico, sin precisar a quién. El urielita lo había tomado, confiado en que sus dolores de estómago desaparecerían. Lo habían hecho, pero se había plantado la semilla de otro mayor.

El buen doctor recogió ahora el fruto, luego llenó la cavidad con una estremecida masa de jalea. La informe masa establecería de inmediato su campo electromagnético regenerador sobre las células dañadas. El contenido en aminoácidos y CH formaría nuevas células. En un tiempo sorprendentemente corto, los tejidos estarían tan sanos como nuevos.

Esta jalea en particular, sin embargo, era algo distinta. Parte de ella consistía en una sustancia cuyos ingredientes, sin mezclar, eran inofensivos. Si una onda corta de una cierta frecuencia, enviada a ciertos intervalos, golpeaba la sustancia, esa sustancia se mezclaba, formaba un violento veneno, y enviaba al hombre al otro mundo en una rápida y fatal convulsión. Leif dio un paso atrás mientras las enfermeras terminaban la esterilización y otras tareas menores.

—¿Cómo se siente? —preguntó.

Dannto, pálido como un hongo venenoso, dijo:

—En ningún momento me sentí preocupado.

Señaló el espejo encima de su cabeza.

—Es toda una experiencia, mirarte a ti mismo.

—Muy poca gente lo hace —dijo Leif sin humor, y no se sintió decepcionado cuando Dannto no comprendió.

—Puede vestirse en esa habitación, *abba* —dijo una enfermera.

Dannto se dirigió con paso inseguro hacia la puerta indicada pero, antes de alcanzarla, fue detenido por la voz de Candleman. El uzzita acababa de aparecer bruscamente por otra entrada.

—¡Por el zen del tiempo! —maldijo—. ¿Quién es el responsable del QB de aquí?

—Peter Sorn —dijo Leif—. ¿Por qué?

—Es el mismo hombre al que interrogamos acerca de la habitación 113, ¿no?

Dio la vuelta y salió a largas zancadas, dejando a los demás mirándole sin comprender. Cuando Dannto le preguntó a Leif qué ocurría, Leif se encogió de hombros. De todos modos, se sintió ligeramente incómodo.

**D**ESPUÉS de que la sala hubiera sido limpiada y las enfermeras y Ava se hubieran ido, Leif regresó al quirófano para ver qué había grabado el captador de pensamientos durante la operación. El captador de pensamientos era una máquina montada sobre un carrito con tres ruedas. Su cuerpo estaba encajado en una brillante esfera de eternoaleación sin soldaduras aparentes depositada encima del resto de la maquinaria.

Sigur, el ayudante del eegie, se había mostrado curioso al principio. Había bastado sólo una palabra de su superior para acallar su curiosidad; Leif había apuntado que se trataba de una invención de gran importancia, y que la Sturch frunciría el ceño ante cualquier rumor de su presencia. Eso seguía el esquema. Sigur juró que se mantendría tan silencioso como se esperaba de él.

Leif retiró los quimógrafos, los llevó a la mesa, los extendió y empezó a estudiarlos. No prestó atención a las líneas superiores; eran las ondas convencionales. La línea del fondo, tintada por la recién conectada aguja, ocupó toda su atención durante la siguiente hora. Leyó rápidamente las crestas y los valles, porque su entrenamiento había sido completo y su experiencia le había proporcionado una amplia familiaridad con ellas. Los pensamientos de Dannto estaban expuestos ante él; las cosas que esperaba que ningún hombre conociera nunca.

Al término de la hora, Leif suspiró.

Los pensamientos no eran los que había esperado. Cuando a Leif le había sido presentado el captador de pensamientos en el sanctasanctórum del CGF, se había estremecido. ¿Leer la mente de un hombre? ¿Captar un angosto haz de un cerebro desprevenido, tomarlo y amplificar las muy débiles ondas «semánticas», interpretar sus crestas y valles, y conocer todos sus secretos?

¿Ser Dios?

¡Ja!

Primero, el joven estudiante había aprendido que debajo de las bien conocidas ondas alfa, beta, gamma, eta, theta e iota, estaba la sigma o semántica. Esas casi indetectables erupciones podían ser relacionadas por el ojo entrenado con la palabra hablada. Con un cierto entrenamiento, el que aprendía podía deslizar una barra con un agujero rectangular en el centro a través del gráfico, bloqueando cada unidad y viéndola como tal, no sólo como otra continuación de las quebradas líneas.

Más tarde, después de un duro estudio, llegaba el tiempo en que el ojo podía recorrer por sí mismo las crestas y valles del papel tintado y saber lo que estaba leyendo.

¿Podía?

No enteramente. Leif había descubierto que si un hombre pensaba en una frase y le pedía que la racionara, el captador podía reproducir las palabras. Pero eso era todo. No podía darle a uno las emociones o los otros miles de acontecimientos que iban con las ondas entintadas. No podía reflejar las sensaciones internas: los sentimientos de repulsión, irritación, lujuria, amor o aburrimiento. No podía decir si un hombre estaba hambriento o describir sus reacciones a una hermosa mujer que caminara calle abajo.

Si un hombre pensaba: *Precursor, tengo tanta hambre que me comería el culo de una mofeta, o: ¡Muchacho, vaya chasis clásico!*, y su lengua repetía sublingualmente esas palabras, las ondas radiadas por su cerebro podían ser captadas y reflejadas.

¿Y si permanecía en silencio sentado en un pico en Darien?

Tú, el dios con el lector de mentes, te hallabas de pronto captando una nueva lengua, los indescifrables jeroglíficos llamados, técnicamente, estática.

A Leif le habían enseñado en la Universidad del CGF que las ondas que podían correlacionarse con sílabas habladas definidas eran conocidas como logiconos o imágenes-palabra.

¿Dónde, había pensado el joven doctor Barker, estaban los otros iconos? No había ninguno. Ninguno, al menos, que pudiera ser captado por la máquina.

Esto no era auténtica telepatía, la lectura de la mente concebida por los científicos y escritores de ciencia ficción.

Este espumado cerebral era una imitación de ese concepto, una burla de las esperanzas del hombre.

Leías una frase, y luego venía un blanco. O encontrabas una palabra cortada por la mitad, Sabías que esas pausas estaban llenas de «pensamiento». Pero las palabras no eran todo lo que se usaba en pensar. Y, desgraciadamente, las palabras eran todo lo que uno podía interpretar. Grandes mares de ininteligibilidad rodeaban pequeñas islas inteligibles.

Leif, tras estudiar el captador durante diez años, llegó a la conclusión de que era necesario construir una nueva máquina.

Y tiene que ser capaz de detectar e interpretar *todos* los impulsos enviados por los músculos, los nervios, las glándulas y, en pocas palabras, la totalidad de los órganos. Supongamos que se puede conseguir la imagen-onda de una postura corporal y las sensaciones internas integradas allí. ¿Qué tendrás? ¿El cínesticón?

Eso, por supuesto, cambiaría de segundo a segundo. Imágenes pisándose los talones.

Luego habría que añadir a eso las sensaciones engendradas por la recepción de la belleza o fealdad del exterior o el interior de la piel: la vista de un ocaso, el sabor de un tierno y grueso bistec. Esas imágenes múltiples formarían un conjunto: el esteticón.

Integra todos los increíblemente complicados fenómenos de signos y símbolos y las reacciones a ellos, el entrelazar de iconos, ¿y qué obtendrás?

El semanticón: la imagen-significado.

¿Y cómo sabrás cuál es el aspecto de esta imagen?

No era tan difícil de hallar como se podía creer.

El significado, u otra palabra para ello, el valor, era *lo que tú hacías*. Acción y reacción creaban el icono móvil. Los ídolos se alzaban y caían, y su nacimiento, poder y derribo eran tú a medida que pasabas por marcos de tiempo y espacio y quizás otros marcos que algunos no reconocían y otros sí, aunque sólo débilmente.

Así pues, pensó Leif, si eso era cierto, ¿dónde obtener una máquina que mostrara los iconos transitorios y la gran imagen que formaban? Y, aunque dispusieras de esa máquina, ¿cómo presentar el semanticón al lector de modo que pudiera ver la multitud de imágenes onda en una palabra, en un *símbolo*? ¿Cómo lanzar ese símbolo a largas distancias para una comunicación instantánea? ¿Qué podía conseguir eso? ¿Qué podía recibirlo?

La pregunta, sospechaba, estaba mal planteada. No era *qué*. Era *quién*.

La respuesta era obvia. Acababa de ver una máquina así aquella misma mañana. Cuatro máquinas. Como resultado de su apresuramiento —o su estupidez—, probablemente había perdido para siempre su posibilidad de estudiar una.

Se inclinó con un suspiro sobre el registro de Dannto. Como había esperado, no había nada inusual allí. El sandalfón era un hombre. Un hombre que no difería de sus semejantes tanto como le gustaba creer. No importaba lo alta que fuera su posición o sus acciones, su moralidad o su C.I., se preocupaba con las mismas cosas que el vecino de la puerta de al lado y tenía las mismas reacciones.

Dannto temía morir sobre la mesa bajo el cuchillo de Leif, pese a que tenía gran confianza en su habilidad. Había una sospecha importante; ¿y si alguno de sus inferiores había conseguido sobornar al doctor para que hundiera en él su hoja?

Eso era rechazado como indigno de ser pensado. Barker era un espléndido médico y un agradable compañero, aunque su conversación bordeara a veces la irrealidad. Era, en cierto modo, una persona muy modesta. Sólo bastaba mirar la forma en que había arrancado a Halla de las garras del ángel de la muerte. Sin embargo, había quitado importancia a sus heridas a fin de ahorrarle a él, Dannto, su dueño temporal, preocupaciones y sufrimiento.

Leif leyó fragmentos de pensamientos, entremezclados con trozos de «estática», el término técnico para las ondas no interpretables. La esencia era que Dannto había visto por primera vez a Halla hacía diez años, cuando ella se había presentado para un trabajo. Había sido la secretaria del metatrón de Asia del Norte. Cuando ese hombre resultó muerto en un accidente (ja, pensó, Leif, el buen viejo CGF asesino de nuevo), solicitó su traslado a París y, cosa rara, lo consiguió.

Allí había destellos de algo; una frase parcial de «la primera vez que la vi sin velo», seguida por una carga de caballería de picos como lanzas, interpretados por Leif como emoción. Luego había una frase de aprobación sobre los tacones altos, el lápiz de labios y fuera el velo, aunque llevaban siendo desde hacía algunos años un hecho casi establecido.

Una pausa. Había muchas pausas, como si el cerebro, como otros órganos del cuerpo, descansara entre latido y latido. Luego, surgidas de la nada, especulaciones acerca de Candleman; cómo se había enfurecido al oír los pronunciamientos del consejo de Rek; cómo había denunciado la creciente degeneración de la Haijac, capitaneada por los atrevidos vestidos de las mujeres y el creciente uso del alcohol y la despreocupación de aquellos que deberían aplastar tales cosas.

Un pensamiento intercalado e irrelevante acerca de pedirle a Barker un laxante más fuerte; luego, la coletilla final de un chiste que había oído el otro día; luego, el reciente ofrecimiento de un soborno por parte del director de un departamento de construcción de naves espaciales, y su vacilación sobre si podía ser o no una trampa ideada por sus inferiores para desplazarle, y su conclusión final de que debía denunciar al sobornador en potencia. De todos modos, no necesitaba el dinero.

Sus pensamientos saltaban aquí y allá, un canguro que no iba a ningún lugar en particular, deteniéndose para mordisquear este y aquel tierno brote. Candleman entró de nuevo, como una ráfaga de viento en una casa hechizada, derivando a través de una ventana rota y erizando el vello de la nuca con el pensamiento de que quizás hubiera un fantasma tras él. La larga caza del uzzita de Jacques Cuze se estaba convirtiendo en un problema que interfería con su eficiencia en otros asuntos. La obcecada y ardiente persecución de Candleman del personaje clandestino era casi metafísica, tenía tantas teorías complicadas acerca de *quién* era Cuze, *dónde* estaba, *qué* hacía ahora y *qué* iba a hacer a continuación. Más estática: probablemente una imagen de Candleman en alguna pose u otra; luego, verificación, la frase en inglés subvocalizada «sabueso axenosado» aplicada a Candleman. Estática. Una pregunta acerca de si debía someterse a dieta. Halla había hecho algunas referencias incordiantes acerca de que su barriga estaba siempre en medio. Una ráfaga de pasados celos hacia este o aquel hombre que se habían interesado en ella; había tantos. A algunos los había transferido; a otros degradado; tres de los más persistentes los había enviado a H. No era que desconfiara de Halla, pero uno nunca podía saber. Había que recordar las advertencias de Sigmen de creer solamente en lo que vieras hacer a una mujer y luego comprobarlo. Estática. Ese viejo hijoputa de Sigmen debía odiar a las mujeres por alguna razón. ¿Acaso...? —estática—, perdóname, buen Precursor, por ese pensamiento irreal. Soy débil y esas horribles..., asquerosas..., je, je..., ideas me asaltan a veces..., enviadas sin duda por el siniestro Poscursor, que puede implantar la irrealidad por telepatía. ¿JC? ¿JC? Ese estúpido de Candleman y

su Jacques Cuze. Jude Change es el hombre detrás de todo esto, puedes apostar por ello..., estática..., hueco.

Olvidé hacer que me limpiaran las uñas..., debo conseguir que la nueva manicura, Rahab..., un nombre significativo..., me las haga. Halla estará demasiado débil por un tiempo..., no, vergüenza..., vergüenza..., me pregunto cómo se lo monta Leif con sus secretaria. Rachel es hermosa, pero apuesto a que es fría, un témpano sobre dos piernas..., como tantas mujeres... Halla es la única mujer *real* que he tenido nunca..., lo que pensarían mis colegas si supieran eso..., Sigmen dice que el sexo debe ser reprimido..., hace a los ciudadanos más dóciles..., *shib...*, *shib...*, pero, ¿y las jerarquías?... ¿tiene que ser lo mismo que con los ciudadanos? Mejor que... Halla es la única mujer que sabe cómo dar... Sigmen, si muriera mientras pienso estos pensamientos irreales..., perdóname..., el viejo Poscursor en mí...

Así es como yo..., yo..., yo..., soy por dentro. Un nido de gusanos... Leif, viejo amigo..., no cometes un error..., espero..., espero..., ah, morir, no volver a ver nunca más a Halla..., saber que pasará a otro hombre... ¡Sigmen! Mejor que muera ella..., estática...

Y entonces una larga y sostenida visión de lo que ocurriría tras el Día que se Detendrá el Tiempo. Leif no pudo ver las imágenes; tuvo que reconstruirlas a partir de palabras dispersas. Sigmen crearía los pseudomundos reales y le daría a cada uno de sus fieles seguidores un universo entero para gobernar. Imagina tu propio Cosmos..., ofrecido en una bandeja..., cruzar una puerta, abandonar este mundo..., todos a tus pies, Emperador del Infinito, Soberano de la Eternidad..., ¿es ésa tu voluntad? ¿Voluntad? ¿Voluntad? Y así el eco rebotó por las resonantes cámaras de la mente.

Leif pudo imaginar la orgía ardiendo por entre el bosque de neuronas, había visto lo suficiente en las mentes de otros hombres para suponerlo. No se sintió particularmente disgustado; lo que le hizo retroceder un poco fue la hipocresía.

Leif leyó todo el resto del quimo. En su mayor parte era el habitual flujo de corrupción; sonrió cuando llegó a las más irreprimibles dudas acerca de las creencias de la Sturch, y los pensamientos de Dannto de que debía de estar perdiendo el tiempo siguiendo tan rigurosamente una falsedad. Luego más angustiados aullidos cerebrales de arrepentimiento y peticiones de clemencia, todo muy estilizado, sin duda puesto allí por unas bases religiosas formalistas. Luego llegó la plegaria de conclusión de que le fuera concedida la fervorosa certidumbre fanática e inamovible fe de Candleman. Pero no, querido Sigmen, la mente unidimensional que la acompañaba.

—Amén —dijo Leif, y dejó caer el gráfico en el incinerador.

LEIF insertó nuevo papel en el quimo y se volvió para marcharse. Hizo una pausa, sobresaltado, porque un hombre con una bata blanca de ordenanza estaba de pie en la puerta. Tenía la piel pálida, pelo rojo, ojos azules, y una nariz de arco alto y vibrantes aletas.

—*Shalom*, Jim Crew —dijo Leif.

—*Shalom* —respondió Crew.

—¿Sigue deseando lo mismo? —preguntó Leif.

—Usted sabe que sí, doctor Barker. Podríamos haber dejado que nuestra hija muriera hace mucho. Pero la queremos, y así hemos estado... sujetando su mano... porque sabemos que hay algunas cosas que nosotros no podemos hacer.

—Hay otros cirujanos en la ciudad. ¿Por qué acudir a mí?

Se volvió al captador y accionó el interruptor. Luego giró el casco hasta que el dial registró el impacto con unas ondas cerebrales. Giró otro dial para que el casco, cuya superficie interna era el receptor, se moviera, siguiendo la fuente de radiación como una flor se enfoca en el sol. Aunque Leif cruzara ahora el haz de ondas el aparato no resultaría confundido, porque estaba ajustado al esquema individual de Crew.

Crew sonrió.

—No necesita hacer eso, doctor. Mire el gráfico.

Leif no vio nada excepto estática. Se volvió hacia Crew.

—¿Está usted creando deliberadamente esto?

—Sí. Usted puede hacerlo también, tras una cierta instrucción. Y con voluntad.

—Todavía no ha respondido a mi pregunta. ¿Por qué acude a mí? Crew se acercó un poco, caminando sobre la punta de los pies, ligeramente girado hacia dentro.

Miró ansiosamente el rostro del cirujano.

—Hay otros varios médicos que podrían ayudar a nuestra hija. Pero esos informarían a los uzzitas. Usted no.

—¿Por qué no?

—Porque, lo primero y más importante, temería que nosotros le escribiéramos una nota a Candleman y le dijéramos que usted no es Leif Barker, sino Lev Baruch; que es usted el líder del movimiento más importante del CGF; que muchos lindanos llevan el lámed gracias a una droga que les permite pasar el elohímetro; que usted sabe lo que significa Jacques Cuze.

»Sólo eso le haría venir con nosotros. Pero no usamos estos medios, doctor Barker. Dejaríamos morir a nuestra hija antes que usar la fuerza, incluso la fuerza mental. Una tal violencia no haría más que volverse contra nosotros. Usted vendrá

porque no pertenece a su naturaleza dejar que una niña muera.

—Está usted muy seguro de sí mismo —dijo Leif con una cierta dificultad—. Si no piensa usar la coerción, ¿por qué acude a mí? Tiene que saber que haciendo esto no sólo me expongo a los jacs, sino a toda mi gente también. Si saben esto, acudirán en tromba sobre mí.

—Observo que dice usted haciendo, no *si* hago. Pero le responderé. Apelamos a su humanidad. Todas las demás implicaciones no importan. Están basadas en el derramamiento de sangre, el asesinato, la traición, el odio.

—Cierto —dijo Leif—. Pero un hombre tiene que defenderse.

—La mejor defensa es ninguna defensa.

—No iremos lejos intercambiando trivialidades como dos búhos sabios ululándose el uno al otro. ¿De qué tipo de equipo quirúrgico disponen?

Jim Crew hizo un gesto de impotencia.

—No usamos medicinas. El poco equipo que tenemos lo tomamos de nuestros vecinos, los hombres de Timbuctú.

—Muy bien. Descríbame las heridas de la niña.

Mientras Jim Crew cerraba los ojos y le daba una muy exacta imagen en palabras, Leif recogió lo que iba a necesitar. No podía llevar una carga demasiado pesada; tendría que improvisar.

Había racionalizado que estaba haciendo al CGF un servicio contactando con aquel movimiento clandestino desconocido y averiguando de este modo qué estaban haciendo exactamente los bantúes. Aunque los africanos eran una potencia militar desdeñable, al Estado Libre de Linde podía interesarle usarlos en algún momento.

Barker sabía que estaba racionalizando; el servicio consideraría sus acciones como material para un consejo de guerra. Pero el hombre debe racionalizar, aunque lo sepa.

Mientras recogía el material de la farmacia en la habitación adjunta, Leif dijo:

—¿Dónde consiguieron ustedes los bantúes esta técnica de despigmentación?

—Curiosamente, es una invención de un jac convertido —dijo Jim Crew—. Todos los detalles para extraer o depositar pigmentos se hallan desde hace cincuenta años en los archivos del periódico profesional de queratonólogos. Estos, como muchos otros que hemos utilizado, han reposado durante mucho tiempo en el polvo de las bibliotecas. Quienes lo leyeron nunca se dieron cuenta de sus posibilidades. Y el propio inventor escapó a Ciudad del Cabo.

Sin pedir permiso, Leif inclinó la cabeza del hombre hacia la luz para que ésta incidiera en el ángulo deseado sobre la nariz.

—Debería haberse hecho un arco artificial —dijo—. No hubiera quedado ninguna señal quirúrgica ni aquí ni en sus labios.

—La cicatriz hubiera aparecido después de la despigmentación. Al parecer el

proceso las saca a la luz.

Leif gruñó, sin mostrarse impresionado.

—Vamos.

Tomaron el ascensor de servicio y salieron separadamente, por la parte de atrás, a través de la puerta reservada al personal. El uzzita de guardia encendió su linterna. Leif mostró su lámed; Jim Crew su tarjeta de identificación.

—¿Dónde ha obtenido usted el uniforme y la tarjeta? —preguntó Leif mientras subían a su coche de dos plazas.

—Mi hermano trabajó aquí —dijo el africano—. Sabíamos que podía sernos de utilidad algún día.

Leif puso en marcha el motor y encendió los faros.

—¿Cómo entraron los cuatro esta mañana? Sé que los uzzitas no estaban vigilando entonces, pero de todos modos es muy difícil pasar los controles habituales.

—Tenemos amantes.

—¡Ah! ¿Y por qué vinieron todos? ¿Por qué no sólo uno?

—Juntos somos más que sólo uno.

—¿La totalidad es mayor que las partes?

—Algo así.

Jim Crew observó a Leif conducir durante un rato, luego dijo:

—¿Cómo sabe adónde vamos?

Leif parpadeó.

—No lo sé —dijo—. Bueno, creo que más bien simplemente *lo supe*.

Hizo una pausa.

—Tuve una *sensación* de cuál era nuestro destino.

Dio un puñetazo al volante con su mano izquierda.

—¡Ahora ha desaparecido!

—No hubiera debido decirle nada —murmuró Jim Crew—. Es usted como un niño que sabe algo hasta que le es señalado por un adulto ignorante que posiblemente no puede saberlo. Entonces, por supuesto, ya no lo sabe.

—Bien, ¿adónde vamos?

Crew señaló. Leif hizo girar el volante en la dirección indicada.

Al cabo de un rato, el bantú dijo:

—Somos seguidos.

—Hubiera debido saber que no podríamos salir tan fácilmente —gruñó Leif. Miró por el espejo retrovisor, pero no puedo ver ningún coche—. ¿Dónde están?

—Al otro lado de la esquina.

—Escuche —dijo Leif—. Si nos atrapan, me protegeré a mí mismo. Diré que usted me obligó a punta de pistola a ir con usted para operar a su hija.

Jim Crew se estremeció y dijo:

—No me gusta ser acusado de violencia, pero de acuerdo. Sólo que creo que será mejor que me mate usted. De otro modo, me drogarán y me arrancarán la verdad.

—Lo haré —dijo Leif—. Pero todavía no nos han cogido.

Apretó el acelerador a fondo. Lo más que podía alcanzar el coche era cuarenta kilómetros por hora; el vehículo uzzita tenía que ser capaz al menos de alcanzar el doble.

—Pueden atraparnos, pero probablemente nos dejarán seguir hasta nuestro destino —dijo Leif—. Me gustaría poder abandonar este coche y hacer el resto del camino a pie.

—Ponga los controles en auto —sugirió Jim—. Después de que giremos la próxima esquina. Podemos saltar fuera y bajar por esa entrada del metro.

Cuando giraron la enorme masa de un edificio, Leif pisó el freno. Bajaron a diez, ajustó los diales, y luego él y Crew saltaron fuera. Ninguno de los dos cayó. Golpearon el suelo corriendo y siguieron corriendo hasta la entrada del metro.

—Esto no les engañará mucho tiempo —dijo Leif—. Estarán de vuelta pronto, y puede que se comuniquen por radio con los uzzitas en las puertas para que nos busquen.

Jim Crew descendió los escalones de plástico que imitaban granito. No giró a la derecha, que conducía a los andenes, sino al otro lado, que llegaba hasta un amplio vestíbulo que albergaba varias concesiones y zonas de descanso.

Tuvieron que abrirse camino por entre la multitud. Era una hora en la que mucha gente regresaba a casa del trabajo; además, las estaciones estaban siempre atestadas debido a la superpoblación de París.

Naturalmente, debía de haber muchos vigilantes y uzzitas entre ellos que, si se daba la alarma, les atraparían. Pero Leif había abierto su chaqueta de modo que se viera su lámed. Su visión era como un sonido de trompetas; todo el mundo se echaba a un lado.

Cuando llegaron al lugar indicado, Leif apreció la modestia jac de la que en su tiempo se había burlado. Herederos de los hacía mucho tiempo muertos parisinos, los actuales ocupantes habían rechazado el desenfado galo y lo habían sustituido por su propio código de modestia. Esto incluía varios cubículos con puertas basculantes que llegaban del suelo al techo para garantizar la intimidad.

Cuando el vigilante se dio la vuelta a una señal secreta, ambos hombres entraron en un cubículo. Leif observó la JC grabada en la puerta. Alzó las cejas, porque aquella era su primera indicación de que los bantúes también habían utilizado esa señal como símbolo. Era natural, pensó, porque podía representar fácilmente a su Señor y Amo y también ayudaba a confundirles con el legendario francés, quizá disimular por completo su presencia en París.

Los bantúes usaban a los lindanos. ¿Podrían los lindanos usarlos a ellos?

Cuando los dos hombres se hubieron metido en el cubículo, Jim dijo:

—No eche el cerrojo. Eso sería la cosa más segura que conduciría a los uzzitas hasta nosotros.

—Déme el crédito de un poco de inteligencia.

Jim no respondió. Tendió el brazo tanto como pudo y apretó un cuadrado en el dibujo estampado en el pseudomármol plástico.

—Esquina izquierda, siete abajo por los Siete Pecados Capitales, tres a través por la Trinidad que los borra —dijo Jim Crew—. No funciona a menos que uno presione con rapidez siete veces, haga una pausa de tres segundos, y luego presione tres más.

La sección se deslizó hacia atrás y luego hacia un lado. Jim Crew entró y se dio la vuelta para hacerle un signo a Leif de que le siguiera. Sonriendo, éste obedeció. El bantú volvió a colocar el rectángulo en su lugar.

Descendieron a lo largo de una espiral. El cirujano contó trescientos peldaños, suficientes para llevarlos por debajo del nivel del metro actual. Debían acercarse a la antigua red de metro o a las alcantarillas preapocalípticas.

Finalmente el bantú advirtió a su ciego acompañante que se detuviera; llegaban a una puerta. Leif no podía ver los movimientos que hacía el hombre, pero su mano fue cogida y colocada sobre una barra.

—Es a la derecha, y la mitad de camino hacia abajo —dijo Crew.

—Gracias. Pero seguro que no volveremos por el mismo camino.

—No. De todos modos es bueno saberlo, por si tiene que tomar esta ruta de nuevo.

—Es usted muy abierto acerca de estas cosas.

—Confiamos en usted.

Leif se preguntó si el hombre dejaba de usar alguna vez el plural. No parecía tener un ego propio.

Salieron a lo que debía de ser un largo túnel con un techo muy alto, porque sus murmullos y el roce de sus pies les eran devueltos de una forma hueca y ampliada.

—¿Qué hay acerca de usar una luz? —preguntó Leif.

Jim Crew pareció sorprendido.

—¿Qué? Oh, sí, si le hace sentirse mucho mejor. Pero puede confiar en que no caeremos..., *conocemos* estos lugares.

De alguna forma, Leif captó el reproche. Su mano resbaló del bolsillo de su chaqueta, sin llegar a tocar la linterna. De todos modos, le hubiera gustado tener un atisbo del legendario París subterráneo.

Se detuvieron al borde de una plataforma de cemento. Crew se deslizó por ella y luego ayudó a Leif. Antes de que hubieran dado unos pocos pasos, Leif se detuvo para tantear el suelo a su alrededor.

—Había vías de hierro aquí —dijo.

—Sí, esto fue, en su tiempo, el nivel superior del metro. Pero, a medida que la ciudad siguió edificando más y más hacia arriba, se convirtió en uno de los más bajos. Luego, cuando París fue bombardeado con bombas C, esos túneles quedaron sellados por una lámina de silicio fundido. Un nuevo París se edificó encima. Pero venga. Todavía tenemos un largo camino que recorrer. Y Anadi se está alejando cada vez más de sus padres y madres; sabemos que la fuerza está desapareciendo de nuestras manos más y más aprisa.

—Sería muy sociable por su parte si me explicara de qué me está hablando.

—Nosotros... ¡chiss!

Jim Crew se dejó caer tan bruscamente que Leif tropezó con él. Al instante Leif había sacado su linterna y su automática, una en cada mano. El bantú aferró su hombro y pasó su mano por el brazo del médico, tanteando en busca de su mano.

—Guarde eso —fue su susurrada censura.

Una voz susurró en la oscuridad, muy clara, muy baja, y sin embargo tan cercana que Leif hubiera jurado que el aliento rozaba su mejilla.

—Jim Crew, Leif Barker.

Un estremecimiento recorrió su espalda. Alzó su linterna para centrarla en el propietario de la voz. Antes de que pudiera apretar el botón para encenderla, sintió que el tubo era arrancado de sus dedos.

—¡Maldita sea, Crew! —aulló, olvidando toda precaución—. ¡Devuélvame esto!

—Que el señor le perdone —susurró el bantú—. Yo no lo hice.

—Hay algo curioso respecto a esto —respondió Leif, bajando automáticamente la voz—. ¿Qué está intentando conseguir conmigo? ¡*La que nos llamó fue la voz de Halla Dannto!*

—¿Cuál de ellas? —dijo Crew con voz ronca.

—¿Qué quiere decir? Yo sólo oí la segunda...

Su voz se arrastró en un suspiro cuando todo el significado alcanzó su garganta.

Roncamente, dijo:

—Vamos, hable. ¿*Qué* es eso?

Jim Crew se acercó más a Leif. Sus estremecimientos recorrieron su brazo y sacudieron el de Leif. De pronto una mano, presumiblemente la del bantú, se tendió en la oscuridad y trazó dos líneas perpendiculares a través de la frente del cirujano.

—En ese signo, sálvanos —susurró el africano.

Leif se dio cuenta de que le hacía eco. Abrió la boca para formular otra pregunta, y un objeto largo, delgado y duro fue arrojado a ella. Lo mordió fuertemente, fue a escupirlo, y se detuvo, porque era su linterna. Al mismo tiempo, alguien rió entre dientes.

Al momento siguiente, olvidando el grito de advertencia de Crew, la encendió.

Deseó no haberlo hecho.

*Era* Halla Dannto, de pie en la oscuridad.

No la mujer en la cama de la 113.

La mujer a la que había aplicado su cuchillo. La mujer sobre la mesa de mármol. Después de que le hubiera hecho la autopsia.

Lanzó un grito y luego, intentando controlarse, se mordió el labio inferior tan fuerte que la sangre fluyó y sintió el sabor salado en su boca.

El cono de luz osciló cuando su mano tembló, pero mostró claramente el cuero cabelludo echado hacia atrás como la piel de una naranja, los abiertos pecho y abdomen.

—¿Qué es eso? —gruñó.

La furia estaba reemplazando al pánico.

El bantú aferró su brazo y dijo:

—Inténtelo con fuerza. Intente ver *a través* de ella, ver a quien está *detrás* de ella.

Leif no le entendió, Sin embargo, hizo un esfuerzo para ver más allá de aquella cosa, para ver, como sugería Crew, a través de ella. Era casi imposible de hacer. Le aterraba y le llenaba de náuseas; enfrentarse a ella era como enfrentarse a su propia conciencia.

La marea de furia le ayudó. No podía mantener alejada la idea de que quizás el bantú y un cómplice estaban jugándole algún tipo de mala pasada. La razón le decía lo contrario. Crew no sabía por anticipado que iban a ir por aquel camino. Además, ¿cuál podía ser la finalidad de un fraude así?

Aquello no era una mascarada: ¡era real!

LEIF avanzó un paso, sujetando firmemente el haz de la linterna mientras lo hacía. La figura osciló, se desenfocó ligeramente, se fundió. Por un segundo Leif pudo ver a través de ella y divisó el rostro de un hombre. Era parecido a Crew: muy pálido, labios gruesos, con una nariz de anchas aletas y arco alto. Tenía la boca abierta y colgante; sus ojos estaban fuertemente cerrados, como si la luz les hiriera.

—Esto ya ha ido demasiado lejos —dijo Jim Crew—. ¡No le ponga furioso! Déjelo tranquilo. No le hará ningún daño. Es decir, si apaga usted esa luz.

El médico odiaba renunciar al haz de la linterna, porque se sentía indefenso en la oscuridad con una *cosa* como aquella cerca, una cosa que evidentemente podía moverse en la noche del túnel con tanta confianza como él lo haría a pleno mediodía en una calle al aire libre. Sin embargo, la voz de su compañero era tan urgente, tan compulsiva, que obedeció.

Jim Crew suspiró.

—¡Ah! —dijo—. Continuemos. No creo que nos siga.

Su mano tiró de la de Leif. Este, con un hormigueo en la espina dorsal ante la idea de un cuchillo hundiéndose en ella por detrás, se dejó guiar adelante. Cuando habían recorrido exactamente quinientos pasos, cuando ya no sentía aquellos otros pies tras él, dijo:

—Crew, no voy a seguir hasta que me diga usted qué fue eso. Se está adueñando de mí. Por un momento casi creí en el más allá; pensé que ella iba a por mí.

—Pues no parece demasiado asustado —dijo el bantú con una risita—. Está bien. Puedo suponer lo que vio por las pocas palabras que dijo. No le diré lo que vi yo. Si lo hiciera, entonces sí que se asustaría de veras.

»¿Recuerda esta mañana, cuando rechazó usted nuestra súplica y se dio la vuelta para marcharse? ¿Qué pensamiento le llegó entonces?

—¿*Quo vadis?* ¿Adónde vas?

—Eso es lo que sospechamos —dijo el africano—. Aunque en estas cosas uno nunca puede estar seguro. Lo que hicimos no fue exactamente telepatía, en el sentido en que usted piensa en este poder. Nosotros, los cuatro, apelamos a nuestros *sentimientos* de grupo, la suma total de todos nosotros, todos los esquemas de nuestros cuerpos, los enfocamos, y lanzamos este esquema de esquemas hacia usted.

»Usted no hubiera debido recibirlo. Hubiera debido rechazarlo blandamente, sin siquiera saber que le estaba siendo ofrecido. Sus «antenas» debían de estar repliegadas, como ocurre con la mayoría. Pero no fue así. Estaban desplegadas, aunque sólo fuera un poco. Y captó lo que le enviamos..., ese sentimiento.

»Repito de nuevo que no proyectamos palabras..., es decir, sílabas agrupadas en

forma de significados individuales y encadenadas en una falsa sintaxis. No, le ofrecimos *nosotros*, la preocupación que ardía en los cuatro. Y, puesto que tuvo éxito en imprimirse en usted, usted la absorbió, la asimiló en su inconsciente con la frase o símbolo que para usted encajaba más con el *sentimiento*. Su memoria surgió con «¿*Quo vadis?*».

»Entienda, nosotros no le hablamos directamente. Captamos su *respuesta*. Usted, puesto que necesita explicarse a sí mismo los acontecimientos en términos de palabras, se habló a sí mismo con el símbolo más adecuado. De haber sido otro hombre, alguien ignorante de esa frase y la historia conectada con ella, hubiera hallado alguna otra cosa que decirse a sí mismo. ¿Comprende lo que quiero decir?

Aunque Crew no podía verle en la oscuridad (¿o sí podía?), Leif asintió y dijo:

—¿Ese sentimiento de pesar? ¿Lo arrojaron contra mí?

—Sí, aunque no pudimos sostenerlo mucho tiempo porque usted tiene tan poca experiencia en el pesar. Además, Mopa, el hombre que se echó a reír, rompió nuestro enlace.

—¡Ustedes son la máquina! —exclamó de pronto el médico.

—¿Qué?

Leif se echó a reír.

—Me he estado preguntando —dijo— dónde podría estar la máquina que pudiera recibir e interpretar y proyectar el semanticón: la totalidad de todos los iconos que construye la mente-cuerpo, la imagen-significado. Hubiera debido saber que estaba a todo mi alrededor, en más de un sentido. Y que llevaba milenios en existencia.

—Sus sentimientos afloran —dijo Jim Crew. Su mano apretó la de Leif—. Le queremos.

Leif pudo superar aquello. El plural hacía que sonara impersonal. De todos modos, enrojeció embarazado en la oscuridad.

—Si no me explica ahora mismo el horror que encontramos hace unos momentos —dijo—, voy a tomar este escalpelo y grabar unas cuantas cosas caprichosas sobre su persona.

—Desconozco cuál es su nombre —dijo Crew—. Tenemos una lista de doce; podría ser cualquiera de ellos. Para decirle brevemente de qué se trata, tenemos que ir a nuestro terreno. ¿Sabe?, los bantúes, en África, están divididos en dos grupos, ambos basados originalmente en diferencias religiosas. Ambos, sin embargo, representan los únicos cuerpos grandes de cristianismo que quedan. La nación más pequeña, el Chad, está dominada por la Iglesia del Santo Timbuctú, una organización que afirma haber mantenido incorruptas las enseñanzas de nuestro fundador.

»Nosotros, sin embargo, que tenemos el África central y meridional, creemos que los timbuctuanos son una incrustación de superstición y autoridad opresiva.

Leif sonrió para sí mismo en la oscuridad. El hombre estaba hablando fuera de

carácter; su estilo mostraba que él, como muchos misioneros, estaba citando del libro. El caso de Crew era sólo ligeramente distinto. No podía ser acusado de haber leído el discurso, porque, apostaba diez a uno, era analfabeto. Los bantúes fruncían el ceño ante la letra impresa y consideraban la imprenta como un utensilio que se interponía en el camino de la comunicación natural.

—Nosotros los primitivos hemos, como indica nuestro nombre, eliminado por completo *todas* esas ataduras y hemos regresado desnudos a la vital Verdad. Sólo tenemos las pocas enseñanzas muy fundamentales que importan; a través de ellas hemos alcanzado nuestro estado actual, es decir, uno en el que la religión, la mística, la economía, la política, nuestra propia vida, se convierten en una sola cosa. No hemos permitido que la moralidad mezquina se interponga en nuestro camino: el único código que tenemos es la Regla de Oro, que consideramos como la realidad...

—Ya basta —gruñó Leif—. Ahórreme la conferencia. Está hablando como un urielita tonto del culo. ¡Realidad! Ya sabe como *ellos* pronuncian esa palabra. Debería pensarse mejor las cosas. Hábleme de ese hombre en palabras sencillas.

Crew apretó de nuevo la mano de Leif.

—Tiene usted razón. Para ser breve, nosotros los primitivos hemos utilizado ese don en su tiempo conocido como magia. Por magia no me refiero a nada en sentido supersticioso. En realidad, la magia fue la ciencia mal entendida de la percepción extrasensorial que esos salvajes utilizaban tan alocadamente. No tenían ni el control ni la comprensión necesarios para desarrollarla.

»Y cuando el cristianismo de esos días llegó, más el imperialismo blanco, el don se debilitó. Pero, después de la Guerra Apocalíptica, hubo un resurgir religioso entre los pocos que quedaron de mi pueblo. Un gran hombre surgió entre nosotros, del mismo modo que Sigmen surgió entre las naciones Haijac. Su nombre era Jikiza Chandu, y fue el primer hombre en darse cuenta de que debíamos fundir la visión de Dios con la intuición dentro de nuestros cuerpos. Fusión fue su grito de guerra y...

—Y se fundieron —concluyó Leif por él—. ¿Y qué tiene eso que ver con mi pregunta?

Por primera vez desde que le conocía, detectó irritación en Crew.

—La persona a la que acabamos de encontrar fue rechazada de nuestra sociedad —dijo el hombre despigmentado—. Era un inadaptado, uno que no podía o no quería encajar en el esquema de nuestro grupo. Retorció los grandes dones que obtuvo mientras vivía como uno de nosotros y los usó para propósitos malignos. Intentó obtener el control sobre el mundo subterráneo de aquí, y durante sus esfuerzos permitió que fluyera tanto poder a través de él que, para usar un término que pueda usted entender, hizo saltar un fusible. En este caso, el fusible era él mismo.

»Él, como varios otros que intentaron convertirse por la fuerza en el foco de nuestro grupo, merodea ahora por los túneles y las alcantarillas durante el día y vaga

por las calles de la superficie por la noche. No pueden hacer daño a su propia gente, a menos que nos sorprendan con la guardia baja, pero han causado algunos daños terribles ahí arriba. Sus víctimas o bien se suicidan o terminan en manicomios.

—¿Por qué no los matan? ¿O al menos los mantienen encerrados?

—¿Qué? ¿Violencia contra un semejante?

—Ha hablado usted de realidad. ¿No es real la autoconservación?

—Use la espada, y morirá por ella. Los mansos heredarán la Tierra. Sabemos, porque lo hemos comprobado a lo largo de los siglos, que la resistencia pasiva significa supervivencia. Derrame sangre para salvarse durante un tiempo, y a su momento debido será ahogado por el reflujo.

—¡Por supuesto!

—Disculpe, doctor, pero ya ha visto usted lo que esos «Hombres en la Oscuridad», como los llamamos, pueden hacer. Usan sus retorcidos poderes para el único uso que pueden. No proyectan: reflejan. Es decir, pueden captar los esquemas de las energías radiadas por la víctima, unirlos, amplificarlos, y enviarlos de vuelta al originador. Éste siente la abstracción, si puedo llamarla así, la absorbe, y ve un espectro que ha surgido de las profundidades de su propio inconsciente.

»Usted, si puedo aventurar mi intuición, debe sentirse a la vez triste por la muerte de Halla Dannto y culpable porque desobedeció las órdenes del CGF acerca de incinerarla de inmediato. También supo que iba a romper más mandamientos, que estaba enamorado de la Halla viva, y que, si era posible, iba a hallar medios para seguir viéndola. Aunque eso significara poner en peligro todo el Plan.

»Puede que usted no sea consciente de que todas esas cosas le estaban afectando de una forma tan profunda. Cuando el Hombre en la Oscuridad captó lo que había realmente en lo más profundo de usted en aquel momento, se lo mostró.

Lo más extraordinario es que el hombre no ve lo que usted ve. En absoluto. Siente hasta cierto límite sus sentimientos, pero nunca visualiza nada. No conoce el horror que lanza contra usted. De todos modos, puesto que está loco y es sádico, capta sus reacciones. Y se alimenta de ellas. Si la víctima se vuelve demasiado aterrorizada, pierde la cabeza, el hombre gana más poder, la fuerza de la visión se hace más intensa, y así sucesivamente.

»Un hombre de Timbuctú amigo, versado en asuntos técnicos, me explicó en una ocasión que era una realimentación positiva incontrolada. Signifique eso lo que signifique, el efecto es terrible; JC salve a esas pobres almas.

—¿JC? ¿Ustedes también? ¿Qué significa?

—Jikiza Chandu, nuestro Señor y Amo.

—Había pensado que esas iniciales se referían a su Fundador.

—Oh, sí. Él es Jikiza Chandu. Jikiza Chandu es Él. Todos somos los dos. Ellos son nosotros.

No era extraño, pensó Leif, que la Iglesia de Timbuctú los considerara los blasfemos de los blasfemos.

Sin embargo, y aquí luchó con esa aceptación que tanto enloquecía a sus asociados, basaban su razonamiento en varias afirmaciones tomadas literalmente, y en esto no hacían más que sus más amargados oponentes. Además, aquellos que habían estado en Bantulandia decían que la suya era la primera, y la única, sociedad grande en la que uno podía recorrer toda la longitud y la anchura de un continente y no hallar ni cárceles, ni hospitales, ni manicomios, ni fábricas de armas (y escasamente algunas industrias, había que admitir), ni discriminación racial. Y, también, ni lujuria ni asesinatos pasionales, ni huérfanos, ni robos, ni ricos, ni pobres.

Podías hallar muchas cosas que criticar, que deplorar, pero tus críticas no afectaban a los discípulos de ese profeta medio zulú, medio hindú, Chandu.

Leif se echó a reír, y cuando Jim Crew le preguntó por qué, respondió:

—Oh, estoy pensando en algunas coincidencias increíbles: que cuando admites que hay ciertas relaciones inconscientes entre las mentes, ves que coincidencia es sólo una palabra para ocultar nuestra ignorancia.

—¿Se ríe usted acerca de las JC?

—Sí.

—Bueno, yo también me río —y lo hizo, al tiempo que apretaba de nuevo la mano de Leif.

El médico estaba a punto de protestar cuando fue interrumpido por el bantú.

—Ya hemos llegado.

LOS túneles habían sido oscuros y en cierto modo húmedos y helados. Crew abrió una puerta, y entraron en un país brillante y cálido. No había nadie allí para darles la bienvenida, pero el bantú insistió en que los suyos sabían que habían llegado.

—Calor por vapor —dijo, en respuesta a la no formulada pregunta del médico. Se quitó tranquilamente sus ropas y las colgó de uno de los muchos colgadores que se alineaban en las paredes de la amplia estancia. Casi todos los colgadores contenían ropas.

—¿Quiere? —dijo Jim Crew, con una mano en los colgadores. Leif negó con la cabeza—. Pensamos que tal vez quisiera ducharse —añadió el hombre pálido.

Leif gruñó impaciente cuando el hombre se metió en la ducha.

—Pensé que teníamos prisa por ver a su hija.

El bantú salió y, aún desnudo y chorreante, se dirigió a otra habitación.

—Síguenos, doctor. Esa ducha tomó sólo un minuto. Y fue mucho más de lo que vio: fue una ceremonia, una que nosotros los primitivos realizamos siempre cuando volvemos a casa. También fue una plegaria, una combinación de lavado físico y psíquico, y una petición a JC de que Anadi pueda salvarse. Al mismo tiempo, nos comunicamos con aquellos que unen sus manos y descubrimos que Anadi resistirá hasta que usted llegue a su lado.

Condujo al cirujano a través de varias habitaciones más pequeñas, algunas de las cuales tenían bancos alineados junto a las paredes. Una tenía un altar con un hombre colgado de un crucifijo. Su piel era negra, el rostro era una abstracción, y no pertenecía a ninguna raza excepto que había sufrido pero había sentido el contacto de una mano que borraba todos los pliegues del dolor. Si Leif hubiera tenido más tiempo, se hubiera detenido para hablar del escultor y su técnica con Crew. Había oído que los bantús eran los grandes artistas de hoy, que estaban haciendo cosas que nadie había hecho nunca antes en pintura, escultura y música.

Los primeros hombres y mujeres con los que se cruzaron iban desnudos, como Crew. Se arracimaron en torno al hermano recién llegado, le besaron y acariciaron. Éste devolvió sus caricias e hizo unas rápidas presentaciones. Una de las muchachas era una Diana esteatopigia cuya imperfecta despigmentación había llenado su cuerpo de enormes pecas. Se colgó el cuello de Leif y susurró que le amaba.

—Mi moteada Beatriz, yo también te amo —respondió Leif, y la despidió con una palmada.

—Algún día debería examinar usted esa ligereza y ver lo que oculta —observó Crew.

Pese a la actitud bromista de Leif, el sudor que brotaba en profusión en su frente no podía explicarse por el calor del vapor. Estaba empezando a preguntarse dónde se había dejado meter. Aquella simple misión de piedad distaba mucho de ser simple.

Jim Crew tomó su mano y lo condujo a través de otra serie de habitaciones. Puesto que las paredes eran de cemento y pintadas con murales, muchos de los cuales se estaban descascarillando ya, Leif no podía decir para qué habían sido usadas antes aquellas estancias. En algunas, los suelos y paredes se habían abierto dejando entrar tierra, que rezumaba como sangre en una herida, o para mostrar dura roca detrás.

Cada lugar contenía una media docena o así de personas que saludaron a Jim demostrativamente y luego se levantaron para seguir a los dos hombres. En una ocasión Leif miró por encima del hombro. Habían formado una larga hilera, de dos de fondo, hombre y mujer, cada pareja cogida de la mano y apoyando las manos de el hombro de la persona que tenían delante. Los sexos estaban alternados, de modo que cada hombre tenía sus dedos extendidos apoyados sobre el hombro de una mujer delante de él, y cada mujer tocaba la piel de un hombre.

Se alzó un murmullo bajo; hombres y mujeres cantando alternativamente susurrados salmos y antífonas. Aunque no podía distinguir las palabras individuales, que estaba seguro que eran en suajili, sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Sonaba y daba la *sensación* de una tormenta acumulándose en las colinas, lista para desencadenarse, tensando el aire con los destellos de relámpagos en embrión.

Se alegró cuando al fin se detuvieron en la habitación donde estaba la niña. Estaba tendida sobre una cama, inconsciente. Un hombre y una mujer estaban agachados sobre ella, sujetando sus manos. A su lado había un negro alto, vestido de negro y con un cuello blanco vuelto del revés. Alzó la vista a Leif a través de unas gruesas gafas de montura de concha.

—Ah, doctor Barker —dijo; se alzó y tendió su mano. Leif se la estrechó mientras Crew le decía que era el reverendo Anthony Djouba, un miembro del Timbuctú clandestino, que era también médico. Los amigos de Crew no habían dudado en contactarle para ayudar a Anadi. Al parecer, las dos sectas trabajaban juntas de tanto en tanto.

Leif examinó el armazón de alambre y espuma de goma y yeso de secado rápido que mantenía unido el cráneo de la niña.

—Muy bien —dijo—. ¿Hizo usted esto, *abba*?

—Sí —respondió Djouba, con una voz fina y aguda—. Traje conmigo todos los materiales que tenía. No son mucho, pero ayudaron.

Leif examinó su maletín y estuvo de acuerdo con él. Luego miró el interior de la parte superior del armazón en torno a la cabeza de Anadi, y dejó escapar un suave silbido ante lo que vio. La niña hubiera debido morir instantáneamente. El que no lo hubiera hecho y el que aún siguiera con vida era para él prueba de que poseía algo

extraordinario. Por primera vez empezó a preguntarse si en realidad no habría algo más que una especie de magia negra modificada en toda esa charla acerca de «unir las manos».

Djouba miró por encima del hombro, hizo chasquear la lengua y dijo:

—Tiene trozos de hueso en el cerebro. Aunque la salvemos, doctor, me temo que quedará idiota.

Se pusieron a discutir impersonalmente lo que debían hacer, luego prepararon su instrumental. Leif empezó a esterilizar su equipo. Crew insistió en que no era necesario. Ninguno de ellos temía los gérmenes; sus cuerpos podían ocuparse hasta de los más virulentos. Leif le hizo guardar silencio. Él era el médico; él iba a hacer la operación. Le indicó que limpiara a fondo aquella mesa. Tan pronto como eso estuvo hecho, él y su amigo pusieron a Anadi sobre ella.

Levantar a la niña fue fácil, puesto que no pesaba más de cuarenta kilos. Inmediatamente después, Leif se puso al trabajo. Durante seis horas permaneció inclinado sobre el increíblemente roto cráneo y el dañado cerebro. Luego, exhausto, con las manos a punto de ponerse a temblar, extrajo el último fragmento de hueso y depositó sobre la materia gris una gruesa capa de jalea regeneradora. Djouba cerró entonces el abierto cráneo con un arco plástico. A este punto Crew protestó de nuevo de que la cubierta artificial no sería necesaria. Anadi, sostuvo, regeneraría con el tiempo su propio cráneo.

—En ese caso —respondió Leif, sin hacer ningún intento de ocultar su incredulidad— puede retirar usted la protección cuando lo desee. Pero me gustaría verlo cuando ocurra.

Djouba se quitó sus gruesas gafas y las limpió.

—Por mucho que odie darles a esta gente crédito por nada —dijo—, tengo que admitir que tal vez haga precisamente eso. Vi algunas cosas extrañas mientras era misionero en Bantulandia.

—¡Pero el hueso, doctor! Apenas puedo concebir que un ser humano pueda, a través de una autoconsciencia avanzada, redescubrir la facultad perdida de regenerar la carne. ¡Pero el hueso!

Djouba volvió a ponerse las gafas. Sus ojos se hicieron enormes tras los cristales.

—No he dicho que pueda. He dicho que tal vez. —Djouba sonrió a Leif.

—Me gustaría marcharme —dijo Leif, impaciente, sin el menor deseo de implicarse demasiado con aquella gente.

—¿No preferiría comer algo primero? —preguntó una de las mujeres. Era la Beatriz moteada.

—Sí, me gustaría —admitió Leif.

Djouba dudó.

—Es casi de la única forma en que podemos pagarle, *abba* —dijo Crew—. En

cuanto al futuro, ¿quién sabe?

—Anadi lo sabe —dijo la Beatriz moteada—. Ella siempre puede decir el futuro.

—Me quedaré —dijo Djouba. Luego, con una sonrisa—. Si ella puede mirar hacia delante en el tiempo, ¿por qué no evitó que el coche le aplastara el cráneo?

—Debió de tener una buena razón. Nos la dirá cuando cure. En cuanto al ahora, comamos.

Fueron a una habitación muy grande que Leif sospechó que había sido en su tiempo un vestíbulo de una antigua estación de metro. Allá se sentaron ante una sopa de langosta caliente, pan recién horneado, ñames al caramelo, plátanos y leche. La Beatriz moteada, que insistió en sentarse al lado de Leif, dijo que parte de la comida había sido robada o eran contribuciones de jacs conversos, pero que la mayoría les llegaba a través de un método secreto.

Por los indicios que dejó entrever, dio la impresión de que la comida llegaba por debajo del agua, quizás en una nave espacial que se deslizaba por debajo de la superficie del Sena hasta París y descargaba sus bodegas a través de una esclusa sumergida. Esto le sorprendió, porque pensaba que los bantúes no disponían de ninguna maquinaria complicada.

Mientras hablaban, la gente al fondo cantaba suavemente. Una vez terminada la comida y dadas las gracias, todos los bantúes cantaron la baja canción de preparación a la tronada que había erizado el vello de su nuca cuando fue conducido a Anadi. Mientras algunos retiraban los platos, los otros se situaron en la misma disposición por parejas hombre y mujer. Esta vez formaron seis círculos concéntricos. Cada círculo estaba enlazado al siguiente por un hombre y una mujer que se situaban de espaldas el uno del otro y mantenían sus palmas contra el pecho o la espalda de una persona en los anillos humanos.

Djouba, al otro lado de Leif, se agitó inquieto y dijo:

—Al menos podrían haber tenido consideración hacia mí y aguardar a que yo me hubiera ido. Después de todo lo que he hecho por ellos.

Dejó su cuchara sobre la mesa y se levantó.

—¿Qué ocurre? —dijo Leif.

Empezó a levantarse también, pero su pecosu compañera tiró de él hacia abajo.

—Amor, déjale marchar —canturreó.

—¡Tened algo de respeto por mis ropas! —gritó Djouba.

—¡Te queremos! —le llegó la respuesta.

—¡No quiero ese tipo de amor!

—¡Te queremos! —se estrelló la marea.

—¡Dios os perdone por esa blasfemia!

Sin oír, los círculos empezaron a oscilar hacia delante y hacia atrás, a girar en pequeños pasos y saltos.

Jim Crew saltó sobre la mesa que formaba el centro de los seis círculos. Agitó los brazos y gritó:

—¿Quién es nuestro amante?

La gargantas se convirtieron en un enorme megáfono que atronó en los oídos de Leif.

—¡Jikiza Chandu!

—¿Y a quién amamos?

—¡A Jikiza Chandu!

—¿Y quiénes somos?

—¡Jikiza Chandu!

—¿Y quién es él?

—¡Jikiza Chandu!

—¿Y quién ama al doctor Djouba?

—¡Jikiza Chandu!

—¡No, no! —gritó el timbuctuano—. ¡Cesad este ultraje! ¡Dejadme marchar!

—¿Y quién ama al doctor Barker?

—¡Jikiza Chandu!

—¿Y quién es Djouba?

—¡Jikiza Chandu!

—¿Y quién es el doctor Barker?

—¡Jikiza Chandu!

—¿Y quién es el amante y el amado, el dios y el hombre, el creador y el creado, el hombre y la mujer?

—¡Jikiza Chandu!

—¿Y qué es lo que dice Jikiza Chandu?

Ahora los círculos giraban más aprisa, más aprisa, la gente que los formaba impedía salirse hacia fuera uniendo fuertemente las manos. Sus rostros estaban contorsionados. Sus bocas eran amplias, sus labios echados hacia atrás. Sus ojos eran óvalos azules resplandecientes. Las aletas de sus narices se estremecían y resoplaban. Los dientes brillaban húmedos; la saliva resbalaba.

Hubo una súbita interrupción de los gritos que habían resonado y vuelto a resonar en las alejadas paredes; ahora sólo había el palmear de los pies desnudos contra el suelo y el sonido de sus roncas respiraciones. Los torsos se agitaban de tal modo que la carne ondulaba como ondas sísmicas. Las caderas giraban o golpeaban tan violentamente que parecía como si quisieran dislocar las pelvis.

Luego, siguiendo al audible inspirar del aliento, el visible hinchar de los pechos, una poderosa palabra fue lanzada contra las paredes y contra los oídos de todos los que dudaban.

—¡Amor!

—¡Amor! —gritó la Beatriz moteada.

Si bien, en un lugar distinto y bajo circunstancias diferentes, tal vez hubiera disfrutado de aquella ardiente mujer, ahora sólo tenía una idea, y fue la misma que Djouba: *¡salir de allí!*

En unos sesenta segundos había apartado, saltado, empujado, arrastrado y corrido por entre los cuerpos en movimientos, agitando los brazos y aferrando manos. Una vez alcanzó el otro lado, se volvió y vio que el chadiano estaba cerca detrás de él. Sus rasgadas ropas, arrancadas por la multitud, eran mantenidas contra su pecho por unas aferrantes manos.

—¡Dios me ayude! —jadeó Djouba—. ¡Eso es un nuevo tipo de martirio!

Leif había recuperado parte de su desprendimiento.

—¿Ahora es usted un santo?

El chadiano ajustó sus gafas. Recobrar la vista pareció aumentar su seguridad.

—Sólo es una forma de hablar.

Contempló la habitación.

—¡Indecible!

—Sólo están expresando su amor. Y tiene que admitir usted que no sólo no son hipócritas, sino que parecen tener afecto suficiente para todo el mundo.

—¡Burda carnalidad!

Djouba se estremeció y miró su propio cuerpo.

—Podemos conseguir ropas para usted en la entrada —dijo Leif, con cierta amabilidad—. Están muy usadas, pero mantendrán lejos los ojos osados y el frío.

—No puedo entender por qué me han hecho esto. Después de todo, impedí que su hija muriera hasta que usted llegó.

—Es un asunto de punto de vista. Todo esto es una acción de gracias porque ayudamos a salvarla.

—Observo que usted se mostró tan ansioso como yo de marcharse.

Leif se encogió de hombros y dijo:

—He sido educado en una cultura distinta de la suya, pero como usted, no he conseguido ajustarme a la de ellos. Tienen que tener algo. Aparte su desarrollo de los poderes psicosomáticos, poseen la sociedad casi más perfecta de la Tierra. Compárela con la de usted, doctor..., usted se burla de su religión y deplora sus costumbres sociales, pero tiene que admitir que en su tierra nativa del Chad hay muchos criminales, asesinos, pobres y tullidos. Y en la suya casi ninguno.

Djouba empezó a rebuscar en los colgadores las ropas más limpias que pudo hallar. Respondió, rígido:

—Eso no tiene nada que ver con esto. Ya vio usted lo que ocurrió en esa habitación. ¿Cree que el Fundador de nuestra iglesia, el Uno que ellos afirman que es también suyo, lo aprobaría?

—No lo sé. ¿Quién lo sabe? Pongamos su país y el de ellos en la balanza: ¿quién baja, y quién sube? Yo digo: juzga una acción por sus efectos sobre la gente. Lo que ellos hacen no daña a nadie en su sociedad. El mismo comportamiento en nuestros territorios causaría daño.

—Puedo ver que no sirve de nada discutir esto con usted. Hay un absoluto, ¿sabe?

—No, no lo sé. ¿Un absoluto qué?

La respuesta fue un absoluto silencio, que colgó pesado hasta que apareció Jim Crew. Contrariamente a lo que esperaban, no parecía avergonzado o exhausto. Su paso era vivo; su rostro radiante.

—Ah, doctores, espero que lo hayan pasado bien. Y, si alguna vez podemos ayudarles, llámennos. El amor no conoce fronteras; debemos ayudar a nuestros semejantes. Su escolta, doctor Djouba, estará aquí en un minuto. Y le llevaremos de vuelta a la superficie, doctor Barker, por otra ruta. A través del sótano de un palacio de purificación reservado para la jerarquía, la Morada de los Bendecidos.

**E**RA cerca del amanecer cuando Leif entró en el Hospital de la Piedad Rigurosa. El medio dormido uzzita de guardia en la puerta del personal enfocó el lámed con su linterna y luego le dijo al médico que pasara.

Animado por la falta de precauciones, Leif subió al ascensor y lo envió directamente al ático. Cuando llegó al pasillo no encontró, como había esperado, a otro guardia delante de su puerta. Tras abrir la puerta descubrió por qué.

La casa estaba vacía; Halla y Ava no estaban.

No perdió tiempo; llamó de inmediato a Rachel por el QB. Con el pelo metido en rulos, envuelta en una gastada bata blanca, su secretaria respondió. Cuando le vio, sus ojos echaron a un lado el sueño y se abrieron en plena atención.

—¡Muy bien, Rachel! —restalló Leif—. Dígame rápidamente qué ha ocurrido.

No añadió que deseaba la información antes de que Candleman pudiera llegar hasta él. Era más que probable que un uzzita estuviera escuchándole en aquel momento.

Rachel jadeó que creían que había sido secuestrado; ¿cómo, en nombre de Sigmen, había conseguido escapar? Cuando él le dijo que no importaba, que simplemente le explicara qué había ocurrido, ella le respondió malhumorada que no sabía lo que deseaba saber. Él se tiró del pelo y gritó que si no le decía de inmediato dónde estaban la señora Dannto y Ava, saltaría a través del QB y le arrancaría los miembros uno a uno.

Rachel respondió que estaban en Montreal. Después de que Leif hubiera sido supuestamente secuestrado por Jacques Cuze, Candleman había insistido en que Halla Dannto y su esposa tomaran el cohete canadiense. También deseaba que Ava fuera con ellos como enfermera de la mujer. Todos tres, juró, estaban en peligro. Y, aunque Ava se había negado al principio, finalmente cedió.

Leif pensó que Ava debía haber tenido fuertes razones para hacerlo. De alguna forma había llegado a la conclusión de que necesitaba estar junto a Halla.

A petición suya, Rachel abandonó su pequeña habitación y fue a la oficina. Regresó con un libro que listaba los asuntos de aquel día. Después de leerle los registros de las llamadas por el QB y el correo, llegó a un asunto que le interesó. Aquel estúpido de Z. Roe, como lo llamaba Rachel, había llamado por el QB para saber si tenía que presentarse para otro eegie por la mañana. Y ella ya le había dicho que no dos veces antes.

Así que Zack le estaba buscando. Probablemente con órdenes de todo tipo, desde un informe completo de lo que había ocurrido hasta una orden de que se presentara a un consejo de guerra de campaña. Desde hacía tiempo Leif sospechaba que ese viejo

de pelo gris era cualquier cosa menos la nulidad que parecía, que de hecho era su superior. Aunque Leif siempre se había considerado a sí mismo como el líder del CGF parisino, de tanto en tanto tenía pruebas de que sus decisiones eran revocadas y de que alguien le estaba controlando. En cierto modo, había sido risible que los lindanos hubieran absorbido tantas de las suspicacias de la misma gente contra la que estaban luchando.

Ahora, Leif vio muy poco humor en la situación.

—¿Algún mensaje de Ava? —preguntó.

—No, doctor Barker.

Miró el pálido rostro sin maquillaje de Rachel y los rulos, y se preguntó si alguna vez ella se habría sentido interesada por él.

—Puede volver a la cama —dijo gentilmente—. La veré por la mañana.

Cuando la imagen desapareció, se preparó un poco de café y, sobre el hirviente líquido negro, decidió contactar a Zack Roe tan pronto como fuera posible. Antes de haber vaciado la taza oyó a alguien abrir su puerta. No podía ser Ava, así que estaba preparado cuando entró Candleman.

El rostro del uzzita era como siempre, el largo y estrecho cráneo y la recia mandíbula formando un lecho de roca para la rígida carne. Su delgada figura se movía un poco a sacudidas, lo que hizo a Leif pensar en una marioneta. Candleman, imaginó, era a la vez amo y muñeco, parte de él aposentado encima de sí mismo, controlando con cuidado la parte que estaba sobre el escenario, pero nunca capaz de ocultar los hilos ni mover los miembros con suavidad viva.

Leif, preparado para cualquier cosa excepto para lo que ocurrió, se sorprendió cuando Candleman hizo calmadamente una pregunta con voz monótona acerca de las experiencias de Barker con Jacques Cuze.

Eso puso a Leif sobre la curda floja. Podía ocultar la existencia de los camaradas de Jim Crew con una mentira. Por otra parte, Candleman podía saber más de lo que parecía; podía estar tendiéndole un cebo.

Leif decidió su historia casi tan pronto como el uzzita dejó de hablar y se inclinó hacia delante, con su afilada nariz ansiosa, su labios como un pico de papagayo apretados y sus ojos grises entrecerrados.

—Tiene razón, Candleman —dijo, y le dio lo que deseaba oír.

El uzzita se puso en pie. Sus ojos, normalmente sin lustre como el pelaje de una rata, brillaron, y su voz se alzó.

—¿Así que este hombre que le obligó a punta de pistola a operar a su hija dijo llamarse Jim Crew? ¿No puede ver usted lo que yo veo? ¿No? ¡Piense, doctor, piense! ¡Las iniciales!

Leif golpeó la mesa con el puño. El café salpicó el plástico.

—¡Por el fin del tiempo! —maldijo—. ¡Así que son ellos!

—Absolutamente. Ha dicho usted que esa gente tenía un aspecto extranjero, y que hablaban en una lengua que no era ni haijac ni hebreo. ¡Debía de ser francés! ¡Sigmen, me gustaría saber algo de esa lengua!

*Espero que nunca te tomes la molestia de estudiarla*, pensó el médico.

Candleman empezó a pasear de un lado para otro. Agitaba ligeramente el látigo de siete colas.

—Doctor, mi inclinación natural sería reunir a todos mis hombres disponibles y organizar una caza del hombre a una escala nunca hecha hasta ahora. Pero no voy a hacerlo. Jacques Cuze es un zorro viejo; permanecerá bien oculto durante un tiempo. Y no tengo la menor duda de que se ha trasladado del lugar que usted describe.

En aquel momento el QB brilló, y la voz de la operadora dijo:

—Una llamada de Montreal, doctor Barker.

Leif dio su conformidad y vio el cubo transformarse en una habitación en la que estaban sentados el sandalfón, Halla y Ava. Dannto dijo:

—¡Barker! ¡Candleman llamó y dijo que estaba usted de vuelta, alabado sea Sigmen! No, no se explique ahora. Tomen los dos un especial y vengan aquí de inmediato. Su ayudante se hará cargo de sus deberes. Quiero que examine usted a Halla. Se queja de dolores en el plexo solar. También queremos oír su historia cara a cara, y más tarde podemos ir a la gran propiedad del metatrón Wong en los bosques para relajarnos un poco. Eso es todo. Que su futuro sea real.

El cubo parpadeó y volvió a la transparencia.

Leif se levantó para protestar, porque deseaba saber algo más de Halla y Ava. Su corazón también pulsaba por el deseo de ver de nuevo a la mujer pelirroja.

Candleman se puso en pie y dijo:

—Desde que su esposa ha regresado, Dannto vuelve a ser el mismo de antes.

—¿Desde que ella ha regresado?

—Sí, se habían separado justo antes de su «accidente». Supongo que ella deseaba algo y él no quería dárselo. Así que ella se trasladó a otro apartamento. Ya ha ocurrido otras veces antes. Y siempre el que cede es el sandalfón. —El uzzita bufó—. Puedo recordar cuando ninguna mujer se hubiera atrevido a algo así. O bien sería barrida o enviada a H. Pero esta mujer le ha hecho perder los sentidos.

—¿Está criticando usted a la cabeza visible de la Sturch? —dijo Leif suavemente.

—No tiene usted ningún registro de mis palabras —respondió Candleman—. De todos modos, Dannto sabe lo que siento acerca de la influencia de esta mujer sobre él.

No dijo nada más mientras Leif preparaba sus cosas. Finalmente, los dos salieron al tejado del hospital y aguardaron el especial. Cuando se posó a su lado, entraron y se sentaron el uno al lado del otro. Candleman guardó silencio durante todo el viaje. En una ocasión, se levantó, miró a Leif y dijo:

—Doctor Barker, parece ser usted muy feliz, libre y tranquilo. ¿Es debido a que

tiene una espléndida esposa?

Luego, antes de que el sorprendido médico pudiera responder, el uzzita añadió:

—Retiro eso. Por favor, discúlpeme. No tengo ningún derecho a preguntar. —Y murmuró—: No en el ejercicio de mi deber, ¿sabe?

Barker se preguntó que pasaba por detrás de aquel rubio rostro de Dante. Deseó poder apuntar el captador sobre él.

Ese deseo condujo a otro, que era su deseo de saber si Trausti y Palsson habían sido interrogados o no. Si lo habían sido, debían de haber certificado las sospechas de Candleman acerca del comportamiento de Leif. Posiblemente Candleman estaba apartándole de París a fin de que no pudiera hacer nada con los dos informadores. Y podía haber convencido a Dannto de que invitara a Leif a Montreal para así poder observarle mientras estaba con Ava y Halla.

Se demoró en la belleza pelirroja y en qué podía ser exactamente. Meditó sobre sus orígenes, y durante sus especulaciones se dio cuenta de que lo abandonaba todo excepto un pensamiento: se sentía fascinado por ella como nunca se había sentido fascinado por ninguna otra mujer, y tenía que estar a su lado.

Por mucho que se resintiera de su irresistible atracción, tenía que acudir a ella. Quizá la polilla experimentara esta pasión hacia la llama; sin embargo, la polilla volaba directamente a ella.

Poco antes de que aterrizaran en el aeropuerto, uno de los lugartenientes de Candleman pidió permiso a los dos lámeduianos para conectar el QB para escuchar el canal de noticias. El locutor apareció en mitad de una frase. Estaba describiendo un reciente tumulto en Chicago en el que un hombre había sido hecho pedazos por la enfurecida multitud. Parecía que el culpable había dicho que no creía que el Día que se Detendrá el Tiempo estuviera cerca en absoluto. Según Sigmen, o eso afirmaba, las condiciones en la Haijac serían perfectas antes de que él llegara de sus viajes por el tiempo. Este hombre no creía que las condiciones se acercaran ni remotamente a la perfección.

—Inmediatamente después —trompeteó el locutor—, una enfurecida multitud vengó este insulto a la Unión, a la Sturch y a Sigmen, real sea su nombre. Y ahora, buenos ciudadanos, les llevaremos... —y la escena en el cubo se disolvió. Cuando volvió a enfocarse, mostró una calle vacía excepto unos cuantos uzzitas. Rodeaban un charco de sangre y una pierna arrancada tirada junto a un bordillo.

Leif miró atentamente antes de que la visión se desenfocara. Cuando se echó hacia atrás en su asiento sonrió. Su ojo clínico había observado de inmediato que el miembro no había sido arrancado, sino expertamente cortado. Indudablemente aquello era una de las presiones propagandísticas de la Sturch. Un montaje.

Dudaba que ninguna multitud en la Haijac fuera capaz de reunir suficiente entusiasmo u organización como para linchar a un hombre. El ciudadano ordinario

estaba demasiado atareado trabajando día y noche para vestirse y alimentarse y estaba demasiado asustado ante la posibilidad de ir a H como para hacer un movimiento sin aprobación previa.

Para impedir quedarse dormido, Leif le preguntó a Candleman lo que le había dicho la señora Dannto acerca de su accidente.

—Su historia es más o menos lo que sospeché que sería —dijo Candleman.

Hizo una pausa para hacer chasquear sus correosos labios y continuó:

—Todo lo que sabe es que recibió una llamada por el comunicador. No reconoció la voz, y el hombre que hablaba dijo que el QB de su lado no funcionaba. Ella le creyó porque eso es algo que ocurre con frecuencia. El hombre dijo que se llamaba Jarl Covers —el uzzita miró significativamente a Leif—, y que era uno de mis lugartenientes. Eso, por supuesto, era una mentira. La señora Dannto hubiera debido comprobar si había realmente un Covers entre mis fuerzas.

»El hombre dijo que deseaba reunirse con ella para hablar de un complot contra la vida de su esposo. Covers afirmó que había topado con él pero que no podía acudir a sus superiores porque algunos de ellos eran los instigadores. Supongo que el tipo intentaba arrojar las sospechas sobre mí. Puesto que Dannto se hallaba en Montreal, Covers deseaba hablar con la esposa de Dannto. Ella se sintió aterrada e incapaz de pensar a derechas. Subió a un taxi para acudir al encuentro de Covers. El hombre que tengo destacado para protegerla mientras su esposo está fuera estaba respondiendo otra llamada, presumiblemente de un cómplice de «Covers. Esa fue su historia; en estos momentos está siendo interrogado muy a fondo al respecto.

»Eso es todo lo que sabemos.

Leif se había preguntado qué historia proporcionaría Halla. Era buena, porque despertaba las sospechas de Candleman hacia Jacques Cuze y lanzaba un montón de cálida bruma ante su por otro lado frío y claro pensamiento. Y la historia no podía ser comprobada, porque las llamadas a la casa del sandalfón no eran monitorizadas.

Quedaba un misterio. ¿Quién *había* llamado a la Halla original para conducirla a su muerte?

Se quedó dormido preguntándose esto. Despertó cuando el aparato se preparaba para tomar tierra. Candleman dijo que acababan de recibir la indicación de ir directamente a la propiedad del metatrón en los grandes bosques. Leif volvió a dormirse y no despertó hasta que se abrió la puerta. Bostezando, parpadeando, salió al cálido sol del mediodía canadiense. Un vehículo les recogió y les llevó en un minuto a la mansión de verano de la cabeza política de Norteamérica.

Los dos hombres se hallaron en medio de toda una fiesta. La mayoría de las personalidades más importantes de la Haijac estaban reunidos en el jardín delantero. Sus esposas y amantes estaban allí también; todos iban con atuendos de caza. Leif fue recibido por Dannto y Halla y presentado a todo el mundo. Su reputación como

cirujano cerebral era amplia, y la mayoría habían oído hablar de él.

Luego le proporcionaron ropas de caza, un rifle y munición. Mientras se vestía tras un biombo, les proporcionó al sandalfón y a otros reunidos en la habitación la misma historia que le había contado a Candleman. Cuando terminó, Dannto dijo:

—Tuvo usted suerte de que no le mataran luego.

Luego se volvió a Candleman y dijo:

—Supongo que todavía insistes en que este Jim Crew es Jacques Cuze. Qué ridículo puedes llegar a ser. Cualquiera que no sea un monomaniaco puede ver que estas iniciales corresponden a Jude Changer.

Hubo un murmullo de asentimiento, porque la mayoría eran urielitas. Candleman no cambió de expresión, pero Leif tuvo la sensación de que había resentimiento por su parte.

Examinó al hombre.

No hacía mucho, pensó, los gobernadores de la Haijac eran hombres contruidos como Candleman, altos, huesudos, con largos rostros estrechos y labios hoscos. Ardían día y noche con celo por el Sturch, y en ningún momento podía atraparles nadie en un acto irreal.

Ahora habían sido reemplazados por hombres como Dannto, el tipo mucho más bajo, mucho más recio y mucho más parlanchín de ejecutivo. Aunque hablaban de principios abstractos, era mucho más fácil hallarlos ocupándose de los más inmediato y conocido. Y, como ahora, podías oler en ellos el aroma del muy buen licor, y podías ver que habían elegido a sus mujeres no por las virtudes tradicionales de frigidez y fertilidad y fidelidad al Sturch, sino por sus labios rojos y sus figuras llenas y su devoción a sus hombres.

Leif regresó al jardín. Allí tuvo oportunidad de hablar por un momento con Ava y Halla. El único que estaba cerca era el uzzita, y se hallaba fuera del alcance de sus voces.

—¿Dijo Zack Roe o alguien alguna cosa acerca de que yo había ido bajo tierra con Crew? —preguntó Leif.

Ava sonrió de una forma extraña.

—No, nadie sabía dónde estabas.

—No podía contactar contigo por el QB. Sabes eso.

—Leif, no me gustaría estar en tus zapatos. Y todo a causa de ella.

—Ava hizo un gesto hacia la mujer.

—No necesita mostrarse tan despectiva —gruñó Halla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leif.

—Me hice algunas preguntas acerca de ella —respondió Ava—. Así que, mientras tú estabas fuera y ella dormía, la examiné. Eso fue suficiente para impulsarme a tomarle algunos rayos X. Cuando despertó, hice que me dijera lo que

era.

—Y lo hice —indicó Halla, con voz muy baja pero muy rápida—. Y Ava retrocedió como si yo fuera una araña venenosa. Actuó como si me odiara y deseara verme muerta. Fue entonces cuando me dijo que mi hermana estaba muerta.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó Leif. Sintió que su rostro ardía y sus manos se volvían frías.

Ava se agitó inquieta, pero finalmente le miró directamente a los ojos.

—Deseé que descargara entonces su dolor. Si descubría por accidente lo que le había ocurrido a la auténtica Halla, podía verse abrumada en un momento donde no pudiera explicarlo. De modo que le di la oportunidad de desahogarse. No tenía ansiedades arraigadas que reprimieran su dolor, así que se liberó de él en cosa de media hora. Ahora ya no hay nada de lo que preocuparse.

—Tiene la mentira en los dientes —restalló la pelirroja—. Me odia a causa de lo que he estado haciendo. Sin embargo, ha sido por nuestro país. Me dijo lo de mi hermana a fin de causarme daño. No lo olvidaré.

—Cuidado —dijo Leif—. Se acerca Candleman.

En un aparte, le susurró a Ava:

—A la primera oportunidad que tengas, cuéntamelo. Ava asintió, miró a Halla y dijo:

—Ni siquiera querrás tocarla cuando te lo explique, Leif. O quizá sí, siendo lo que eres.

Halla se dio bruscamente la vuelta, pero no antes de que Leif viera las lágrimas...

Su oportunidad de hablar con Ava llegó después de que fueran transportados unos cientos de kilómetros al pabellón de caza.

**A**NTES de salir para la caza, el grupo recibió instrucciones de Lwi Rulo, el guía jefe. Les dijo que sus presas serán neanderthaloides importados del tercer planeta de la estrella Gemma. Los neanderthaloides eran la forma de vida dominante de Gemma III, y eran potencialmente tan inteligentes como los terrestres. Pero, cuando se posó la primera nave espacial de la Unión Haijac, los gemmanos se hallaban en un estadio cultural más o menos correspondiente a la Edad de Bronce de la Tierra. Es decir, la cultura más desarrollada de Gemma estaba a este nivel. Pero la mayor parte del planeta se hallaba todavía en la Vieja y/o Nueva Edad de Piedra, y los gemmanos importados para la caza pertenecían al estadio neolítico. Habían sido soltados, desarmados, hacía varias horas. Pero el cuarzo y el pedernal se hallaban disponibles en aquella región, y los gemmanos podían en muy poco tiempo tallar una lanza y cabezas de flecha y armarse. Así, aunque equipados con armas inferiores, eran presas peligrosas, que no había que tratar con desdén.

—Sólo el año pasado dos miembros de nuestro equipo de caza resultaron muertos y uno herido —dijo Lwi Rulo—. El urielita Gundarsson fue atravesado por una flecha. El uzzita Smith fue destripado por una lanza, y su esposa fue herida en el hombro.

Leif sonrió. El urielita Gundarsson había sido muerto por un hombre del CGF de Linde disfrazado de gemmano. El lindano había disparado al jac con una flecha de madera con punta de pedernal, pero el arco era de arce laminado y fibra de vidrio. El lindano estaba emboscado en los arbustos a un centenar de metros del lugar donde había enviado la flecha a través del pecho del hombre. Luego el arquero se había desvanecido en los bosques canadienses y había sido recogido por un avión. Más tarde, un lindano en la jerarquía había ocupado los zapatos del hombre muerto, desde donde se hallaba en mejor posición de causar más daño a la Unión Haijac.

Lwi Rulo terminó sus instrucciones advirtiéndole al grupo que no debían dispersarse sino permanecer juntos. No habría batidores delante de ellos para levantar la caza.

El grupo emprendió la marcha, charlando como si fueran a cazar conejos. El cálido sol del verano ardía sobre ellos, los árboles eran altos y verdes, los pájaros cantaban, todo parecía correcto en el mundo. En poco tiempo habían olvidado las palabras de Rulo y se habían separado en pequeños grupos y parejas que gradualmente derivaban lejos unos de otros.

Leif había estado aguardando a que ocurriera esto. Hizo un gesto a Ava hacia un lado.

—Bien —dijo ansiosamente—. Cuéntame lo que descubriste de Halla.

—Halla, o mejor Erica, porque ése es su auténtico nombre, es una de nosotros..., aunque odio decirlo. Pertenece al CGF. Lo mismo que su hermana gemela. Formaban parte de un grupo entrenado para hacer su trabajo entre la jerarquía. Y con mucho éxito además, aunque las desprecio por lo que están haciendo. Leif, la guerra es un asunto sucio, ¡pero nunca pensé que fuera tan sucio! ¡O que nosotros fuéramos los que cayéramos tan bajo!

—¿Haciendo qué? —dijo Leif—. ¿Por qué estás tan amargada? ¿Es Halla una extraterrestre? ¿Qué hay de malo en usarlos si pueden ayudarnos? Vamos, cuéntamelo.

—No, ellas no son ETs —dijo Ava entre dientes apretados—. ¡Desearía que no fueran humanas! ¡Entonces habría alguna disculpa para que hicieran su sucio trabajo!

»Al parecer, las ciencias biológicas en nuestro país se hallan más adelantadas incluso de lo que habíamos pensado. Llevas tanto tiempo entre los jacs que has perdido el contacto con los últimos desarrollos en Linde. Aunque dudo que ni siquiera tú hubieras oído nada de eso, porque debe de ser un proyecto supersecreto.

—¿Te refieres a que esos órganos fueron desarrollados en nuestros laboratorios, y que fueron implantados quirúrgicamente en Halla y en la otra mujer?

—Shib.

—Pero, ¿para qué son esos órganos?

—Camina más lento —dijo Ava—. Estamos alcanzando a los Dannto.

Leif disminuyó el paso. Miró hacia delante, donde estaban Dannto y Halla con algunos otros urielitas y sus esposas. Se habían detenido mientras un guía buscaba en los densos matorrales para asegurarse de que no había gemmanos escondidos allí.

—No puedo explicarlo todo en una o dos frases —dijo Ava con voz suave—. Pero intentaré resumir. Aunque puede que te parezca que no llego al fondo del asunto tan rápido como debiera.

»Sabes que una de las bases de la cultura haijac es la represión de los instintos sexuales, el deliberado entrenamiento de los niños, y en consecuencia de los adultos, a considerar el sexo como un mal necesario. No tiene que haber placer en el acto, ni aunque se haga con la propia esposa o esposo. Por supuesto, estoy de acuerdo con los jacs hasta cierto punto. Es un acto inicuo si se hace fuera de los vínculos del matrimonio. Pero es santo entre esposo y esposa...

—Conozco tus creencias. Háblame de esas mujeres.

—En primer lugar, tengo que decirte por qué esas mujeres existen. La teoría jac es que la gente muy reprimida sexualmente es más dócil y en consecuencia manejable por un gobierno totalitario. En efecto, se hallan castrados. Y poseen una personalidad como la que desea la Sturch. Estrechos de mente. Rectos. Dedicados a la Sturch. Suspicious. Dispuestos a traicionar a la Sturch a cualquier desviacionista sospechoso. Desgraciadamente para la gente implicada, uno de los resultados de esa represión es

la frigidez, la impotencia.

»Por impotencia no me refiero tanto a la incapacidad de realizar el acto sexual como a la incapacidad de tener un orgasmo completo o satisfactorio. El orgasmo es algo de lo que hay que sentirse avergonzado. De hecho, como sabes, la Sturch aprueba la inseminación artificial. Pero, por poderosa que sea la Sturch, no se ha atrevido a convertir la inseminación artificial en una ley. Tiene que limitarse a recomendarla y arreglar las cosas de modo que sólo aquellos que la practiquen consigan éxito en la Unión. Teóricamente, no puedes ser portador del lámed a menos que renuncies al acto sexual. Pero...

—¡Ve al grano! —restalló Leif.

—Shib. Estoy intentándolo. Si el impulso sexual es distorsionado, tiene que haber una salida en alguna parte. Y la hay. El sexto es sublimado en fanatismo y odio. De ahí la facilidad con que un jac traiciona a sus semejantes. De ahí los pogroms patrocinados por el gobierno contra los llamados irrealistas.

—¡Espera un minuto! —dijo Leif. Había estado observado un grupo de matorrales de densas hojas, algunas de cuyas ramas se movían de una manera sospechosa. Aunque estaba decidido a escuchar a Ava, no deseaba que Halla fuera asaltada por un gemmano.

Un guía detuvo de nuevo al grupo mientras exploraba los matorrales. Al cabo de unos pocos minutos hizo una seña a los cazadores de que podían seguir adelante.

—Candleman nos está observando —indicó Leif—. Estará aquí dentro de poco, y no tendremos oportunidad de hablar.

—Algún genio perverso en el Cuerpo de la Guerra Fría —dijo Ava— concibió una idea para aprovechar la frigidez del macho haijac. Algún genio biológico. Creó ese órgano que hallaste en la mujer muerta. Ya sabemos que somos capaces de crear formas inferiores de vida. Este órgano no resultó tan difícil de desarrollar en el laboratorio como el profano podría pensar. Especialmente puesto que fue designado para un simple propósito.

Ava se detuvo, porque en alguna parte a su derecha se produjo una conmoción. El viento les trajo gritos y un alarido. Luego, el rápido disparar de rifles.

—Han hallado a uno de los pobres diablos —dijo Ava—. Será mejor que terminemos esto lo antes posible.

»Este organismo —prosiguió en voz muy baja— fue diseñado para ser una batería bioeléctrica. Liberaba un flujo de corriente eléctrica durante la excitación de la mujer en la que era implantado.

—¡Ah, ya veo! —dijo Leif—. Y causaba que el hombre tuviera un orgasmo completo. La corriente fluía del cuerpo más cargado, el de la mujer, al menos cargado, el del hombre. Y la corriente era lo bastante fuerte como para romper los reflejos condicionados que causaban la frigidez masculina. ¡De buen o mal grado,

tenía, por primera vez en su vida, una reacción natural y completa a la relación sexual! Y, por supuesto...

—Por supuesto, no iba a permitir que la mujer responsable de ello se apartara de él. La mujer conseguía así una gran influencia sobre él. Y la mujer, por supuesto, era una agente de Linde.

—¡Qué brillante idea! —exclamó Leif.

—Es lógico que la admires —dijo Ava amargamente—. Creo que es perversa y aborrecible.

Por una de las pocas veces en su vida, Leif se sintió asombrado.

—¿Estás objetando sobre una base moral? ¿Por qué? ¡Esto es la guerra! No pones objeciones a matar en la guerra. ¡Dios sabe que has matado a un buen número de jacs en los últimos diez años!

—Matar por tu país es una cosa —dijo Ava—. Pero este..., este uso de la fornicación como un arma..., ¡es inexpresable!

Leif alzó las manos en un gesto de disgusto y desesperación.

—¡Renuncio!

Hizo una pausa y frunció el ceño como si estuviera pensando profundamente. Luego enrojeció y dijo:

—Acaba de ocurrírseme algo. Puede que el CGF no haya pensado en ello. ¿Es Halla virgen? Si lo es, ¿cómo piensa explicar su virginidad a Dannto?

Ava veló sus negros ojos y dijo:

—Ya me ocupé de eso.

Leif sujetó el esbelto brazo y lo apretó tan fuerte que Ava dejó escapar un grito de dolor y soltó el rifle.

—Tú..., ¡tú! —se atragantó Leif—. ¿Cómo?

—Quirúrgicamente, por supuesto. ¿Qué habías pensado?

—Sabes lo que había pensado.

—¿Qué te ocurre, Leif? ¿Estabas planeando...?

—Silencio. Ahí viene Candleman.

Ava se inclinó y recogió el rifle. El uzzíta, que llevaba el suyo en el hueco de su brazo, se dirigió hacia ellos con su habitual actitud encogida. Abrió la boca para decir algo, pero se vio interrumpido por un grito.

Los tres se dieron la vuelta. La voz había sido la de Halla Dannto; ahora, la mujer era incapaz de hablar. Paralizada, se sujetaba la garganta con una mano y señalaba con la otra.

Leif echó una mirada a la embrutecida figura vestida con pieles que cargaba contra ella lanza en ristre y alzó su rifle. Hasta entonces no había tenido intención de disparar contra los gemmanos importados para ese deporte propio de Nerón. Había esperado que alguno de los neanderthaloides pudiera mutilar o matar a alguno de sus

cazadores jacs; sería lo que se merecían.

Ahora no vaciló, sino que, en un fluido movimiento, alzó el cañón del arma, apuntó un poco más arriba del pecho del gorila, y apretó el gatillo. El rifle era un calibre 45 sin retroceso; apenas notó la sacudida. Antes de que pudiera disparar de nuevo oyó el estallido del de Candleman, sólo un poco más tarde que el suyo, y vio al gemmano caer de lado.

Dannto había saltado delante de Halla. Ahora, al ver al hombre mono agitarse en el suelo, permaneció allí, pálido y tembloroso. Candleman, sin embargo, corrió y colocó la boca de su cañón contra el rostro vuelto arriba, y lo hizo pedazos con disparo tras disparo.

Leif pudo ver que Halla no estaba herida. No malgastó tiempo preguntándole si estaba bien, como Dannto estaba haciendo. En vez de ello, se inclinó sobre el cadáver.

Ava le siguió y dijo:

—¿Dónde obtuvo esas tiras de cuerpo para atar la punta de la lanza al mango? Y, si observas bien, el mango es de madera curada.

Candleman se volvió a tiempo para oír la última de esas observaciones.

—Uno de los enemigos del sandalfón hizo indudablemente eso —dijo—. Ordenaré una investigación inmediata de los sirvientes que manejan a esos gemmanos.

Los Dannto avanzaron y contemplaron el cadáver. Halla estaba muy blanca. Los labios eran manchas escarlatas.

Leif miró a los demás. Ninguno de ellos parecía ver lo que él había visto. Decidió guardar silencio. De todos modos, para satisfacer por completo su curiosidad, se arrodilló y examinó el cuerpo con más atención. Alzó la piel de animal envuelta en torno al torso, vio algo que no esperaba y la dejó caer. Cuando se levantó, sus labios estaban fuertemente apretados, como si estuviera teniendo problemas para contenerse.

Ava, sensible a sus acciones, vio que estaba preocupado, pero no dijo nada hasta que estuvieron de nuevo un poco separados de los demás.

—¿Qué viste, Leif?

—¿No observaste las proporciones de piernas y brazos del cadáver? —dijo Leif—. Los brazos de un gemmano, comparados con los de un hombre, son cortos, del mismo modo que las piernas. Los huesos de los antebrazos están arqueados para servir como fijación para los poderosos músculos. Las vértebras del cuello son curvadas a fin de que el gemmano, como el mono, pueda doblar su cuello hacia atrás para mirar hacia arriba. Hay otras diferencias, pero no entraré en detalles.

»Ese tipo tenía unos brazos y piernas más largos de lo debido. Su cúbito y su radio eran rectos como los de un hombre. Su cuello, aunque tan grueso que casi no

existía, era completamente capaz de doblarse hacia atrás. En pocas palabras, era un hombre. Apostaría a que, si su rostro no hubiera sido destruido, hubiéramos visto que llevaba pseudopiel para hacer que pareciera neanderthaloide.

»Pero eso no era todo. Alguien deseaba disfrazar su auténtico propósito. Tenía unas pequeñas JC tatuadas en su vientre.

Ava se lo tomó con calma.

—Evidentemente, si era muerto, Cuze o Changer hubieran cargado con la culpa. Pero, ¿y si no lo era?

—Cinco contra uno a que tenía el habitual diente falso con veneno. Observarás que fue a por Halla. ¿No se relaciona esto con el «accidente» que sufrió su hermana?

—¿Qué piensas? La cuestión es, ¿por qué esos atentados contra su vida? ¿Por qué la culpa recae sobre Jacques Cuze?

—Sintoniza el próximo capítulo y lo descubrirás —dijo Leif.

—¡Sé serio! ¿Por qué no les dices a los demás lo que has descubierto?

—Escucha, quienquiera que puso a ese hombre para que intentara asesinar a Halla tiene que estar cerca. Deseaba poder matar al hombre para, si era atrapado, cerrarle la boca. Quizás había planeado hacerlo de todos modos. Los cadáveres no hablan. Quienquiera que deseaba a Halla muerta estaba premeditadamente cerca.

—Eso incluye sólo a dos docenas de personas. ¿Qué hay de Candleman? Se apresuró a destruir el rostro del hombre. Me da la impresión como si intentara ocultar la identidad del tipo.

—Candleman disparó casi al mismo tiempo que yo. Si estuviera detrás del asunto, hubiera aguardado a que la lanza estuviera enterrada en el cuerpo de Halla. Y destrozarle el rostro no oculta nada. Siempre hay las huellas dactilares. Pienso en conseguirlas más adelante y efectuar algunas comprobaciones a partir de ahí. Además, volviendo a Candleman: aunque no le gusta Halla, es muy devoto de Dannto.

—Leif, el hombre que mató a la primera Halla estaba en París. Esto es Canadá. Tuvo que venir aquí cuando lo hicimos nosotros. ¿Quién vino con Dannto? ¿Quién vino contigo?

—Hay al menos veinte personalidades que vinieron de Europa a invitación del metatrón. ¿Quieres que los interroge a todos?

—Todo lo que podemos hacer es aguardar otro intento.

—Eso debería de hacerte feliz. Odias a Halla, de todos modos.

—Sí, pero ella pertenece al CGF.

—No olvides eso —dijo Leif—. Estáte por ahí y consigue esas huellas dactilares, si puedes. En cuanto a mí, tengo trabajo que hacer.

Se dirigió osadamente a donde estaba Halla, sentada sobre un tocón, con Dannto a su lado, sujetando su mano.

—La señora Dannto ha sufrido un shock —dijo Leif—. No debería proseguir la caza. Yo no estoy realmente interesado en todo este disparar, y puesto que soy su médico, la llevaré de vuelta a casa del metatrón. ¿Quiere venir con nosotros, sandalfón? Si no, realmente no es necesario.

Era evidente que Dannto deseaba estar con su esposa. El doctor, sin embargo, había dicho delante de una docena de altos oficiales que no era necesario que fuera con ella. Eso era malicia premeditada; Leif sabía que el urielita consideraría un asunto de honor seguir con la caza. Temería que los otros pudieran pensar que estaba demasiado nervioso por el ataque por sorpresa.

Así, como Barker había supuesto que haría, Dannto dijo con voz excesivamente fuerte que él, personalmente, deseaba matar a todos los gemínanos que se ocultaban ahora en los bosques canadienses. Los otros que estaban de pie a su alrededor asintieron con la cabeza y le dieron palmadas en el hombro y dijeron que por Sigmen se sentirían orgullosos de cederle el primer disparo.

Pese a todo, la boca del archurielita formó un mohín de desagrado y decepción cuando vio a Leif ayudar a su esposa a subir a un vehículo Hill que les llevaría de vuelta a la casa.

Se dirigió torpemente a ella en el último momento y besó su pálida mejilla y dijo que le traería una o dos cabezas.

Halla se estremeció y no respondió.

—Cuide de ella, doctor —dijo Dannto cuando el Hill se elevó por los aires.

La respuesta de Leif no pareció borrar las arrugas en la frente de Dannto.

—*Abba*, será cuidada como nunca lo ha sido antes.

**L**A condujo a la suite del sandalfón y despidió a la doncella que la estaba limpiando. Aunque indudablemente ella iba a informar de aquello a los uzzitas, no le importaba. Su lámed y su licencia de cirujano le daban más libertad que el jac medio.

Halla cerró la puerta e insertó en la cerradura una llave de frecuencia.

—Mis tías llamarán por QB a Dannto diciéndole que estoy bien —indicó.

Cada uno de sus movimientos y palabras pasaban unos dedos suaves y cálidos sobre la piel de Leif. De pronto Leif contuvo el aliento y sintió una constricción en su pecho. Sus manos y el dorso de su nuca temblaron.

Ella se volvió de la puerta y cruzó la habitación hacia un escritorio. Ya fuera consciente o inconscientemente, sus caderas se agitaron sólo un poco más de lo que lo hacían normalmente. Leif lo sabía, porque la había observado bastante a menudo aquel día. No había ninguna duda al respecto. Desde el momento en que le había mirado para decirle que deseaba estar sola, el aire se había vuelto cargado. Si la repentina sensación se hacía más intensa, estaba seguro de que estallaría. Estaba luchando contra una presión interna; algo estaba creciendo en él; había estado allí desde hacía largo tiempo, latente, aguardando a ser iniciado por una mirada, un movimiento.

—¡Halla! —dijo con voz baja y ronca, casi incapaz de hablar.

Ella se detuvo, con su espalda vuelta parcialmente a él, su espina dorsal rígida, la brusca rigidez alzando sus hinchidos pechos. Un pequeño movimiento de su cabeza arrojó destellos de luz ondulando a lo largo del rojo pelo.

—Halla, ¿tengo que decir algo?

Ella se volvió tan rápido que casi perdió el equilibrio. Fue un movimiento que en otro tiempo le hubiera hecho sonreír. Ahora fue la chispa que crepitó a través de todo él y le hizo moverse a grandes zancadas hacia ella, los brazos extendidos, un resonar en su cabeza, avanzando hacia delante, sabiendo con todo su cuerpo que nada, nada en absoluto en este mundo, nada podía detenerle ahora.

Apenas fue consciente de que, mientras la apretaba hacia atrás, hacia atrás, ella exclamaba.

—¡Leif, Leif, no dejes que Dannto me toque nunca! ¡Te quiero a ti, sólo a ti!

Más tarde, como una llamada de la conciencia, unos nudillos golpearon la puerta de la suite. Halla se sentó envarada, los ojos muy abiertos, la boca una O escarlata, tirando inconscientemente de la sábana hacia arriba hasta su barbilla. Leif se llevó un dedo a los labios y se dirigió de puntillas hacia un armario. Cuando lo alcanzó, se volvió y le hizo seña de que respondiera. Luego sacó su automática.

Podía, razonó, abrirse camino fuera de allí sin problemas. Después de todo, como médico lámeduiano, tenía derecho a examinar a una mujer sin necesidad de que hubiera alguien presente. Por otra parte, sería mejor que no se supiera que había permanecido encerrado tanto tiempo con ella. Eso dependía de la identidad del que llamaba.

—¿Quién es? —preguntó Halla.

La respuesta fue la voz ahogada de un hombre. Halla repitió su pregunta. Aunque ligeramente más fuertes, las palabras eran todavía demasiado bajas. Halla se levantó y se puso su bata y atravesó dos habitaciones hasta la puerta. Leif la siguió y permaneció tras ella. Esta vez ambos oyeron claramente.

—Halla, soy Jake Candleman. Déjeme entrar.

Los dos alzaron las cejas. Leif le hizo un gesto de que abriera. Luego se retiró de vuelta al armario. Halla, tras decirle al uzzita que aguardara hasta que estuviera de vuelta en la cama, apagó algunas de las luces y se metió bajo las sábanas.

Puesto que había dejado a propósito la puerta del armario entreabierta, Leif podía ver entre su borde interno y la pared. Candleman apareció a su vista, con su largo cuerpo doblado hacia delante como si tuviera un punto débil en su centro, su estrecho rostro duro y cuarteado como un risco. Llegó hasta la cama y se detuvo, miró ansiosamente a su alrededor, y entonces, para consternación de ambos observadores, se dejó caer de rodillas al lado de la mujer.

—¡Halla! ¡Halla! —gimió—. ¡Perdóname, Halla!

Ella se echó hacia atrás ante sus tendidas manos.

—¿Qué quiere decir? ¿Perdonarle por qué?

—Tú sabes por qué, Halla querida. No me atosigues como acostumbrabas a hacer. No puedo soportarlo. No lo haré. Sabes que no puedes jugar conmigo. Lo sabes.

—¿Está loco? —La voz de ella temblaba tanto como la de él—. No tengo ni la más remota idea de qué me está hablando.

Él aferró una de sus manos antes de que ella pudiera retirarla.

—¡No me digas eso! Eso es lo que acostumbrabas a decir cuando te preguntaba dónde podría encontrarme contigo de nuevo. Me volvías loco. No podía volver a tocarte, y sin embargo no podía soportar no hacerlo. Te dije que te mataría, y casi lo hice. Halla, querida, dime que me perdonas. Nunca volveré a hacer nada así de nuevo. Casi estuve a punto de morir cuando me dijeron que habías resultado muerta al instante en aquel accidente. Cuando descubrí que sólo estabas ligeramente herida, me enfurecí y destrocé los muebles de mi apartamento y juré que me ocuparía de que estuvieras muerta con toda seguridad la próxima vez.

»Y, sin embargo, me alegré de que no hubieras resultado muerta. No podía soportar el pensamiento. No más Halla. No Halla, no Halla, no Halla. Mi cerebro repetía una y otra vez, no Halla, no Halla.

La mujer parecía estupefacta. Leif esperó que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo; de otro modo, se delataría.

Candleman intentó atraerla hacia sí; ella se apartó, volvió el rostro hacia un lado.

—¿Qué te ocurre? —exclamó él—. No eres tan pura. Te entregaste a mí una vez, ¿recuerdas? Traicionaste a tu esposo, un sandalfón. Yo lo deshonré, a él y a todo lo que representa. Pero pensé que valía la pena. Halla, nunca ha habido nadie como tú. Tú y yo...

Leif no podía creer el incoherente balbuceo del hombre. La voz de Candleman, siempre tan fría, se alzaba y se hundía; su rostro, normalmente duro e inexpresivo como un puño cerrado, se retorció y temblaba como los dedos de un sordomudo.

Leif vio ahora que había sido Candleman quien había metido a la Halla original en un taxi, quizá para una última cita, y luego había arreglado el «accidente». No era extraño que el hombre se hubiera mostrado tan suspicaz acerca de las heridas menores de las que Leif le había informado. Debió pensar que Halla le había delatado. O bien deseaba entrar en su habitación del hospital para terminar definitivamente con ella. Las posibilidades eran de que no debía de haberse sentido demasiado asustado de que hablara, porque en ese caso se implicaría ella misma. Además, él era un lámeduiano; no podía cometer acciones reprobables.

Su principal razón para intentar matarla era la venganza. Eso era evidente.

Mientras Leif escuchaba a Candleman hablar y al mismo tiempo intentar abrazar a Halla vio todo el esquema. Evidentemente la mujer muerta había sentido en alguna ocasión piedad por él y se le había entregado. O quizá lo había hecho para descubrir algo o para asegurarse un favor que necesitaba desesperadamente. Nadie llegaría a saberlo nunca. Fuera cual fuese la razón, se había negado a tener nada más que ver con él después de esa primera vez. Y él, convencido finalmente de que ella le odiaba, había intentado matarla. No lo había intentado..., lo había *hecho*. Y la mujer con la que estaba hablando ahora tenía que darse cuenta de esto y debía estarle odiando.

—¡Escúchame! —jadeó el uzzita—. Le dije a Dannto que regresaba para vigilarte, que aún estaba preocupado por los asesinos. Pasarán horas antes de que él y los demás cazadores regresen.

—¿Qué hay del doctor Barker? —dijo Halla, esforzándose por mantener el rostro de él alejado del de ella.

—¡Ese lujurioso! No se atreverá a molestarnos. ¡Por el amor de Sigmen, Halla, no luches así conmigo! No puedo evitarlo; *necesito* tenerte. Sé que en realidad me deseas. De otro modo, nunca habrías actuado de la forma que lo hiciste esa vez. Simplemente estás preocupada por tu conducta irreal. Halla, ¿cómo sabemos lo que es real y lo que no?

Leif esperaba que ella pudiera manejarle, porque no deseaba verse obligado a revelar su presencia. Si no hubiera estado enamorado de ella, hubiera permitido a

Candleman que hiciera lo que quisiese. Halla era una agente del CGF. Eso no hubiera sido más que cumplir con su deber. Pero sabía que no podría soportar mucho tiempo más el ver al uzzita manosearla.

—¡Por favor, Halla! Nunca intentaré matarte de nuevo.

—Maldita bestia —dijo ella—. Tú fuiste quien soltó a ese gemmano contra mí.

—Perdóname, Halla. No volverá a ocurrir.

De pronto se puso en pie, sujetó sus muñecas, las echó hacia atrás y se inclinó hacia delante para aplastar su boca contra la de ella. Leif empezó a salir del armario, pero se detuvo cuando el hombre aulló de dolor y saltó hacia atrás, separándose de ella. Su labio inferior sangraba allá donde ella le había clavado los dientes.

—Siempre muerdes. Halla —dijo Candleman—. Pero no tan fuerte la próxima vez, por favor.

¿Hasta qué punto puede estar uno ciego?, se preguntó Leif. Otro pensamiento le golpeó. Candleman incluso se había cubierto usando su espectro favorito: JC Había hecho tatuar a ese pseudoneanderthaloide con esas iniciales para confundir a todo el mundo que pudiera llegar a leerlas. Todo el mundo entraría en el juego.

Halla se puso en pie y dijo:

—Si no te marchas ahora mismo, gritaré, y conseguiré una pistola y dispararé contra ti. No creas que no lo haré.

No sería una mala idea, pensó Leif. Eso resolvería muchos problemas.

Él alzó su automática y la apuntó contra la alta y estrecha frente, ahora cubierta de sudor.

Antes de que pudiera apretar el gatillo, se oyó una suave llamada en la puerta de la suite.

—¿Quién es? —preguntó Halla.

Candleman se echó el pelo hacia atrás y se secó el rostro con un pañuelo y volvió a ponerse su capa. Luego se dirigió a largas zancadas hacia la puerta, más encorvado que nunca, como si la bisagra en el centro de su cuerpo se hubiera roto.

Metió su llave buscafrecuencias en la cerradura, pulsó el botón y abrió la puerta.

—Disculpe, jefe —dijo Ava, y entró en la habitación.

El uzzita no miró hacia atrás, sino que se limitó a cerrar de un portazo tras él.

Leif salió de detrás de la puerta del armario.

—¿Qué demonios estás haciendo de vuelta aquí? —preguntó a Ava.

—¡Esto! —Ava le tendió un cómic, el último número de *Aventuras del Precursor*.

—¿Dónde lo encontraste?

—En mi bolso. Uno de los guías debe de ser del CGF. Contiene un mensaje en la tercera página.

Leif lo abrió en la tercera página y leyó las palabras subrayadas en un bocadillo encima de uno de los personajes:

«El *destino* dice: *apareced* junto a vuestros hermanos, y hacedlo *antes* de que las corrientes del tiempo lo hagan *imposible*.»

—Todo H debe estar desencadenándose —dijo Leif—. ¿Qué ocurrió? ¿Trausti habló? ¿Atraparon a Jim Crew? ¿A Zack Roe? ¿O algo inesperado?

Era inútil discutir. No había nada que pudieran hacer para salir de allí a menos que pudieran hallar alguna excusa razonable. De momento, no había ninguna disponible. Así que tenían que pasar los siguientes dos días en Canadá.

Ava se preocupó por el retraso y se inquietó todavía más porque Leif no se mostraba también ansioso. Él, por el contrario, se dedicaba a pasear por los bosques y a pescar. No iba a permanecer sentado con los músculos tensos y los labios apretados.

Por mucho que le hubiera gustado llevar a Halla con él, no podía hacerlo sin despertar comentarios peligrosos. Consiguió ir a pasear con ella la segunda tarde, cuando la invitó junto con un par de esposas de otros jarcas. Mientras las mujeres preparaban la comida de *picnic*, Leif consiguió intercambiar unas cuantas palabras con ella. Su curiosidad acerca de ciertas cosas que había descubierto durante la autopsia de la Halla original seguía impulsándole todavía.

Halla respondió a su pregunta de una forma tranquila y enteramente desprendida.

—Entonces, ¿es por eso por lo que eres una agente tan buena para el CGF en esta sociedad en particular? —preguntó Leif.

—Sí —respondió ella—. La represión de los impulsos sexuales normales, la deliberada creación de frigidez en hombres y mujeres, da como resultado una castración psíquica. Hace mucho tiempo que los tiranos descubrieron que podían controlar a sus súbditos mucho más fácilmente si establecían un sistema, reforzado por tabúes instilados a una temprana edad, que aplastara el desarrollo del ser humano como un conjunto. Extinguir toda relación entre los sexos es una parte integral del sistema jac.

»Para decirlo en pocas palabras, la gente físicamente impotente, con lo que quiero decir la gente perversa de cualquier tipo, con lo que quiero decir aquellos no normales...

Se detuvo, confusa, y se echó a reír.

—En realidad, todo lo que sé es que el tipo de represión que hallas en la Unión cumple con la función de mantener a los hombres más fácilmente sometidos. Puedes hallar tu paralelismo en los castrados. Constituyen unas bestias de carga más voluntarias.

»Pero si, digamos, uno de esos hombres encontrara a una mujer con respuestas que no son dadas en los libros que ha leído o en las conferencias que ha oído, una mujer que poseyera un órgano que liberara automáticamente esas inhibiciones y le convirtiera en un hombre libre por primera vez en su infeliz y confusa vida, entonces valoraría a esa mujer y la conservaría, aunque tuviera que hacerlo en secreto y

desafiando las costumbres. ¿Me sigues?

—Más o menos —dijo él, mientras miraba a su alrededor para ver si las esposas de los jarcas podían oírles—. La frigidéz en un hombre da como resultado lo que llamamos una armadura muscular, una contracción del suelo pélvico. La armadura es un resultado de la neurosis. La psique causa deliberadamente que el soma utilice la rigidez muscular y la contracción para inhibirse. Pero, curiosamente, si la armadura muscular puede relajarse, entonces a menudo la neurosis cede o desaparece por completo. El hombre, liberado en una parte de su desarrollo como un ser humano completo, gana también libertad en otros campos. Es decir, ríe más, piensa más profundamente, es más sincero y sin embargo es al mismo tiempo más alegre, incluso se siente más libre de enfermedades psicósomáticas, y así sucesivamente. Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí. Toma a mi esposo, Dannto, por ejemplo. Era casi tan hosco y hostil como Candleman. Ahora, aunque todavía le falta un largo camino para llegar a ser un individuo deseable, es mucho más alegre y de mente mucho más amplia que antes de conocerme. No se da cuenta conscientemente de ello, pero no permitiría que me marchara por ninguna razón.

—Corrígeme si estoy equivocado —dijo Leif—. La corriente bioeléctrica del órgano que fue implantado en ti estimula el sistema nervioso parasimpático. Esto da como resultado la desinhibición de la armadura muscular y la consecuente libertad momentánea del sentimiento de ansiedad. Las compuertas se abren; no hay ningún dique a la emoción y su consecuente estancamiento en un sumidero. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí; y los hombres se sienten completamente agradecidos. Ganamos un enorme poder sobre ellos..., en beneficio del mundo y en perjuicio de la Unión Haijac.

Leif tenía varias otras preguntas que deseaba que le fueran respondidas.

—Tú y tu hermana erais gemelas —dijo—. Pero vuestras huellas retínales y dactilares hubieran tenido que ser distintas. Sin embargo, son idénticas.

—Los biólogos de Linde extirparon uno de los globos oculares de mi hermana. Usándolo como modelo, desarrollaron dos duplicados. Volvieron a colocar el globo ocular en mi hermana, extirparon los míos, e implantaron en mí los duplicados. Para hacer mis huellas dactilares idénticas a las de mi hermana retiraron la piel de mis dedos e hicieron crecer una nueva piel, usando de nuevo el modelo de mi hermana como base.

—¿Y las rudimentarias antenas en tu cabeza y los cables nerviosos que las conectan con tu cerebro?

—Son el resultado de un experimento que no tuvo éxito —dijo ella—. Mi hermana y yo somos, éramos, los únicos agentes equipados con ellas. Se suponía que debíamos ser capaces de transmitir y recibir ondas cerebrales a través de las antenas.

De hecho, podemos. Pero las ondas no significan nada para nosotras. Son simplemente estática. Necesitamos algún dispositivo biológico para filtrar el «ruido». Los científicos dejaron las antenas en nosotras mientras trabajaban para perfeccionar un filtro. Por todo lo que sé, todavía no han hallado ninguno.

Leif sonrió y dijo:

—Así que ahí va mi teoría de que vosotras dos erais de origen extraterrestre. Demasiada imaginación por mi parte..., ¡y demasiado poco conocimiento de lo que mi propio país estaba haciendo en el campo de la ciencia!

**L**A tarde siguiente Dannto, Halla, Leif, Ava y varios otros abordaron el cohete que les llevaría de vuelta a París.

Candleman no estaba con ellos; se había marchado dos horas después de la escena en el dormitorio. Asuntos profesionales fue su excusa para marcharse, pero Leif sospechaba que no deseaba volver a encontrarse con Halla.

Su viaje fue rápido y agradable excepto un acontecimiento desconcertante. Leif observó que Ava había ido a los servicios de señoras durante sólo un momento. Cuando salió, estaba muy pálida. Leif no tuvo oportunidad de preguntarle qué ocurría, pero pensó que tenía que haber recibido un mensaje de un agente del CGF. Eso le intranquilizó. Como superior de Ava, hubiera debido recibirlo él. Sin embargo, era posible que las cosas estuvieran dispuestas de tal modo que Ava fuera más fácil de contactar que él. O Ava podía tener, no un mensaje, sino un dolor de estómago.

Cuando el aparato penetró en el campo de París, Dannto recordó a los demás que tenían que acudir a su casa a las 19:00 para una fiesta. El motivo era celebrar la rápida recuperación de su esposa del accidente. Dannto parecía muy feliz. Rió y agitó las manos mientras contaba chistes. Halla no se mostraba tan radiante. Miró a Leif significativamente, y sus ojos le dijeron qué tipo de celebración planeaba Dannto para más entrada la noche.

Por primera vez desde muy joven, Leif se sintió celoso. Se sintió enfermo. También se sintió con deseos de dirigirse al sandalfón y aplastarle la nariz de un puñetazo.

El resto del viaje la belleza pelirroja le miró de tanto en tanto. En una ocasión, creyó ver el inicio de lágrimas en sus ojos.

Estuvo seguro de ello cuando ella se disculpó y fue al servicio de señoras, y permaneció allí largo rato.

Más tarde, después de que todos hubieran desembarcado y tomado su camino, Leif le dijo a Ava:

—¿Por qué tan pálida, hermosa doncella?

Ava lanzó un bufido, y él decidió que era alguna molestia, no una comunicación, lo que había hecho que Ava pareciera tan mal. Ambos guardaron silencio hasta que el taxi se detuvo ante el hospital.

Leif estaba buscando notas de Rachel o Roe cuando entró Ava, más pálida que nunca.

—¿Encontraste algo en los quimos? —preguntó Leif.

Ava extendió una temblorosa mano en la que había un gráfico. Leif lo tomó y leyó los registros de las ondas semánticas de Zack Roe. Sigur, el ayudante, había

obedecido las instrucciones de Leif y había colocado todo el trabajo del eegie efectuado durante su ausencia en un archivo especial. Ava había tomado el que contenía el mensaje.

Leif lo leyó y palideció. Cuando alzó la vista, vio la automática en la mano de Ava.

—¿Tú eres la ejecutora? —preguntó, incrédulo.

La voz de Ava tembló.

—No, sólo soy la escolta.

—Y muy bien armada también —dijo Leif, recobrando su pose—. Bien, ¿dónde tendrá lugar el consejo de guerra?

—Leif —dijo Ava—, odio hacer esto. Hemos trabajado juntos durante tanto tiempo. Pero las órdenes son las órdenes. Y tú no debieras haber dejado nunca que esa... esa mujer se metiera en tu cabeza. ¿Cómo pudiste ponerlo todo en peligro desobedeciendo deliberadamente la orden de incinerar de inmediato a esa chica? ¿Y luego haciendo el amor con la otra?

—¿Así que tú informaste de mí? —dijo él, rechinando los dientes.

—Era mi deber.

—El odiar a Halla no tuvo nada que ver con eso, ¿verdad? ¿O fue ese odio el motivo? ¿Tenías planes para ella también?

—No es ni una cosa ni la otra —respondió Ava—. Vamos, Leif. Si guardo esta pistola, ¿prometes no intentar escapar?

—De acuerdo. Todavía sigues siendo un soldado. Supongo.

Ava fue al armario y sacó varias prendas del falso fondo de un cesto de la ropa sucia.

—Toma. Ponte esto.

Él examinó las prendas.

—Así que tan malo es, ¿eh? Acabamos aquí.

—Sí. El captador de pensamientos ya no está en el eegie, Leif. Nuestros hombres debieron retirarlo en algún momento de hoy, cuando llegó la noticia.

Ava se desvistió y empezó a ponerse el mono de un trabajador no especializado.

—¡Dios, Leif, será bueno ser de nuevo un hombre! ¡Diez años fingiendo ser una mujer!

—Tuviste que hacer mucho por el servicio —respondió él—. Dime, Ava, cariño, ¿valió la pena?

—Sigue con esto, y te *dispararé* —dijo ella-él.

Leif había llegado a acostumbrarse tanto a que Avam Soski pasara por su esposa que raras veces pensaba en él en términos de su auténtico sexo. El pequeño tipo era bueno, uno de los grandes del CGF en lo que a disfraces se refería.

Leif se vistió, se dirigió al QB y lo conectó.

—Nada de eso —dijo Ava—. Las órdenes son que no te comuniqués con nadie.

Él la ignoró y pidió a la autooperadora las habitaciones de la señora Dannto. Debía de estar preparándose para la fiesta. Si el sandalfón estaba con ella, su presencia no importaría. Habían convenido una palabra código.

—¡Leif, dispararé! —chilló Ava.

El cubo mostró a Halla avanzando a la habitación delantera de su suite. Llevaba una bata.

—Halla, ¿hay alguien ahí que pueda oír? —preguntó Leif.

Ella negó con la cabeza y miró más allá de él, a la nivelada pistola de Ava.

—No te preocupes —dijo él—. Ava no disparará. ¡Escucha! El juego ha terminado. No tengo tiempo de entrar en detalles. Lo importante es que vamos a salir de aquí. No puedo decirte cómo, porque esta línea puede estar monitorizada. No lo creo; tanto tú como yo tenemos automáticamente privilegios lámeduianos; pero uno nunca sabe. Simplemente reúnete conmigo allá donde acordamos. ¡Rápido! ¿Lo has captado?

Ella asintió de nuevo con la cabeza, y él cortó la comunicación.

Se volvió en redondo a Ava y dijo:

—No voy a ir contigo, querida. Tengo intención de contactar con Jim Crew y conseguir que él nos embarque a Halla y a mí a Bantulandia.

—Jim Crew está en H —dijo Ava llanamente. Mantenía su pistola firmemente apuntada al pecho de Leif.

—¿Dónde has sabido eso? ¿En el servicio de señoras del cohete?

—Sí. Roe nos dijo que desapareciéramos porque cree que los uzzitas arrancarían la verdad a Crew mediante tortura. Creo que el captador ha sido trasladado cerca de H para que Roe pueda escuchar lo que ocurra.

Leif vaciló y dijo:

—Ava, escucha. Sé que me dispararás si te empujo demasiado lejos. Pero, ¿qué hay acerca de concederme un respiro? ¿Qué dices de llevarnos a Halla y a mí al consejo de guerra? Puedo hacer una súplica para que Roe nos deje marchar. Ya no le soy de ninguna utilidad al CGF; matarme no le ayudará en nada.

—¿Crees que después de haber enredado las cosas con el reemplazo de Halla e implicarte con los bantúes y convencer a Halla de abandonar su puesto Roe va a perdonarte? ¡Leif, esa chica te ha hecho perder la cabeza!

—Lo sé.

—Pero, Leif..., ¿traicionar a tu país?

—No lo hice. Simplemente lo olvidé por el momento.

Salieron del hospital. Leif tomó su coche personal y condujo hasta la parte delantera de la Biblioteca Nacional. Halla aguardaba dentro. Salió y ocupó el asiento detrás de los dos hombres.

Antes de que Ava pudiera decirle a Leif adónde ir, Halla extrajo una pistola de su bolso y la clavó contra el cuello de Ava. Leif tendió la mano y retiró la automática de Ava de su bolsillo.

—Pude ver lo que se avecinaba —dijo—. Así que Halla y yo también hicimos nuestros planes.

Ava pareció abrumado.

—Leif, esto no es..., no es...

—¿Propio de mí? Quizá no. Pero di un paso en falso y eso me llevó al siguiente. No es que haber conocido a Halla haya sido un error. No lo cambiaría ni por todas las medallas del mundo. El asunto es que el CGF me considerará desleal desde un principio. No tengo elección. Comprende esto: No me estoy volviendo contra Linde. Una vez todo esto haya terminado, me presentaré voluntario para un juicio aquí, cuando las emociones se hayan enfriado un poco. Pero en estos momentos sería fusilado de inmediato.

Luchando contra el salvaje deseo de recorrer a toda velocidad las calles y tomar las curvas sobre dos ruedas, Leif condujo lenta y cuidadosamente hasta una entrada del metro cerca de la plaza que en su tiempo había albergado el Arco de Triunfo. Salieron, y Leif puso el coche en auto para el hospital.

Echaron una mirada a la estatua de ciento veinte metros de Sigmen sujetando una espada y un reloj de arena, tuvo un vago pensamiento acerca de cuál podía ser el sucesor del Arco y del Precursor que algún día se levantara allí, y luego siguió a Ava y Halla al metro y de ahí a los túneles que conducían al escondite de los bantúes.

Fueron en el metro hasta un punto a cuatro manzanas de su destino, y anduvieron el resto del camino. El lugar de reunión era una habitación en una casa para trabajadores de clase baja. Estaba en un lado de una plaza muy grande. Muy lejos al otro lado había un enorme edificio como un bloque que era, supuestamente, una universidad para técnicos en física.

En realidad era H.

Los tres se acercaron a la casa de habitaciones por detrás, subieron tres pisos de desvencijadas escaleras, recorrieron un pasillo que oía a col y a pescado y a sudor, y se detuvieron ante una habitación que daba frente a la plaza. Ava tecleó el código; la puerta se abrió; entraron.

—¿Dónde está Roe? —preguntó Ava.

El hombre hizo un gesto a la vacía habitación y dijo:

—Está escondido. Lo mismo ocurre con la mitad del Cuerpo. Candleman descubrió lo que estamos haciendo. Me dejó aquí para que pudiera advertir a todo el mundo que viniera.

Curioso, miró las pistolas que Halla y Leif tenían en las manos, pero no hizo ningún comentario.

—¿Qué hay respecto a Barker? —preguntó Ava.

—Tiene que ocultarse como el resto de nosotros. Marchaos como mejor podáis. Roe tratará con él más tarde.

Halla suspiró, aliviada.

—Bien, hice todo lo que pude —dijo Leif—. A partir de ahora, si me quiere, tendrá que venir a buscarme.

Se dirigió al captador que estaba apoyado en el alféizar de una ventana y dijo:

—¿Está preparado para estallar?

—No a menos que alguien intente abrirlo —respondió el hombre—. Lo he estado usando en Jim Crew. Le están administrando un jodido tratamiento ahí dentro.

Leif rió quedamente y agitó la cabeza. Sabía que, en cada uno de aquellos edificios esparcidos por toda la Unión, los pensadores «irreales» eran reconvertidos a la realidad.

Allá los técnicos drogaban a los sujetos, los tendían en camastros, y unían diminutos hilos-sinapsis a diversas terminaciones nerviosas. A través de ellos alimentaban una serie de estímulos que creaban las sensaciones que los técnicos deseaban. Esas, coordinadas con palabras susurradas por una grabadora, hacían que el sujeto viviera situaciones artificiales que creía que ocurrían realmente. La «historia» era repetida una y otra vez, hasta que quedaba grabada de forma inalterable de por vida en el ego del sujeto, hasta que adquiría toda la autoridad inconsciente de un reflejo condicionado.

Liberado de H, el sujeto quedaba convencido de que había pasado por una experiencia que le había mostrado el error de su camino. En consecuencia, se convertía en un ciudadano incuestionable. No importaba cuáles fueran sus creencias antes de entrar en H, ahora era un leal discípulo de Isaac Sigmen.

La única desventaja era que ya no podía volver a pensar creativamente. Estaba tan cerca de ser un autómatas como una persona podía llegar a estar.

Leif sabía esto. Mirar en la mente de Crew sería inquietante, pero un impulso contra el que no podía luchar le hizo volverse hacia el captador y colocarse los auriculares. Esos proporcionaban una traducción auditiva a las ondas «semánticas» radiadas por la corteza cerebral del bantú.

LEIF necesitó veinte minutos para hallar la onda cerebral de Jim Crew. Su haz sondeó aquí y allá, hurgó corredores arriba y corredores abajo y entró en habitaciones donde se sentaban técnicos, con cascos de metal en sus cabezas, observando diales, pasando cintas y haciendo grabaciones. Los hilos de sus cascos e instrumentos diversos atravesaban las paredes y corrían hasta los cuerpos de los sujetos. Cada hilo terminaba en una extremadamente fina red que conectaba con este o aquel plexo nervioso. A través de ellos los técnicos alimentaban los estímulos preestablecidos que proporcionaban a los sujetos sus ilusiones.

Leif, por supuesto, no podía ver nada dentro del edificio, pero podía visualizarlo debido a lo que se le habían dicho acerca de H y debido a los pensamientos que captaba de aquellos técnicos cuyas cabezas no estaban escudadas por las impenetrables caperuzas de metal.

Los hombres que trabajaban sobre Jim Crew habían creado una situación maravillosamente desagradable para él, una que seguía los esquemas de sus propios pensamientos. Leif atrapó las ondas semánticas del bantú justo en el momento en que iniciaban la historia por primera o centésima vez. Era difícil de comprender, pero al cabo de poco tiempo empezó a insertar sus propias interpretaciones en los inevitables huecos y estática. Fue ayudado por el hecho de que el hombre subvocalizaba mucho de lo que estaba ocurriendo, como un hombre que hablara en sueños.

El sujeto fue despertado de un profundo sueño por una voz suave que susurraba una y otra vez:

—Jim Crew, abre los ojos. Jim Crew, no grites.

Y, cuando lo hizo, o más bien creyó que lo hacía, vio a un hombre de pie en la esquina de su celda. El desconocido era de piel oscura y estaba desnudo y tenía un rostro que era el del propio Jim Crew, aunque los rasgos eran un tanto etéreos. Se parecía a Jim Crew como a éste le hubiera gustado ser.

Jim no se mostró demasiado sorprendido de ver a su visitante. Siempre había sabido que más pronto o más tarde vendría. Aceptó calmadamente como obvio el que hubiera entrado atravesando la pared. De todos modos, se sintió excitado al ver un brillante nimbo en torno al pelo cortado muy corto.

—Vamos, Jim Crew —dijo el hombre—. Estoy aquí para llevarte conmigo, lejos de esa gente que no saben lo que hacen.

Como en un sueño, Jim flotó en pie y cogió la mano que se le tendía. Era grande y fuerte y cálida, con un poder que Jim nunca había sentido antes, ni siquiera cuando sujetaba las manos en las grandes danzas tribales y los círculos girantes que creaban poder para curar y para comprender y para amar.

Era una energía que fluía hasta él del mismo modo que el potencial más alto fluye hacia el más bajo. Era en la fuente de ese poder en lo que soñaba y lo que a veces veía en sus plegarias cuando estaba solo o había atisbado, oh tan brevemente, el climax de una gran danza.

Como un niño, Jim tomó la mano y siguió al hombre a través de la pared, y no sintió ni un cosquilleo de miedo cuando la breve oscuridad se cerró a su alrededor. Luego hubo atravesado el cemento y se alzó en el aire, impulsado hacia arriba por el poder de la mano. Debajo de él, París se extendía en la noche formando racimos e hileras de resplandecientes cuentas, y luego se empequeñeció y se empequeñeció y la curva de la Tierra se alejó y el aire se volvió más frío. Un calor se desprendía del hombre como una túnica, y aunque Jim Crew se estremeció al primer roce de los dedos del espacio pronto lo olvidó.

Estaban situados entre la Tierra y la Luna, con Jim Crew mirando con curiosidad a la Luna, porque, en estos días en que el hombre viajaba a las estrellas, él nunca había abandonado la atmósfera, pensando que este planeta era lo bastante grande y hermoso como para desear quedarse en él toda la vida.

El hombre con la cabeza como un santificado Jim Crew dijo:

—¡Mira! Has sido fiel a tu Amo, así que te recompensó con esto.

Y abarcó con un gesto toda la Tierra y la Luna y las estrellas.

—¡Pero, Señor, no es esto lo que quiero! —exclamó Jim Crew.

Sus palabras cayeron al oscuro espacio y se helaron y se precipitaron como frío hierro hacia el globo de abajo, y cuando alcanzaron el aire ardieron y enviaron largas estelas de llamas y liberaron su contenido de tal modo que pudo oír su voz, estriada en fuego y amplificadas en el enorme cuenco de la Tierra, volver a él, burlona y en cierto modo distorsionada.

—¡Pero, Señor, no es esto lo que quiero!

Y el hombre dijo:

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Qué otra cosa hay excepto esto?

Y cuando Jim Crew se volvió para mirarle, porque el significado y el tono lo helaron como el propio espacio no había conseguido hacer, vio que el rostro del hombre era tan sabio y compasivo y afectuoso como antes. Pero también vio que la voz procedía de otra boca, y cuando miró a los ojos que iban con esa boca, sintió por primera vez en su vida Miedo. Esta cabeza era la suya también, y era lo que Jim Crew había esperado no llegar a ser nunca, porque había el mal grabado tan profundamente en ella que nunca podría llegar a salir.

Y cuando la retorcida boca, perversa, pero tan suya como la boca del hombre que le había rescatado, repitió: «¿Qué otra cosa hay excepto esto?», Jim Crew apretó la mano del primer hombre en busca de todo el poder que pudiera absorber. Pero el hombre se había vuelto parcialmente de lado, y Jim pudo ver que le había crecido una

larga y gruesa cola que asomaba tras él como la de un insolente mono. A su extremo, como si la cola fuese un cuello, había la cabeza del Jim Crew de retorcida boca. Cuando vio que Jim comprendía, se echó a reír y dijo:

—¿Pensaste realmente que había alguna cosa más allá de esto, Jim Crew, más allá de estos duros, ardientes y fríos globos que derivan sin rumbo a través del infinito y la eternidad? ¿Creíste realmente en Algo Más?

Jim Crew gritó e intentó liberarse y correr sobre la nada bajo sus pies, pero la mano que sujetaba la suya se volvió más helada y estaba sorbiendo energía de su cuerpo, y la cabeza que había sido lo que Jim deseaba ser se estaba fundiendo como una vela encendida y cambiando de rasgos.

Pero no podía correr, porque estaba espatarrado en el seno del espacio, unos grandes pechos que no ofrecían sostén ni amor, y aunque agitaba frenéticamente las manos y pateaba, no se movía hacia ninguna parte.

Y entonces el hombre con dos cabezas colocó un pie como una garra sobre su espalda y lo envió hacia abajo con un empujón que hizo que el universo diera vueltas. Cayó y abandonó el espacio y golpeó el aire como si fuera la superficie del mar y se frenó y entonces cayó más aprisa de nuevo mientras el aire silbaba a su lado y la Tierra ascendía como si hubiera sido arrojada contra él. Su piel empezó a arder porque ahora era un meteoro de carne y estallaría en llamas y humo y agonía mucho antes de golpear la superficie.

Gritó:

—¡Señor, seguro que ninguno de tus mártires ardió nunca antes de esta manera!

Y, apenas las palabras lo habían abandonado, fue consciente de una mano que aferraba su hombro y lo frenaba de modo que el llameante aire se enfrió y derivó suavemente. Cuando alzó la vista vio que el hombre que le había salvado tenía pelo rojo y unos entrecerrados ojos azules brillantes y el gran pico de buitre de Isaac Sigmen, el Precursor.

Su voz era la de la paloma.

—Ahora que has sido traicionado por el que pensabas que era tu amo, y ahora que has visto que no hay nada más allá de lo palpable, y ahora que has sido salvado por el auténtico profeta, el viajero en el tiempo, el fundador de la Sturch que salvará a todos los hombres, seguro que debes ver la mentira en la que has estado viviendo y cómo debes trabajar con los seguidores del Precursor para remediar tus obras indirectas para convertir la realidad en un pseudotiempo.

Y aunque Jim Crew sabía que lo que estaba experimentando era lo que *era* — porque podía ver y sentir y oír—, aún sabía que estaba siendo tentado de una forma sutil a la que ninguno de sus seguidores se había enfrentado.

Se volvió y se liberó de la presa del Precursor, y respiró profundamente y gritó:

—¡Amo, allá donde estés, ven ahora o estoy perdido!

Al momento siguiente los oídos de Leif Barker se llenaron con una tal crepitación de estática que tuvo que arrancarse los auriculares. Pero descubrió que esto no le hacía ningún bien, porque algo le había alcanzado desde el edificio al otro lado de la calle y se había hundido profundamente en él de una forma despedazadura. Una luz, cegadora, explosiva, lo había llenado de tal modo que no pudo ver nada más. Cayó hacia atrás al suelo y no oyó a Ava y Halla cuando gritaron, ni las sintió cuando lo alzaron.

Luego, al instante siguiente, la luz desapareció, y estuvo de vuelta en el mundo que conocía.

Ignorando sus preguntas o protestas, Leif se alzó, sacudió la cabeza y volvió a ponerse los auriculares. Descubrió lo que había esperado. Las ondas cerebrales de Jim Crew ya no existían.

Cambió a un haz de búsqueda y lo centró en la cabeza de un técnico que se había quitado el casco y corría a la habitación donde yacía el bantú bajo su capullo de hilos. Puesto que el técnico estaba vocalizando, Leif no tuvo ningún problema en comprender.

El hombre, según lo que informaban sus ondas semánticas, estaba diciendo:

—¡No sé lo que ocurrió! Estaba respondiendo de la forma en que debía hacerlo. Simplemente alcanzó esa parte de la grabación donde el Precursor le decía que había sido traicionado. Entonces las agujas de nuestros diales señalaron el máximo, se mantuvieron allí un segundo, ¡y luego cayeron a cero! ¡Debe de haber estado emitiendo una cantidad sobrehumana de energía! ¡Mucho más de la que yo hubiera creído posible!

Leif hizo girar su haz en torno a la habitación hasta que captó a otro hombre.

—Está muerto. ¿Qué lo mató? ¿Un ataque al corazón?

Otro respondió:

—No parece como si hubiera muerto de un ataque al corazón. Mira la sonrisa en su rostro. ¿Qué podía haber estado pensando, en nombre de Sigmen?

Eso era suficiente para Leif. Retiró los auriculares y dijo a los otros en la habitación:

—Salgamos de aquí. Os lo contaré más tarde.

El hombre que les había admitido en la habitación se negó a volver con ellos al metro. Tenía otro lugar donde esconderse. Tras dudar, Ava, sin embargo, dijo que iría con Leif y Halla. Los tres salieron juntos. No se molestaron con el captador de pensamientos. Cuando los uzzitas intentaran abrirlo, les estallarían en las narices.

Leif parecía preocupado. Mientras descendían los desvencijados escalones de la casa murmuró:

—Yo soy el único de aquí que tuvo algún tipo de contacto con Jim, aunque sólo fuera simpatía mental. Los técnicos no pudieron ver lo que estaba pensando. Se

limitaron a alimentarle una historia preparada y a observar sus reacciones en sus aparatos.

»Pero cuando esa... visión... llegó a él, yo vi parte de ella. No a través del captador sino directamente. La energía, mental o de otro tipo, fluye de un cuerpo más cargado a uno menos cargado si hay un conductor. Nuestra primera conexión fue la máquina y la segunda fue nuestra simpatía. Y, de los dos, yo era el menos cargado.

Agitó la cabeza como para arrojar fuera de ella algo que se aferraba como una sanguijuela.

—De alguna forma, vi lo que él veía. Estoy seguro de que no era real, no como esta carne y sangre que rodean mis huesos son reales. La mente trabaja con signos y símbolos, y todo el ser de Jim Crew se vio resumido en ese último destello de energía, esa nova psicosomática. De lo que él, y yo, fuimos testigos fue de un símbolo de sí mismo que él proyectó. Fue esencia, no existencia.

Sacudió de nuevo la cabeza y murmuró:

—Pero, ¿quién era ese hombre moreno y barbudo que surgió de la luz, tendiéndole la mano a Jim? ¿Había un hombre, o yo simplemente creí ver...?

Y se pasó la mano por el pelo y tiró de sus raíces y supo que, aunque en cierta forma podía explicarlo, nunca estaría seguro.

**E**N el escondite de los bantúes, dos vigilantes salieron a su encuentro y les condujeron a través de la oscuridad. Ava empezó a protestar de que no quería seguir adelante, pero Leif le dijo que tenía que hacerlo. Si los dos desaparecían, Roe podía pensar que habían sido arrestados y enviados a H. Si Ava le llevaba la noticia de lo que había ocurrido, Roe podía poner obstáculos al camino de Leif. Una vez el hombre y la mujer estuvieran en un barco rumbo a África, Ava podría irse.

Cuando llegaron, saludaron a los primitivos, y éstos les dieron de comer. Se celebró una conferencia; se llegó al acuerdo de que era necesario emprender el éxodo a un nuevo cuartel general. Mientras tanto, Leif y algunos otros irían al barco. Tenían suerte, porque el barco zarparía dentro de un día, y no volvería a haber otro en un mes.

Fueron ofrecidas plegarias por Jim Crew después de la comida. Leif y Halla se irritaron por ello, aunque apreciaban el sentimiento. Y luego, aproximadamente a las tres de la madrugada, justo cuando iban a marcharse, llegó un vigilante. Su rostro estaba crispado por la alarma y las malas noticias.

Candleman y Dannto sabían ahora que Halla había huido con Barker. El uzzita había desencadenado la mayor caza del hombre jamás vista, una que había estado preparando desde hacía mucho tiempo y que estaba listo para lanzar en cualquier momento que fuera preciso iniciar la acción.

No sólo estaba usando toda la fuerza parisiense, sino que había tomado prestados miles de hombres de las zonas de los alrededores. Tenían perros y lanzallamas y gases venenosos.

Leif habló con algunos de los vigilantes. Dijeron que el jefe uzzita había intentado traer a sus hombres discretamente y al amparo de la noche, pero era imposible ocultar su número, especialmente a los supersensitivos bantúes. Pasaría algún tiempo antes de que los cazadores alcanzaran las inmediaciones de su escondite. Candleman había empezado en la periferia con un enorme ejército que se iría cerrando hacia el centro. La idea era que los moradores subterráneos fueran empujados como conejos en una gran batida.

Leif no pensaba que fuera tan fácil. París era tremendo, dos veces más grande que la ciudad del siglo xx, y el laberinto de abajo era tortuoso y con muchos niveles. Pasarían varios días antes de que los cazadores llegaran a acercarse a los bantúes, y sería imposible que los individuos se deslizaran entre las líneas.

Hubo otro consejo. Los bantúes esperaban ser capaces de pensar en algún lugar donde ir encima del suelo mientras proseguía la caza.

Leif mató esta esperanza diciéndoles que los uzzitas estarían también merodeando

por las calles y pasos subterráneos ahora en uso en una maniobra de ese calibre. Sólo había dos cosas que hacer. Una, esperar que no fueran hallados. O dos, tomar la nave que descansaba en el lodo en el fondo del Sena. La primera era imposible; una vez hallados, no tendrían ninguna posibilidad de escapar. La segunda era peligrosa, porque no había ninguna forma de saber si Candleman había arrancado la verdad sobre la nave a John Crew bajo tortura. Era probable que lo hubiera hecho.

El consejo de Leif era tomar la nave. Esperaba que él y Halla pudieran vivir por un tiempo en Bantulandia, que quizá pudiera iniciar negociaciones para su vuelta a Linde. Si eso demostraba ser infructuoso, los dos podían o bien permanecer en África o ir a una de las República Israelíes.

Los miembros de la familia se escrutaron los unos a los otros en busca del sentimiento general. El dividirse era impensable. O bien se quedaban como una unidad o se marchaban juntos. Leif, observándoles, no pudo evitar el pensar que formaban una democracia como jamás se había soñado. No había que efectuar votaciones, ni sondeos, ni pronunciar discursos, ni intentar sobornos, ni apelar a temas emocionales. Unían sus manos, aunque no era necesario, y *sentían* cuál era su decisión.

Todo el asunto tomó menos de un minuto. Unánimemente, aceptaron marcharse. Si se quedaban, su martirio no significaría nada, porque el pueblo de la Haijac no lo vería ni se beneficiaría de él. Era cierto que, una vez abandonaran París, iba a ser muy difícil volver. Pero podía hacerse. Además, tenían gran confianza en que los planes de los lindanos tuviera finalmente éxito y que la Haijac terminara cayendo.

Se iniciaron de inmediato los preparativos. Todos se pusieron ropas y la comida fue almacenada en cestos. Al cabo de veinte minutos todo el grupo estaba listo.

Leif preguntó por los hombres de Timbuctú, y le dijeron que habían perdido el contacto con ellos desde que ofendieran al doctor Djouba. Indudablemente, a menos que ellos tuvieran también una muy buena vía de escape, serían avasallados y muertos o enviados a H.

Un vigilante entró sin aliento y dijo que un cierto número de hombres había bajado hasta allí a través de la entrada en la pared de los servicios, el mismo lugar que Leif y Crew usaran la primera vez. Otro vigilante llegó poco después del primero para decir que un segundo grupo se acercaba desde la dirección opuesta.

—Evidentemente, van a atraparnos entre las dos fuerzas —dijo Leif. Cruzó una puerta a la habitación cuya pared ocultaba una salida. Plantaron una bomba y la cebaron de modo que fuera accionada por las ondas cerebrales de la cuarta persona que entrara en la habitación.

Leif, Ava y Halla eran los únicos de los perseguidos que iban armados; los bantúes preferían morir antes que tener sangre de otros en sus manos.

Cuando Leif pasó junto a los demás de vuelta a la cabeza de la fila, pasó junto a

Anadi, la niña a la que había operado. Pálida pero con los ojos brillantes, era llevada en brazos por uno de sus padres. Su rostro parecía pequeño en comparación con la blanca protección dura que envolvía su cráneo. Retuvo por un segundo el paso para acompañarla.

—Anadi, resulta difícil de creer que sigues con vida.

—Sí —respondió ella, con una débil sonrisa—. Seguí con vida a fin de poder morir con todos nosotros.

Él no le preguntó lo que quería decir con aquello; resultaba obvio.

—He estado demasiado ocupado para averiguar por qué tú estabas en la escena de la primera muerte de Halla —dijo—. Dime, ¿qué quiso decir Jim Crew cuando indicó que sabías que iba a haber un accidente? ¿Y que tú resultarías herida, y que yo te salvaría?

—¿Cómo puedo explicarlo? Conocía a la señora Dannto porque yo fui la primera que la convirtió a nuestra fe. La quería; yo la bauticé.

—Ah, si el CGF hubiera sabido esto, la hubiera sometido a un consejo de guerra también.

—Sí. Pero ese día en que fue muerta, yo tuve una *sensación* de que ella estaba emprendiendo una acción que no debería. Corrí a advertirla, pero llegué demasiado tarde. Ya estaba de camino; el taxi se precipitó sobre mí. En cuanto a usted, descubrimos quién era realmente hace mucho tiempo.

Leif acarició su mano y, por alguna razón, se sintió más fuerte.

—Eres una niña extraña.

—No, sólo la mitad de extraña que usted, Lev-Leif Baruch-Barker.

Esa fue la última vez que la vio...

Recorrieron una serie de túneles muy estrechos de techos bajos. Leif tuvo que ayudar a Halla en varios lugares, porque los techos o las paredes habían cedido y bloqueaban parcialmente el camino.

En uno de ellos, hicieron una pausa cuando se produjo un pequeño derrumbamiento atrás y el suelo se estremeció.

—¡La bomba! —observó Leif hoscamente—. Pronto serán más en la persecución. Pero se moverán más cautelosamente.

Al fin llegaron a una amplia estancia, una excavación apuntalada en muchos lugares por maderos y columnas de piedra. Allá los africanos insistieron en que los tres agentes tomaran otro túnel. Si los cazadores les alcanzaban, dijeron, al menos podrían retrasarles mientras los tres llegaban a la nave. En cuanto al grupo, viviría o moriría como una unidad.

Leif no discutió. Deseaba vivir. Le sorprendió, sin embargo, cuando la muchacha en la que pensaba como la Beatriz moteada dijo que ella abandonaría a los otros para guiarles. Se sintió emocionado, porque sabía que era a causa de sus sentimientos

hacia él que se separaba del resto del grupo, un gesto que era casi como desgarrarse la carne.

—Gracias —dijo—. Es un gran sacrificio por tu parte.

—No tanto. Nos encontraremos de nuevo en la nave.

Fue entonces cuando Leif tuvo la sensación de que *no* se encontrarían con los otros, que el grupo había decidido, en su silencioso acuerdo, que los cazadores probablemente les alcanzarían y que podrían, al menos, dar sus vidas por los dos hombres y la mujer. Beatriz había sido informada de eso.

Los cuatro tomaron el túnel de la derecha. Habrían recorrido un centenar de metros cuando oyeron el distante ladrido de perros y los gritos de los hombres. Se apresuraron, sabedores de que muy pronto los perseguidores estarían tras sus talones.

Cuando frenaron un poco la marcha porque Halla estaba jadeando a causa del esfuerzo, se detuvieron por un segundo en una unión de cuatro túneles y oyeron, apagados, los disparos de muchas armas. Beatriz se envaró y gritó:

—¡Nos están matando! ¡No nos dan ninguna oportunidad! Hundió la cabeza en el pecho de Leif y lloró. Él palmeó su espalda desnuda y dijo:

—No podemos hacer nada. Sigamos, o nos atraparán también.

Sollozando, la muchacha se volvió y reanudó su camino.

Halla, a la cabeza, cayó de pronto. Antes de que pudiera volver a levantarse gritó. Leif saltó hacia el hombre que estaba tendido en el suelo, dispuesto a dispararle, cuando vio que estaba herido y era un bantú. Guardó su automática, e iba a ayudarle cuando comprendió por qué la mujer se había asustado tanto.

Era uno de los Hombres en la Oscuridad.

Herido como estaba, con la sangre manando de una herida en el hombro, era aún capaz de captar las imágenes mentales de Halla, amplificarlas y devolvérselas. Como el miedo era la sensación principal en su mente, lo más probable era que le hubiera mostrado algo que realmente la había aterrado.

Beatriz se inclinó sobre él y dijo:

—Vamos, hermano. Te ayudaremos.

Babeando, los labios abiertos y colgantes, los azules ojos mirando a las raíces de la mente de Beatriz, el hombre se puso en pie tambaleante y la siguió.

Leif deseó protestar, porque pensó que la presencia de un hombre loco y herido les retrasaría. Además, la esencia del individuo era perversa. Mejor que muriera. Beatriz, sin embargo, lo había rodeado con su brazo y le estaba ayudando. Mientras la observaba, Leif se sintió avergonzado de haber permitido que su miedo lo abrumara e intentó disculparse diciendo que estaba más preocupado por Halla que ninguna otra cosa. Pero tenía que admitirse que estaba racionalizando. Había sido el brutal pánico de la bestia en fuga lo que le había afectado.

El clamor tras ellos se estaba haciendo más intenso. Llegaron a otro cruce. Beatriz

los detuvo.

—A partir de aquí —dijo—, tomad todas las demás salidas a la derecha, ¿comprendido? Primero izquierda, luego derecha. Izquierda, luego derecha.

—Si tienes alguna fantástica idea de quedarte aquí y engañarles para que sigan otro túnel —dijo Leif—, olvídala. Seguiremos juntos.

—Yo ya estoy medio muerta —respondió ella—. Cuando mi gente murió, yo morí. Así que sólo es un pequeño paso para unirme a ellos. Vosotros seguid. No podéis detenerme.

Barker no dudó. La abrazó y dijo:

—Nunca te olvidaremos, Beatriz; y... te *amamos*.

—Me encontraréis un millón de veces en Bantulandia —dijo ella—. Viviré en todo mi pueblo.

Leif no creía en aquello, pero pese a sí mismo se sintió abrumado. Se volvió y dijo:

—Vamos.

Ava y Halla acariciaron brevemente la manchada piel de la muchacha y luego le siguieron. El Hombre en la Oscuridad dejó colgar su cabeza por un momento, murmuró algo en suajili, y echó a andar tambaleante tras ellos.

Beatriz aguardó las jaurías...

Diez minutos más tarde, Leif supo que al menos debía haber conseguido dividir el grupo que les seguía. Captó un atisbo del comparativamente pequeño grupo cuando llegaron a una muy larga ruta subterránea. Había un perro y veinte hombres. La delgada y encorvada figura de Candleman y la gruesa de Dannto estaban lado a lado a la cabeza. En el breve atisbo que tuvo de ellos antes de agacharse bajo un arco, vio que la mayoría llevaban las minimáticas que podían disparar un abanico de centenares de balas sin detenerse para que se enfriaran. Cada una de las balas era explosiva y abriría un agujero de un par de centímetros de ancho y otros tantos de profundidad en la carne de un hombre.

Leif tenía su propia arma, pero no deseaba que los perseguidores supieran que estaban cerca. Corrió a reunirse con los otros y descubrió que Halla cojeaba. En respuesta a sus alarmadas preguntas, ella dijo que se había hecho daño en el tobillo cuando tropezó con el Hombre en la Oscuridad. Estaba intentando ocultar su dolor, pero ambos hombres pudieron ver que pronto se vería reducida a un penoso cojear.

Leif rodeó su cintura con su brazo y dejó que se recostara en él. Descubrieron que el cojear le dolía casi tanto como el andar y que no podían ir mucho más aprisa.

Se detuvo y la cogió en brazos, pese a sus protestas. Él era recio y muy fuerte, pero ella también era alta y no ligera de peso precisamente, y constituiría una carga incluso para un Sansón. Leif intentó medio correr, medio caminar. Hicieron un buen tiempo. No lo suficiente bueno, sin embargo, porque los ladridos y los gritos tras

ellos aumentaron de volumen. Impedidos como estaban, serían atrapados inevitablemente.

—Espera, Leif —dijo Ava.

Leif obedeció, porque estaba empezando a jadear.

—¿Qué quieres? —preguntó. La pregunta era retórica. Sabía muy bien lo que Ava iba a hacer.

—Les retendré durante tanto tiempo como pueda —dijo Ava—. Tú gana terreno, y yo vendré corriendo después.

—Ava —dijo Leif—, sabes que no habrá un después.

Ava empezó a negarlo, luego sacudió la cabeza y sonrió ligeramente.

—Tienes razón. Pero lo veo de esta forma. Yo no puedo ir a África. ¿Cómo demostraría que no deserté de mi puesto y huí contigo? Sería sometido a un consejo de guerra, y mi esposa y mi hijo y mi madre deshonrados. Si muerto aquí, el CGF me proclamará como un héroe. Tengo que morir, de todos modos. Así que mejor ser héroe muerto que traidor muerto.

»Tú tienes algo por lo que vivir, aunque bajo ninguna condición tocaría yo a esa... esa mujer. De modo que sigue adelante, Leif, y que tengas toda la suerte del mundo. No creo que seas feliz con ella, pero parece que eso es lo que quieres.

—Lamento que insistas en pensar en Halla de esta forma —dijo Leif—. Pero eso no puede evitarse. *Shalom*, Ava.

—Si alguna vez vuelves a ser admitido en Linde, Leif, ve a ver a mi esposa e hijo. Ahora tiene once años. Diles que morí bien. *Shalom*.

Leif empezó a quitarse su caja de pulsera para dársela, pero Ava la rechazó, diciendo que Leif tal vez tuviera un mejor uso para ella. Así que Leif se encogió de hombros y recogió a Halla y echó a andar sin mirar atrás, aunque le dolía hacerlo. El bantú herido siguió agazapado tras él.

Finalmente, en alguna parte a sus espaldas, volvieron a sonar las pistolas. Hubo un sonido casi continuo, y luego un enorme y estremecedor rugir.

—Eso ha sido obra de Ava —dijo Leif—. Debe haberse hecho estallar.

Al cabo de un rato les llegaron luces y gritos. Leif decidió que no podía seguir cargando con Halla y la depositó detrás de una pared de ladrillo medio caída. El bantú se dejó caer también. Al cabo de unos segundos su rasposa respiración cesó. Leif se alegró de ello, porque había estado preocupado acerca de la mente-espejo del hombre. Hasta ahora había tenido poco efecto, probablemente porque estaba demasiado ocupado con su herida y en parte porque, como Leif había aprendido, aquellos que tenían poco que ocultar no se veían tan afectados. Halla tenía muy pocas inhibiciones que mostrar, muy pocos odios inconscientes. Reía y lloraba y amaba de una forma fácil y abierta. Esa gente no tenía un humus oscuro y podrido en su psique.

De pronto, se oyeron gritos de hombres cerca. Leif apuntó su minimática al grupo

cuando apareció doblando un recodo a unos veinte metros de distancia. Dos hombres cayeron; los otros saltaron hacia atrás. Se sintió decepcionado porque ni Candleman ni Dannto estaban entre ellos, pero no esperaba que lo estuvieran. Cautelosos tras su experiencia con Ava, debían enviar a sus hombres por delante para atraer el fuego. Era satisfactorio saber que ya sólo les quedaba un hombre para precederles.

Las luces al otro lado del recodo se apagaron. Esto quería decir que los jacs o bien iban a cargar en la oscuridad, lo cual dudaba, o que tenían linternas y gafas de luz oscura. Esas últimas eran excelentes para disparar sin luz, pero su desventaja era que si un enemigo enfocaba una linterna sobre ellos mientras llevaban las gafas, no podía verle.

¿Por qué debía aguardarles? Él y los otros dos podían alejarse y ocupar otra posición. Dio la orden; lo hicieron, y se detuvieron tras otro recodo a unos treinta metros túnel abajo.

Sólo un minuto más tarde, el túnel se convirtió en algo sólido de un extremo a otro con una luz deslumbrante: una bomba de deslumbramiento. De haber permanecido tras la primera pared, hubieran quedado cegados.

**R**ESONARON pasos cuando un uzzita, con una linterna en una mano, corrió a la pared, preparado para disparar contra unas víctimas inocentes. Leif aguardó hasta que estuvo junto a los ladrillos, porque esperaba que los otros dos le siguieran. No lo hicieron, así que mató al atacante y, antes de que el hombre se derrumbara, ya estaba de pie y corría hasta él. Su plan era apoderarse de la linterna, que estaba en el suelo, y fingir que era el propio uzzita. Si podía conseguir que los otros dos salieran de detrás del recodo...

Uno lo hizo. Candleman. Disparó primero, y aunque Leif se arrojó detrás de la pared, notó que la automática era arrancada de su mano por el chorro de diminutas balas. El arma estaba ahora junto a la linterna, allá donde Candleman podía verla.

La mano de Leif estaba entumecida debido a que la terrible fuerza de la bala explosiva se había comunicado a través del metal. Maldijo y se sujetó la muñeca y se sintió impotente. Esperaba que Halla pudiera disparar; apenas había pensado en ello cuando el *brrrrrp* de su automática sonó a sus espaldas. Luego cesó, y le llegó su voz, aguda y urgente:

—¡Leif, no le di! ¡Está al otro lado de la pared!

—¡Si asoma la cabeza o la mano, dispárale! —respondió.

—¡Dannto! —aulló Candleman—. ¡Barker ha perdido su arma! ¡Dispara a esa linterna para que Halla no pueda ver, y lo atraparé!

—¡Cuando haga eso, Halla —aulló Leif a su vez—, enciende tu linterna y cóselo cuando asome por el recodo! ¡De inmediato!

Dannto debió atreverse a asomar la mano por el recodo, porque su arma barrió el túnel, buscando la linterna. Era inevitable, la alcanzó. Sin embargo, cuando la luz se hizo añicos, no se detuvo, sino que siguió disparando. Intentaba impedir que Halla asomara la cabeza desde su recodo. Y tenía éxito, porque el haz de la linterna de la mujer no brilló.

Sin embargo, Candleman no se atrevió a saltar hacia la pared hasta que Dannto dejó de disparar.

Leif aguardó, sabedor de que llegaría el momento en que los al parecer inagotables cargadores de Dannto estarían vacíos. Cuando eso ocurriera, el uzzita asomaría probablemente el brazo por encima de los ladrillos y regaría la zona donde había visto a Leif. Halla encendería su linterna; lo que ocurriera entonces dependería de quién fuera el más rápido de los dos.

Se arrastró hasta la pared, manteniendo la cabeza baja para evitar el enjambre mortal. Cuando la alcanzó, llevó la caja de pulsera a su boca y pronunció una palabra código. Las vibraciones ordenadas fracturaron un diminuto disco dentro de la caja. El

disco había impedido que un dial igualmente diminuto fuera girado. Leif retorció el ahora libre dial a la derecha y luego pulsó el botón que emitía una frecuencia predeterminada de la caja.

La pistola de Dannto dejó de tartamudear. Silencio, luego un fuerte grito, lleno de miedo y agonía y desesperación.

—¡Halla!

Y silencio de nuevo. Dannto había agotado la munición y el aliento... para siempre.

La palabra codificada enviada por la caja de Leif había mezclado los ingredientes dejados en el cuerpo de Dannto durante la operación para extirparle su tumor. Mezclados, los productos químicos formaron un veneno que le paralizó en un segundo y detuvo su corazón en otro.

Leif había matado al archurielita antes de que vaciara su arma porque sabía que Candleman estaba familiarizado con su capacidad y debía estar contando los segundos hasta que se detuviera. Entonces el uzzita, creyéndose seguro del fuego del obviamente histérico Dannto, atacaría. El médico esperaba saltar primero y atrapar a Candleman desequilibrado.

Se levantó y saltó encima de la pared de ladrillo, cerca del lado del túnel. Al mismo tiempo, Halla, inspirada por algún desafortunado demonio, encendió su linterna y atrapó a Leif en el centro mismo de su haz. Si Candleman lo hubiera pedido, no hubiera conseguido un mejor blanco. Podía derribarle de la pared como si fuera un cuervo perchado en una alambrada.

Pero Candleman fue demasiado astuto. Se había precipitado en torno a la pared con la esperanza de atrapar a Leif con la guardia baja. Giró para dispararle al hombre en la pared; Leif siguió moviéndose y saltó abajo justo en el momento en que el uzzita regaba de balas el lugar donde había estado unos momentos antes. Candleman era rápido de pensamiento, porque siguió girando y disparando. Debía de saber que, cuando Halla viera a Leif en la pared, se abstendría de disparar por miedo a alcanzarle. Consciente también de que el agente no tenía pistola, decidió en ese segundo que tenía que ocuparse de la chica.

Leif miró por el borde de la pared para ver la encorvada espalda de Candleman vuelta hacia él, silueteada por el haz de la linterna de Halla. El uniforme del uzzita estaba hecho jirones; su chaqueta colgaba en harapos; sus botas estaban desgarradas; sus pantalones colgaban a tiras. En su espalda había una mancha oscura. Leif, viendo todos aquellos detalles en un instante, supuso que la mancha era una quemadura.

Entonces, mientras el médico saltaba a la espalda del hombre, vio que la linterna escapaba de la mano de Halla y rodaba por la esquina, donde se giró hacia ella. Aunque había sido alcanzada, la linterna siguió brillando, pero evidentemente no fue recogida de nuevo, porque el haz permaneció inmóvil. Como tampoco brotó ningún

fuego por parte de la mujer.

Leif aulló de agonía y furia. Halla debía de haber sido alcanzada; ¡debía de estar muerta!

Al instante siguiente, algo golpeó contra su cabeza. Era el mango de la pistola del uzzita, que descendió de la oscuridad y sumió a Leif en una noche aún más oscura.

**D**ESPERTÓ con la sensación como si hubiera un hacha enterrada en su cráneo. Tenía las manos amanilladas frente a él; su espalda se apoyaba contra una fría y húmeda pared. Halla permanecía sentada al otro lado del túnel. Sus manos estaban amanilladas también. Un rastro de sangre seca que cruzaba su rostro señalaba lo que la había abatido. Había sido golpeada en la sien por una esquirla de ladrillo arrancada por una bala al estallar. Eso era malo, pero se sentía feliz de que no hubiera resultado seriamente herida.

Candleman estaba de pie delante de Leif. Le gritaba a su caja de pulsera, evidentemente sin obtener ninguna respuesta. Su linterna estaba apoyada en un reborde que sobresalía de la pared, orientada de modo que les iluminara a todos.

Justo dentro del círculo de luz, un par de sucios y desnudos pies apuntaban sus dedos hacia el techo. Perteneían al Hombre en la Oscuridad. Debía de estar muerto o casi muerto, porque Leif no podía discernir ningunas manillas que le retuvieran.

Candleman dejó de dar órdenes a la caja y dijo a Leif:

—Así que, Jacques Cuze, has decidido volver a la vida.

Leif se sintió demasiado asqueado para sonreír su desafío.

—¿Cómo descubrió quién era en realidad Jacques Cuze? —preguntó.

—Admitiré que fui estúpido —admitió el uzzita—. Tuve que serlo para permanecer engañado tanto tiempo. Pero nadie necesita saber ahora que Dannto está muerto. Y tú no se lo dirás a nadie. No mientras estés en H. Y Halla nunca va a ver a nadie..., excepto a mí.

Leif tragó saliva. Candleman podía fingir con toda seguridad que ella había resultado muerta durante la incursión y mantenerla prisionera en un lugar secreto.

—¿Qué es lo que sabe? —preguntó.

El rostro del uzzita no perdió nada de su inexpresividad, pero un asomo de triunfo se arrastró en su voz.

—Si hubiera estudiado el francés, hubiera comprendido de inmediato. Pero, ¿cómo podía saberlo? En estos días de enormes conocimientos, un hombre sólo puede conocer una pequeña fracción de su propia especialidad, y no digamos una lengua muerta desde hace siglos. Así, cuando oí por primera vez ese nombre, Jacques Cuze, pronunciado por un prisionero del CGF, pensé que tenía que ser el nombre de un francés, alguien que vivía en el subsuelo de París, y la frecuencia de las iniciales JC grabadas aquí y allá por toda la ciudad me convencieron.

»Ya sabes las indagaciones que hice acerca de las iniciales, cómo pregunté a un lingüista sobre ellas. Sus respuestas me apartaron del camino. Ahora veo que tenía que ser un lindano. Lo hice arrestar justo antes de la incursión de esta noche. Pero ya

basta de esto. Sabes cómo intenté conectar las dos primeras letras de la palabra griega que significa pez, IX, con JC Pensé que quizá IX significaba Ioannos Chusis o Juan Curso. Esto fue una auténtica proeza de significado, causada por mi ansiedad. Entonces no sabía que había dos iglesias clandestinas africanas aquí: la del Santo Timbuctú, que utiliza el pez como su símbolo, y los primitivos, que utilizan JC tanto en el sentido del nombre de su reputado Fundador como el del auténtico fundador, Jikiza Chandu.

Leif miró a su alrededor, buscando desesperado algo que pudiera darle alguna esperanza de escapar. No había nada, como había sabido que no habría. Los pies del bantú se movieron un poco, quizá con el temblor de la muerte.

De nuevo probó Candleman su caja de muñeca sin éxito. Alzó la cabeza de Halla para mirarla; ella le escupió al rostro. Con los labios hoscamente apretados, se volvió y empezó a hablarle a Leif. Era como si tuviera que demostrar que Leif era el estúpido.

—Durante algún tiempo sospeché de ti —dijo—. Llevabas el lámed, cierto, pero en estos días degenerados esa insignia ha sido deshonrada. Hubo un día en el que sólo un estricto conformista a los ideales de la Sturch podía pasar el elohímetro. Pero hoy en día la jerarquía utiliza ese dispositivo para mantener una clase dirigente. Los padres lámeduianos, si te tomas la molestia de comprobarlo, tienen muy a menudo hijos lámeduianos. Hay demasiados como para que sea una coincidencia.

»Además, pensé que Halla había resultado muerta con toda seguridad en aquel accidente. Cuando me dijiste que estaba sólo ligeramente herida, casi me derrumbé.

—Nadie lo hubiera dicho —murmuró Leif. Miró al Hombre en la Oscuridad. Sus pies se estaban definitivamente moviendo.

—Tengo un soberbio control —dijo Candleman—. Fui educado como un discípulo no desviado de Sigmen, real sea su nombre. La emoción es algo aborrecible.

Hizo una pausa, respiró profundamente y dijo:

—Sospeché de ti, en especial cuando se presentó el caso de los dos Ingolf. Aunque creo en la realidad del viaje por el tiempo, por supuesto, esto era tensar demasiado mi credulidad. De todos modos, era posible.

»En cuanto a Trausti y Palsson, les interrogué, pero debían sentirse abrumados por tu lámed. Ellos vieron el cuerpo mutilado de Halla. Sin embargo, puesto que tú habías dicho que no estaba seriamente herida, negaron deliberadamente la evidencia de sus ojos.

—Tontos del culo típicos —se burló Leif—. ¿Qué otra cosa cabe esperar en un estado donde la autoridad es la última palabra, y la autoridad cambia de opinión de un momento al siguiente?

—Críticanos ahora. Cuando salgas de H serás un creyente tan firme como

cualquier otro.

Leif se estremeció y se preguntó si iba a vomitar. Pero se contuvo porque vio al bantú sentarse. Quizá él pudiera... No, el hombre estaba demasiado ido para iniciar una pelea.

—Jacques Cuze me atormentaba día y noche —siguió el uzzita—. Estaba en mi mente mientras estaba despierto, y cuando dormía merodeaba en mis sueños. Pero no podía dejar de pensar que había algo respecto a él que se me escapaba, algún pequeño indicio que me permitiría atraparle a él y a toda su organización.

»Las cosas siguieron de este modo hasta que regresé de Canadá. Me decidí a ir hasta los mismísimos cimientos, a no descansar hasta que descubriera todo lo posible. De modo que durante un día y una noche me enterré en la Biblioteca de París. Leí un resumen de la historia de Francia. Tomé un diccionario francés y, tras aprender la pronunciación francesa, busqué *cuze* y *couze*. Pensé que tal vez el nombre fuera adoptado, que simbolizara algo. Pero no había ninguna de las dos palabras relacionadas.

»Busqué los diversos significados de Jacques. Ninguno era apropiado. Decidí que estaba en un mal camino. Me sentí perdido. El hombre me estaba volviendo loco, y eso no me gustaba, porque no quiero verme afectado por nada ni por nadie.

—¿Ni siquiera por Halla? —dijo Leif.

—¡Mantén tu sucia boca cerrada! ¡Escúchame! Has de saber que vosotros los lindanos, no importa lo listos que seáis, no podéis escapar de nosotros. ¡Vuestro pensamiento irreal os condena al fracaso!

»Me senté y pensé. Me dije a mí mismo que seguramente tenía que haber alguna pauta en el cuadro general que pudiera relacionar con el hombre y sus actividades, algo que le traicionara. Intenté distanciarme del marco de los acontecimientos, permanecer al margen y ver objetivamente como nunca antes lo había hecho. Me pregunté: «¿Cuál es el más grande problema que tiene la Unión hoy?» Pensé que, si había algo que nos preocupaba profundamente, era el que los agentes del CGF estuvieran detrás de ello. Así llegó la respuesta. Nuestros principales problemas los tenemos en mantener nuestra tecnología y nuestra producción a un alto nivel. Tantos técnicos, médicos, científicos y administradores van a H que tenemos dificultades en mantener la Unión de una sola pieza. Más aún, muchos jóvenes brillantes se niegan a ir a escuelas profesionales debido a la gran responsabilidad y a la vulnerabilidad a las acusaciones. Veía esto, pero no veía la respuesta.

»Desesperado, importé otro especialista en lingüística y le pregunté si podía sacar algo en claro del nombre. Por aquel entonces había capturado a Jim Crew. La similitud de sus iniciales no se me escapó; deseaba saber si podía ser Jacques bajo otro nombre. Sin embargo, descubrí que Crew era meramente la forma en que pronunciaba el nombre de su tribu, los kru, más el hecho que indicaba su forma de

vivir en un grupo y trabajar juntos.

»Y, por supuesto, supe por él que habías operado voluntariamente a su hija. Cuando averigüé esto, envié de inmediato hombres al hospital, pero llegaron con una hora de retraso. E, inmediatamente después, Dannto me informó de que Halla había desaparecido.

»Todo estalló a la misma vez, puesto que, mientras yo estaba dando órdenes de iniciar la caza del hombre, el experto en lingüística llegó a París.

»Era un especialista en lengua francesa, el único en toda la Unión. Curiosamente, había estado viviendo en Haití, porque allí había un aislado poblado de montaña donde aún hablaban una forma degenerada de su tema de estudio. Tuve que localizarle y hacerle volar hasta aquí.

Si Leif no se hubiera sentido mareado por su herida en la cabeza se hubiera echado a reír. Observó al hombre caminar arriba y abajo, una figura ridícula con quemaduras de pólvora ennegreciendo su cara, la chaqueta colgando a jirones y los pantalones reducidos a un mero taparrabos. Sin embargo, era una figura imponente. Su rígido rostro y sus obcecados ojos lo convertían en un *juggernaut*.

Leif observó que, aunque el Hombre en la Oscuridad estaba sentado ahora, su cabeza colgaba hacia delante y la saliva goteaba de sus labios. La herida en su hombro rezumaba ininterrumpidamente.

Aunque Candleman se había dado cuenta de su presencia, lo ignoraba.

—Escuchó mi problema y me pidió que pronunciara el nombre. Lo hice. Se atrevió a reírse, y entonces me contó el simple secreto.

Por primera vez, Candleman mostró signos de emoción. Sus duros labios se curvaron; su voz ascendió.

—Ahí está. Toda la situación en una sola palabra, o más bien en dos. Era por eso por lo que nuestros técnicos iban en tan gran número a H que no podíamos controlar las cosas. Era por eso por lo que nuestras industrias y nuestra ciencia se encallaba en la producción.

¡Gracias a Dios, pensó Leif, aún no había captado el hecho de que la Detención del Tiempo era algo artificial forzado por los agentes del CGF! Esa sería la caída de los jacs. Cuando una docena de Sigmen rivales aparecieran aquel día, cada uno afirmando ser el auténtico, estallarían la guerra civil. Eso, más los colapsos provocados por Jacques Cuze, harían que la Sturch se desmoronara en ruinas..., o eso esperaba.

Candleman hizo chirriar sus dientes.

—Creías que te estabas saliendo con la tuya, ¿verdad, Barker? ¡Todo el tiempo riéndote para ti mismo y llevando las operaciones delante de nuestras propias narices! ¡Y todo el tiempo escapando de la detección gracias a un miserable retruécano! ¡Por Sigmen, hubiera debido saber que eras tú! ¡Si tan sólo hubiera llamado antes a ese especialista! ¡Porque, al momento mismo que me dijo la verdad, vi todo el asunto, y

supe quién estaba detrás de todo!

Se detuvo de pie delante del hombre amanillado, le apuntó con su dedo y gritó:

—*J'accuse! J'accuse!* Esa fue la técnica que vosotros los lindanos usasteis para minarnos y para debilitarnos..., la técnica de la acusación.

Leif dejó escapar una corta risa y dijo:

—Sí. En este país, todo lo que se necesita para condenar a un hombre es enviar una acusación anónima a la policía. Eso es todo.

Candleman gesticuló locamente con su automática.

—¡Te has reído demasiado, lindano! Cuando hayamos acabado contigo en H, nunca volverás a reír. Pensarás que es una blasfemia ser feliz mientras la Sturch no reine suprema. No volverás a reírte a nuestras espaldas. ¡Te sobresaltarás y te encogerás cada vez que oigas el nombre de Jacques Cuze!

El bantú gruñó. Los gritos del uzzita parecían haberle devuelto a medias a la vida.

Candleman se volvió, avanzó hacia él y le dio una patada en el pie.

—¡Sucio primitivo! ¡No volverá a haber más de tu clase merodeando bajo las calles y saliendo arrastrándose a las calles para corromper nuestras mentes!

Leif, observando al hombre sentado, vio su cuerpo brillar levemente y empezar a cambiar en algo desagradable. Evidentemente el ciclo entre el bantú y el jac no era completamente cerrado. Había una línea de fuga hacia Leif, o de otro modo había como una salpicadura de energía que le alcanzaba. Fuera lo que fuese, tuvo que volver la cabeza por un momento para tranquilizarse. Se halló, sin embargo, incapaz de mantenerla apartada. Aunque el atisbo fuera repugnante, era fascinante también.

Durante ese segundo de «enganche» en el ciclo entre los dos, Leif experimentó lo que Candleman estaba experimentando. Ahora, cuando miró de nuevo, vio que el brillo había desaparecido, reemplazado por las firmes líneas del hombre físico. La visión había desaparecido. No era sorprendente, porque el hombre había concentrado todas su fuerza sobre Candleman. No había más salpicaduras.

El uzzita había dejado caer su automática y retrocedido contra la pared. Allá, extendió los brazos a ambos lados como si tanteara en busca de algo sólido en un mundo que se estaba disolviendo. Sus piernas estaban arqueadas sobre un invisible caballo, y su cuerpo siempre inclinado hacia delante estaba por primera vez rígido y echado hacia atrás en una agonía. El rostro estaba cediendo la vieja piel del control y se contraía en nudos de imposibles formas.

Leif estaba temblado. Había mirado a través de una rendija al infierno. Estaba seguro de que, si hubiera continuado formando parte del ciclo, él también habría sufrido.

Candleman había puesto rígidos todos sus miembros. La sangre había congestionado su piel y estaba concentrando en protuberancias su terrible presión. Las represiones, anhelos, impulsos, inhibiciones y pensamientos enterrados y

mantenidos durante toda su larga vida dentro de la célula de sí mismo luchaban por surgir a la vez. No podían hacerlo porque no había espacio suficiente y, a medida que lo hacían, el Hombre en la Oscuridad los atrapaba y los aumentaba y los lanzaba de vuelta.

Y Candleman, sin saber cómo descargarlos, sin haber reído o llorado o cantado o amado o incluso dado una razonable salida al odio más que raramente, sin haber hecho más que mantener sus puños cerrados en torno al valor, derramaba ahora la presión acumulada y la podredumbre de toda una vida.

Ojos, oídos, nariz, boca, glándulas sudoríparas, cada camino de salida en su cuerpo chorreaba veneno que hervía por salir.

Leif lo observó hasta que no pudo soportarlo más. Se levantó, cogió la caída automática, y atravesó la cabeza de Candleman de un disparo. No tuvo ninguna duda de que el hombre le hubiera dado las gracias por ello.

Un poco más tarde había tomado la llave del único bolsillo que le quedaba al cadáver y abierto las manillas de Halla. Ella, a su vez, le liberó a él. Juntos se ayudaron túnel abajo, heridos pero sabiendo que la nave les aguardaba.

Una figura solitaria quedó agazapada tras ellos. Se había negado a acompañarles. Se estaba muriendo, y se aferraba al largo y húmedo laberinto y a la falta de luz. Se quedó agazapado junto al hombre muerto y contempló su obra.

Siempre sería el Hombre en la Oscuridad.

CAMINARON varios kilómetros más sin encontrar nada excepto dos ratas que se escabulleron a un agujero. Cuando llegaron al lugar que les había indicado Beatriz, golpearon la señal en un pequeño ladrillo rojo que sobresalía de la pared. Al cabo de un momento una sección giró hacia atrás lo suficiente como para dejarles pasar de lado. Un hombre alto, delgado, de piel morena, que llevaba un turbante, les saludó con una pistola y la petición del santo y seña. Se lo dieron; bajó el arma. Era Socha Yarni, un malayo, nativo de Calcuta, y su trabajo era pilotar la nave espacial bajo el agua del Sena y el Atlántico, trayendo y llevando hombres y material.

Puesto que el aparato era pequeño, Leif y Halla se vieron obligados a acurrucarse sobre una alfombra en el suelo, con las espaldas contra la pared de eternoaleación. Con cuerpos apretados contra ellos, porque veinte hombres de Timbuctú y un grupo de primitivos de otra colonia bajo el oeste de París habían conseguido huir también. Leif se sorprendió al ver a los primeros, pues no sabía que la cooperación fuera tan cercana entre las dos naciones. El doctor Djouba, acurrucado cerca de él, le informó que, aunque las iglesias diferían ampliamente en creencias, habían llegado al acuerdo de usar los mismos medios de llegar a la ciudad. Aparte esto, raras veces se mezclaban.

Leif y Halla guardaron silencio durante largo rato. La tensión de su lento viaje, los muchos altos, los mareantes olores de los cuerpos humanos tan apretados en un espacio tan pobremente ventilado, y sobre todo la terrible tensión que había quedado en ellos después de la persecución y la batalla, todo se combinaba para hacerles sentir incómodos, irritados y, aunque era contrario a su disposición, hoscos.

Halla apoyó la cabeza sobre el pecho de él y susurró:

—Estoy empezando a pensar que lamentas lo que has hecho.

Él dominó el impulso de responderle con algo seco, pero ella estaba demasiado sensibilizada para no darse cuenta de la aspereza bajo la fingida amabilidad.

—Pensé que el mundo estaba completamente perdido para ti —respondió.

Al instante siguiente se dio cuenta de que no hubiera debido decir aquello, porque sintió las lágrimas empapar su pecho. La abrazó fuerte contra él y dijo:

—Lo siento; no quería que sonara de ese modo. Lo que quería decir es que no hubiera podido hacer otra cosa que lo que hice. Cualquier otro curso de acción me hubiera hecho perderte, y eso simplemente no podía resistirlo. Es curioso, también, porque nunca pensé que una mujer pudiera significar tanto para mí.

Ella inspiró profundamente y murmuró:

—Oh, me alegro, Leif, me alegro de que hayas dicho eso. Sin embargo, por mi causa, se has convertido en un exiliado y serás considerado un traidor. ¿Qué hay de

tus padres, de tus amigos?

—Déjame que te explique —dijo él—. Y luego no volveremos a hablar más de ello. Quedará zanjado. A partir de entonces no habrá lamentos, penas o autocompasión ni por mi parte ni por la tuya. Odio todos tres sentimientos. Te destruyen, te devoran. ¿Te has metido esto bien en la cabeza?

Ella no alzó la cabeza de su pecho para mirarle, pero él sintió su asentimiento.

—Bien. Ahora..., mis padres están muertos, y no tengo amigos cercanos. Llevo doce años fuera de Linde. Doce años sacrificados por mi nación. No, no por mi país, por la humanidad. Porque no creo en las fronteras, y espero que, después de que ganemos esta guerra fría, las líneas que separan al hombre del hombre se fundan. Aunque lo dudo.

»Durante esos años, los únicos compatriotas a los que he conocido han sido Zack Roe y Ava. Los otros han sido sombras pasajeras, rostros y voces y manos que he conocido sólo una o dos veces. Ava fue el único al que puedo llamar amigo, y nuestra relación era peculiar. Por un lado, después de nuestro primer años de vivir como supuestos marido y mujer, caí en el hábito de pensar en él como ella. Ocasionalmente ella hacía algo que me irritaba, y entonces me recordaba secamente que *él* no era *ella*. Y supongo que, durante los últimos cinco años, Ava empezó a pensar en sí mismo como mujer también. Imagino que fue por esa misma razón que era en general tan truculento conmigo. *Tenía* que afirmar su masculinidad o perderla. De alguna forma, había sido algo femenina desde un principio; por eso podía llevar tan bien su disfraz. Pero corría el peligro de perder su auténtica identidad, y yo..., bien, yo siempre le estaba incordiando acerca de sus ropas porque deseaba recordarle qué era en realidad.

—¿Por qué tenía que ser una mujer?

—Todo debido a la rígida moralidad del general Itskowitz del Cuerpo de la Guerra Fría. Creía que era necesario que el hospital fuera controlado por un hombre y una mujer. La mujer supervisaría a las enfermeras y a las mujeres enfermas y a las que venían a dar a luz. Podíamos recoger una sorprendente cantidad de información y contactos de ellas. La candidata lógica para jefa de enfermeras sería una de nuestras mujeres espías, pero el buen general no lo creía así. Le parecía que dos personas viviendo tan cerca como nosotros lo estábamos haciendo acabaría olvidando las convenciones y actuando como marido y mujer. Y, como no podía inducirme a que me casara con nadie, envió a Ava como mi falsa esposa.

»Cuando piensas en ello, ves lo absurdo que era esa actitud. ¿Es más inmoral ordenar a un hombre que haga el amor con una mujer que ordenarle que mate a otro hombre?

Halla no respondió a eso. En vez de ello, dijo:

—Apuesto a que Ava sufría.

—Lo hacía. En primer lugar, era un hombre muy devoto. Le hacía daño comer la

comida de los jacs. En segundo lugar, estaba casado, y no iba a ver a su esposa durante todos esos años. Seis meses más, y hubiera vuelto a casa, porque el Día que se Detendrá el Tiempo estaba previsto que llegara ya. Cuando lo hiciera, él tenía que abandonar la Haijac. Su trabajo habría terminado. Hubiera sido enormemente recompensado cuando regresara a Linde.

»Además, le irritaba verme hacer el amor con otras mujeres. Era tan viril como cualquier hombre, pero tenía que refrenarse debido a sus leyes morales y también debido al papel que estaba representando. Le volvía más loco aún el que la mayor parte de esos contactos fueran por órdenes del CGF. Yo tenía que influenciar a este y ese hombre a través de su esposa o hermana o amante. Más deplorable aún. Sin embargo, curiosamente, todo esto se hacía bajo las órdenes del antedicho y estrechamente rígido general Itskowitz. Mientras fueran mujeres enemigas, estupendo. ¡Pero no con una de mis propias compatriotas, no señor! Me sorprendió, debo admitirlo, cuando Ava dijo que se enfrentaría a los uzzitas en el túnel para darnos una posibilidad de seguir adelante. No parecía propio de él. Uno pensaría que se aferraría fieramente al último recurso. Que deseaba volver a Linde y a su esposa e hijo.

La voz de ella sonó ahogada porque su boca estaba pegada a la camisa de él.

—Sé que lo hizo por mi causa.

—¿Tú?

—Sí. Era un hombre, y yo lo capté desde un principio. Pude ver la diferencia en sus emanaciones.

Se tocó las dos rudimentarias antenas bajo su masa de pelo rojo.

—Era un hombre. No podía evitar el enamorarse de mí. O, al menos, sentir pasión.

Él se enderezó, luego se obligó a relajarse.

—¿Cuándo fue esto?

—Cuando tú estabas con Jim Crew, operando a Anadi, y nosotros aguardábamos a ir a Canadá. Fue entonces, ¿sabes?, que me dijo que mi hermana estaba muerta. No te dije por qué desobedeció las órdenes de Roe de no informarme de eso. Lo hizo por venganza, por un deseo de hacerme daño.

»¿Sabes?, intentó hacerme el amor, y yo no le dejé. En cierto modo, estaba tan loco hacia mí como Candleman lo había estado hacia mi hermana. Balbuceaba que había sufrido demasiado tiempo, que no podía soportarlo, que yo era la mujer más hermosa que jamás había visto, que no podía evitarlo, y que eso no nos haría ningún daño. No creo que supiera lo que estaba diciendo. No era *él* quien hablaba, era ese pobre y frustrado cuerpo.

»Dije que no quería tener nada que ver con él. Y se volvió contra mí, y donde había estado suplicando se enfureció y amenazó. Finalmente me dijo que mi hermana

estaba muerta. Lloré. Para apaciguarme, me dio una droga liberadora del pesar y permitió que yo descargara mi pena. Pero me odiaba. Sin embargo, sé que fue por mí causa que se sacrificó. Creo que, una vez rompió su propio código, no pudo seguir viviendo. Su acto fue un acto de expiación. ¡Pobre hombre!

—Sí —dijo Leif, acariciando su pelo—. Y pobre mujer también. Pareces inspirar pasión en todos los hombres que te ven. Tendré que vigilarte y guardarte cada minuto.

—No tendrás que vigilarme, Leif. Soy honesta, y te amo.

—No estoy preocupado. Te tengo, y eso es suficiente. Eres mi esposa, o lo serás..., mi país, mi gente. No deseo nada más.

Halla mantuvo su rostro enterrado contra el pecho de él y no dijo nada por un momento. Él podía ver que se sentía demasiado feliz para hablar. Lentamente, porque sabía que eran muy sensibles, acarició las pequeñas protuberancias de sus antenas vestigiales. Finalmente, cuando creyó que casi se estaba quedando dormida, ella dijo:

—¿Y la Unión Haijac? ¿Qué hay con ella?

—Te explicaré. ¿Sabes, Halla?, sabemos desde hace mucho tiempo que sólo la extrema eficacia de las armas que tienen todas las naciones, con excepción de Bantulandia, nos han mantenido lejos de una guerra caliente. Así, todos hemos recurrido a una guerra fría de la Unión Haijac contra todos los demás. Pero la principal guerra fría se ha establecido entre los jacs y los lindanos e israelíes. Hasta ahora la Unión ha tenido un semiéxito en su guerra contra las Repúblicas Israelíes. Ambas han esperado que sus CGF agravaran la debilidad natural existente en la otra y así acelerar las cosas de tal modo que cuando llegue el tiempo de la gran batalla la otra se derrumbe rápidamente.

»La debilidad israelí es la disensión entre los estados conservadores y liberales. Los jacs saben eso, y sus agentes, creo, han estado trabajando para aumentar esa disensión. En este momento, las repúblicas se hallan al borde de cancelar la constitución de la confederación, con todos sus siglos de antigüedad, y convertirse en estados totalmente independientes. De hecho, Sefardia y Jem ya lo han hecho.

»De todos modos, los anti-Haijac tenemos una ventaja. Sabemos y admitimos nuestras faltas, pero la Unión se niega a reconocer que ella tenga alguna. Eso es bueno. Para nosotros. Porque utilizamos su ciega suspicacia y su adherencia intransigente a los principios de la Sturch para hacer que se conquisten a sí mismos. Ya sabes que yo inventé la técnica: Jacques Cuze.

»Además, su fanática creencia en su cosmología pseudocientífica les saltará a la cara y les golpeará en plenas narices. Ya sabes que cuando detectan inquietud en la gente aumentan el interés hacia el Día que se Detendrá el Tiempo, el Día de la Recompensa. Después que la mente del público ha sido apartada de sus problemas, la jerarquía relaja la presión y deja que las cosas regresen a lo normal. Pero eso puede

hacerse sólo hasta cierto punto. Luego el desánimo acumulado de la multitud les estallará en la cara. Siempre, por supuesto, que dispongan de armas que utilizar.

»Eso último es lo que ocurrirá. Nosotros en el CGF no permitimos que el último furor del Día que se Detendrá el Tiempo muera. Seguimos provocando incidentes. Damos a la gente literatura incitante vía los cómics. Hemos fomentado un frenesí tal que la Sturch tiene que seguir adelante. Es una fiebre contagiosa que es tan fuerte que incluso algunos de la jerarquía están tragando su propia medicina. Y pronto verás anunciado oficialmente el Día que se Detendrá el Tiempo. Muchos jefes intentarán detenerlo, por supuesto, pero una vez iniciado no podrán pararlo. El Día que se Detendrá el Tiempo se acercará más y más. Los hombres en el nivel superior se volverán más frenéticos. Algunos perderán la cabeza y arrestarán a los lámeduianos que lo iniciaron todo. Pero, cuando hagan eso, se desacreditarán a sí mismos. Estarán demostrando que los portadores del láméd no son perfectos.

»Habrá disensión y parálisis en el Todosjuntos, el consejo de gobierno. La Sturch se partirá en dos. Muchos hombres sinceros seguirán el camino marcado por nuestros agentes. Luego llegará el Día que se Detendrá el Tiempo. Aparecerán una docena de hombres que afirmarán ser Isaac Sigmen que regresa de su último viaje por el flujo del tiempo. Esos hombres, por supuesto, serán agentes del CGF. Algunos de ellos morirán, mártires de la causa. Pero serán conmemorados como héroes en Linde.

»Los metatrones y sandalfones de los distintos estados de la Unión se mostrarán en desacuerdo. Se producirá una secesión, y la Unión se desmembrará.

»Pero esperamos evitar la guerra, porque sería desastrosa, y porque podría ser la causa que reuniera a los jacs. Si es posible, permaneceremos en paz y dejaremos que se desintegre bajo su propia debilidad. La polilla y el óxido corromperán, porque la Sturch no ha dejado tesoros en el cielo.

»Es curioso, pero el tiempo se *detendrá* para la Haijac; se volverá estático. Y cualquier cosa que permanece estática se pudre. Así, puede que tome un siglo, pero la Sturch morirá. Nosotros, a través de diversos medios, les alimentaremos con nuestros ideales democráticos. Por aquel entonces, por supuesto, nosotros mismos habremos cambiado también. Creo que los primitivos van a influenciarnos mucho. Puede que descubramos que nuestros propios ideales son más bien inadecuados, y nos aprovechemos de África y de lo que tiene que ofrecer.

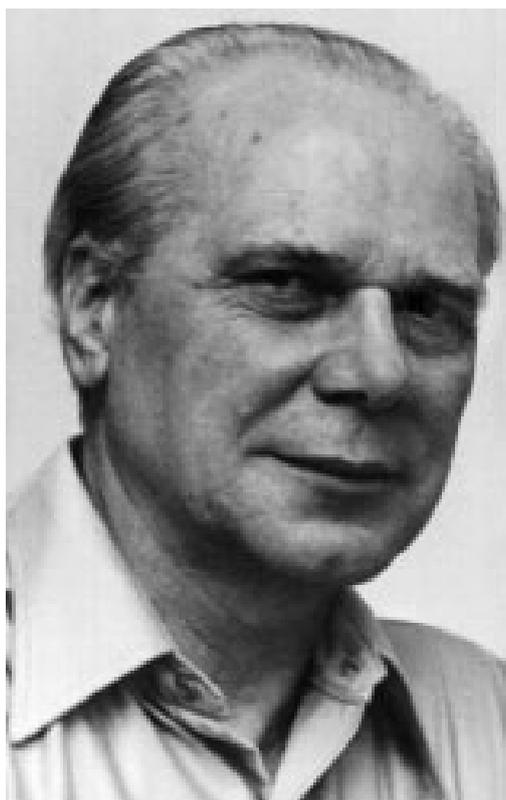
Hubo un momento de silencio cuando Leif hizo una pausa para tomar aliento. En ese momento, el piloto malayo, tranquilizando a una pasajera, dijo, con voz alta y clara:

—Señorita, no se preocupe. Nos encallamos en el lodo de tanto en tanto, pero de alguna forma siempre seguimos adelante.

FIN

# Notas

[1] Esta novela ha sido publicada en su lengua original con tres títulos diferentes: *A Woman a Day*, *Timestop!* y *The Day of Timestop*. Todos ellos son una revisión y ampliación de la novela corta *Moth and Rust*, publicada por primera vez en 1953. <<



PHILIP JOSÉ FARMER, Escritor estadounidense de ciencia ficción y fantasía nacido en North Terre Haute, Indiana, el 26 de enero de 1918 y fallecido en Peoria, Illinois, el 25 de febrero de 2009. Es uno de los autores de género fantástico más importantes del siglo XX y su denominada Edad de Oro de la Ciencia Ficción. Algunas de sus novelas recogen a personajes históricos o incluso a personajes ficticios de otros autores. Así, en su obra aparecen un supuesto hijo de Dorothy (de *El mago de Oz*), Phileas Fogg (de *La vuelta al mundo en ochenta días*), Tarzán, Doc Savage, Sherlock Holmes o Hermann Göring. Este último aparece en la más aclamada serie de Farmer, la serie **Mundo del Río**, protagonizada por sir Richard Francis Burton (un explorador y orientalista británico del siglo XIX al que se deben las primeras traducciones completas al inglés de el *Kamasutra* y *Las mil y una noches*) y en la que también aparece Alice, personaje central de *Alicia en el País de las Maravillas*. La primera novela de esta serie, *A vuestros cuerpos dispersos* (*To your scattered bodies go*, 1971) se considera la más importante de sus obras y uno de los títulos míticos del género fantástico, y fue merecedora del premio Hugo (el más importante del mundo de género fantástico) en 1972.